

UNA SEGUNDA
OPORTUNIDAD

para el Papi

ARIANA COOPER

UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD PARA EL PAPI

ARIANA COOPER

Copyright © 2024 por Ariana Cooper

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

 [Creado con Vellum](#)

ÍNDICE

[Blurb](#)

1. [Henry](#)
2. [Mia](#)
3. [Henry](#)
4. [Mia](#)
5. [Henry](#)
6. [Mia](#)
7. [Henry](#)
8. [Mia](#)
9. [Henry](#)
10. [Mia](#)
11. [Henry](#)
12. [Mia](#)
13. [Henry](#)
14. [Mia](#)
15. [Henry](#)
16. [Mia](#)
17. [Henry](#)
18. [Mia](#)
19. [Henry](#)
20. [Mia](#)
21. [Henry](#)
22. [Mia](#)
23. [Henry](#)
24. [Mia](#)
25. [Henry](#)

BLURB

Multimillonario. Padre soltero. Desesperado y en soledad.

Tengo todo lo que se puede desear. O eso dicen.

Excepto lo único que el dinero no puede comprar.

Y luego está Mia, mi secretaria superinteligente.

Prohibida. Irresistible. Misteriosa.

De día, es mi mano derecha.

¿De noche? Me gustaría saber a qué se dedica.

Un encuentro fortuito.

Un beso prohibido

Una regla rota.

De repente, está en todas partes.

En la oficina. En casa con mi hijo.

En todos mis pensamientos.

Se está convirtiendo en la pieza que faltaba en nuestras vidas.

Pero su pasado está saliendo a la superficie.

Y ahora tengo que tomar una decisión:

¿Mi compañía? ¿Mi corazón? ¿Mi hijo?

¿Y si no puedo tenerlo todo?

“Una Segunda Oportunidad para el Papi” - Una chisporroteante historia de amor entre

compañeros de trabajo que traspasa todas las fronteras. Si aprecias a los padres solteros, los amores prohibidos y las decisiones desgarradoras, ¡este libro es para ti!

HENRY

Terminé mi entrenamiento diez minutos antes, con la esperanza de poder sorprender a mi secretaria en su escritorio. Sin embargo, apresurarme en los estiramientos posteriores a la carrera no me sirvió de nada.

La inigualable Mia Ferris no estaba en su despacho.

Y me di un tirón en la parte superior de los cuádriceps por las prisas.

Maldita sea.

Avancé cojeando por el pasillo del edificio de la Dunn Enterprises, dejando la zona vacía donde normalmente estaría Mia, tecleando.

Después de todo, era miércoles y ella no solía venir hasta la mitad de la mañana. Aunque no estaba fuera de lo normal que yo, el director general, estuviera al tanto de cuándo entraba y se sentaba en su mesa, probablemente me resultaba extraño memorizar *todo lo que* hacía aquella morena. Tampoco podía ser normal planificar mis entrenamientos para cuando ella no estuviera en el edificio.

No hay nada malo en disfrutar de la compañía de una mujer sólidamente fiable.

Empleada. Una empleada de confianza.

Pero, por suerte, ahora no tendría la suerte de disfrutar del calor de su presencia. No estaba en su mesa. Y mi padre estaba sentado frente al mío.

Conteniendo un profundo suspiro al ver a mi padre, Eddie Dunn, en mi despacho ejecutivo, entré en la habitación y dejé que la puerta de cristal se cerrara tras de mí con un suave chasquido.

Quería a mi padre. De verdad. Era el único modelo de conducta que siempre intentaba seguir. Era el hombre al que intentaba impresionar.

Antes, cuando él era el director general y yo sólo un ejecutivo, algunos se habrían burlado y habrían predicho que yo era un lameculos, que le hacía la pelota al jefazo de arriba con el objetivo de tomar el mando algún día. Papá había dejado muy claro desde que empecé la

universidad que yo iba a ser el próximo director general de la empresa que él había fundado. Era un hecho. Nunca había visto la necesidad de destacar por el ascenso que ya sabía que obtendría cuando él se jubilara.

Aun así, sus opiniones me importaban. Quería que estuviera orgulloso de mí. Me llenaba de satisfacción saber que me veía manejar las riendas de su empresa con cuidado e inteligencia. Todos los hijos quieren la aprobación de sus padres. Eso era cierto en aquel momento, cuando me senté en la silla de cuero que había detrás del enorme escritorio que había encargado para sustituir al suyo. Pensaba trabajar siempre para obtener la recompensa de su aprobación y felicidad.

Siempre y cuando mantuviera sus opiniones relevantes para el trabajo. Al negocio. No a *mí* ni a cómo vivía mi vida. Últimamente, sólo quería insistir en eso, y yo no estaba de humor para otra de sus charlas favoritas sobre cómo puedo fastidiarte la vida.

“Buenos días, papá”. Me moví en el asiento, haciendo una mueca de dolor al estirar la pierna.

“Buenos días. Bajó la taza de café. Aunque estaba jubilado, conocía bien este lugar y se sentía como en casa siempre que quería. Su papel oficial había terminado, pero le gustaba seguir participando. “¿Te has hecho daño?”

“Hice ejercicio demasiado deprisa y me precipité en el enfriamiento”.

Se rio, consciente de lo impaciente que podía llegar a ser. “Siempre vas con prisas”.

“Lo dices como si la puntualidad fuera un defecto”.

“La puntualidad es un punto fuerte, para la gente normal”.

Me señalé a mí mismo mientras me frotaba el muslo. “¿Yo no soy normal?”

“No lo eres cuando intentas meter demasiadas cosas que hacer en un día”.

Me encogí de hombros. “¿Qué puedo decir? Trabaja duro, juega duro”.

“¿Llamas a correr ocho kilómetros en la cinta todas las mañanas una forma de *jugar*?” Arqueó una gruesa ceja oscura. Los grises y los plateados asomaban por su pelo castaño, pero su rostro sólo estaba moderadamente surcado de arrugas, lo que le hacía parecer distinguido sin parecer *viejo*.

“Claro”. *Te olvidaste del entrenamiento de fuerza antes de la carrera.*

Puso los ojos en blanco. “No creo que *sepas* divertirme”.

Fue un golpe bajo. Por supuesto, era consciente de la dinámica de la “diversión”. Por eso había planeado pasarme por la mesa de Mia. Debatir sobre las palabras más ridículas y asónicas que sugerir para aquella sopa de letras diaria que tanto le gustaba siempre era divertido. *Ella* era divertida, independientemente de la tarea o asignación que tuviera entre manos.

Suspiré, reprimiendo la decepción de tener que esperar más para verla. Mi padre no me retendría mucho tiempo. Comprendía que tenía reuniones y llamadas que atender. Mi trabajo

había sido una vez el suyo, y estaba al tanto de las exigencias de la agenda del director general. Pero charlar con él me restaría tiempo para planificar otras cosas, y me retrasaría el resto del día. Si me demoraba con lo que tenía que hacer, me perdería esos momentos de ocio con ella.

“En fin”, dije diplomáticamente mientras dejaba de frotarme el muslo y me incorporaba más. Pasaría por alto sus críticas sobre lo 'divertida' o 'poco divertida' que era mi vida. Trabajar duro siempre había sido mi prioridad y me negaba a pensar que eso fuera una debilidad. “La construcción del nuevo club nocturno está casi terminada”.

Suspiró y dejó el café. Aquella larga exhalación era un hálito de derrota. Si esperaba tener una charla sincera sobre el equilibrio entre mi vida laboral y personal, tendría que esperar a otro momento. Además, le había enganchado con aquella frase. Él no mandaba aquí, pero le entusiasmaba ver crecer la empresa. “Parece que empezaron hace sólo unos meses”.

Ya había pasado casi un año, pero entendía lo que quería decir. La Dunn Enterprises empezó con la importación y exportación. Luego pasó a los servicios de consultoría. Y ahora, desde hacía un par de años, habíamos avanzado en el sector de la hostelería y el ocio de la economía, siendo propietarios de una creciente cadena de clubes nocturnos.

“Es increíble lo rápido que puede extenderse la marca”. Papá sonrió, mirando por las ventanas del suelo al techo que había detrás de mí y que ofrecían una vista del paisaje urbano. “Hace sólo tres años, estos clubes nocturnos eran un capricho”.

“Ahora, vamos a abrir nuestro tercer club. Y será aún más grande y mejor que los dos primeros”. Una amplia sonrisa se dibujó en mi rostro. Era imposible ocultar mi alegría y no intenté enmascararla. Nos merecíamos este éxito. *Me* merecía esta victoria. Había trabajado mucho y muy duro para que todo estuviera en orden para que el nuevo club nocturno propiedad de la Dunn abriera en Miami. Triunfar en una zona turística como ésa sería una mina de oro.

“Claro que sí”. Papá asintió mientras se frotaba la barbilla. “Sólo la ubicación garantizará su popularidad”.

“No podemos confiar sólo en las playas y el sol para atraer a los turistas. Este club destacará entre los demás establecimientos de ocio nocturno. Lo haremos único”.

“¿Cuál es el nombre provisional?”

“Fifty”.

Arrugó la cara. “Aún no estoy seguro... ¡Es sólo un número! No un nombre”.

Me encogí de hombros. “Siempre tendré en cuenta tu opinión, papá, pero *estoy* seguro. Hemos contratado una amplia investigación y análisis de mercado. Cuento con lo mejor de lo mejor”. Siempre lo hacía. Papá creó esta empresa de la nada. Era un hombre normal y corriente que se convirtió en un auténtico hombre de negocios que ingresaba miles de millones. Nunca deshonraría el trabajo de su vida ni lo tiraría por la borda, ni abocaría a ningún esfuerzo al fracaso. Sin embargo, me di cuenta y acepté que algunos negocios requerían más riesgos que otros. Con cada riesgo que asumía, debatía los pros y los contras. Las estadísticas y los números fríos como la piedra desempeñaban un papel importante a la hora de respaldar las decisiones *que*

debía o no debía tomar.

“El nombre está de moda. Encaja. Tiene sentido para la ubicación geográfica concreta del club”.

Asintió, encogiéndose de hombros. Su reticencia se desvanecería en cuanto abriera el Fifty.

“La marca ya está despegando. Y el departamento de relaciones públicas ya lleva meses utilizando ese nombre, generando interés antes de que abra el club”.

“Bien. Bien”. Se rio entre dientes. “Si los expertos en marketing afirman que un número es un buen nombre, ¿quién soy yo para llevarles la contraria?”

Exacto.

“¿Qué más queda por hacer?” Preguntó.

Yo contrataba y delegaba la mayor parte del trabajo, pero él sabía que prefería encargarme personalmente de algunas decisiones. “Cosas más detalladas, incluida la dotación de personal”. Reclinándome en mi silla, me acomodé lo más cómodamente que pude con esta ligera distensión muscular. “Quiero que allí actúen diferentes talentos”. El Fifty no sería un club de striptease, pero las bailarinas serían lo más destacado. “Bailarinas nuevas y únicas”.

“Seguro que los ojeadores que tienes buscando encontrarán a alguien”.

Me encogí de hombros. “Pero me preocupa que sea más de lo mismo”. Quería algo que destacara. Todos los clubes y todas las bailarinas ofrecían lo mismo de siempre. No podía ser imposible querer lo mismo de siempre pero con un toque diferente.

“Eres muy bueno hablando de lo mismo de siempre, Henry”. Volvió a fruncir los labios.

Allá vamos. Debería haber sabido que volvería a darme la lata.

“Lo único que haces es trabajar”. Levantó una mano para impedir que replicara. “Me alegro de que te mantengas ocupada trabajando. Siempre has sido una persona ambiciosa. Como yo. Pero no puedes trabajar *todo* el tiempo. Necesitas tomarte un descanso”.

“Me tomo descansos”.

“Descansos que no incluyen ir al gimnasio”.

“Llevo a Jason a los recreativos todas las semanas”. La noche semanal de recreativos con mi hijo siempre sería un elemento básico de mi rutina.

Asintió con la cabeza, cediéndome la palabra. “Sí. Y te reconozco el mérito de estar ahí para él. A pesar de tus horas en la oficina, has sido un padre activo y presente para él”.

Tenía que serlo, porque era el *único* padre de Jason. Había aprendido de él a ser un padre soltero trabajador. Papá me crio solo y salí bien, ¿no?

“Pero quiero más nietos”, dijo papá simplemente. Añadió una sonrisa tímida a la frase. “Cuando era más joven, siempre deseé tener un hermano. Jason ya tiene siete años. Necesita un

hermano o una hermana”.

Por un lado, debería haberme molestado que papá proyectara *sus* deseos pasados en Jason. Pero, por otra parte, sabía lo que quería decir. Cuando era niño, deseaba tener un hermano o una hermana. Siempre habíamos sido papá y yo desde que mi madre falleció cuando yo era muy pequeño. Ahora se repetía el mismo ciclo, Jason y yo. Otro dúo de padre e hijo. O suponía que éramos los tres: Jason, mi padre y yo.

“Tienes que sacar tiempo para vivir un poco, Henry. Sé que has estado más ocupado de lo normal con el próximo estreno del 'Fifty'”.

Sonreí ante sus comillas al aire con el nombre del nuevo club.

“Pero tienes que asegurarte de vivir un poco más. Sal ahí fuera. Al menos intenta conocer a alguien, porque sé que preferirías tener una familia más grande con la que volver a casa”.

Era exacto al suponer que yo lo quería todo, que echaba de menos tener una pareja y la posibilidad de tener otro hijo. Una familia numerosa siempre había sido una quimera inalcanzable. Pero eso no cambió mi punto de vista sobre salir con alguien. La idea de salir con alguien me irritaba. Cuando la madre de Jason me dejó -y a él- y huyó, me dolió.

Salir con alguien sonaba a lío y a pérdida de tiempo.

En cambio, centrarme en el trabajo era seguro. No tenía complicaciones.

Un clic en la puerta me distrajo.

Ya estás aquí.

La puerta se abrió y *ella* entró. No necesitaba desviarme para pasar por su mesa. Mia estaba aquí.

Y así, sin más, su presencia me sugirió que centrarme en el trabajo podía resultar muy complicado.

Contuve la respiración, sufriendo el golpe de deseo que me dio al verla. Esta mujer esbelta y con curvas aguantaba mis necesidades de secretaria, pero inspiraba... algo más. La contemplé en toda su plenitud, curioso por el hecho de que nunca hubiera dos días iguales. Su falda vaquera marrón corta no era apropiada para la oficina, pero la blusa fucsia brillante la igualaba. Siempre tenía un aspecto arreglado, pero con una pizca de atrevida excentricidad.

“¿Qué te parece, Mia?” Pregunté, sintiéndome como un dios entre los hombres cuando ella levantó su mirada verde para encontrarse con la mía. El cosquilleo de conciencia que me invadió con su contacto visual directo nunca dejó de aturdirme.

“¿Qué pienso de qué?” Preguntó. Aunque sólo estaba respondiendo a mi pregunta, sentí que era mucho más que eso. No sabía cuándo había empezado a estar pendiente de cada una de sus palabras, pero así era.

“Hola, Eddie”, dijo mientras se acercaba con los papeles en la mano-.

“Buenos días, Mia”. Él le sonrió, la conocía desde hacía más tiempo que yo. La había contratado antes de que yo fuera director general.

“¿Crees que necesito vivir un poco?” Pregunté.

Dejó los formularios sobre mi escritorio y apoyó la cadera en el borde. Al cruzarse de brazos, sus largas ondas castañas cayeron sobre un hombro. Apoyó el codo en la mano y levantó la que tenía libre para frotarse la barbilla con aire pensativo. “¿Vivir un poco?” Me miró con una sonrisa maliciosa en los labios. “Sí, te estás haciendo viejo. Rancio y medio roñoso ya”.

Papá se rio.

“Acabo de cumplir treinta y tres años la semana pasada”, protesté, sabiendo perfectamente que me estaba tomando el pelo.

“¿Y cuánto tardaste en superar la resaca de *un* vaso de vino en tu cena de cumpleaños?”

Puse los ojos en blanco y perdí la lucha por sonreír. Podía burlarse de mí todo lo que quisiera. Porque era mutuo. No la perdonaría. “Como si tú fueras de las que hablan. Siempre diciendo que necesitas dormir más para sentirte humana. Ahora eres prácticamente una solterona gatuna con lo mucho que 'te lo vives'”.

“Eh, los gatos molan”.

“Los perros son mejores”. No estaba seguro de cuánto tiempo más sería capaz de aguantar las peticiones de Jason para tener uno.

Puso los ojos en blanco, acostumbrado a una de nuestras muchas fuentes tontas de discusiones aleatorias, como los perros frente a los gatos o los ingredientes aceptables de las pizzas. “Si todo lo que haces es trabajar, serás vieja y estarás sola antes de que te des cuenta”, canturreó mientras se levantaba del escritorio y caminaba hacia la puerta.

“Eso es lo que yo le digo”, dijo mi padre.

“¿A mí también me llamas viejo?” Repliqué.

“No, pero te sentirás solo”, argumentó.

“Tonterías”. Observé a Mia en la puerta, sonriendo al vernos discutir a mi padre y a mí antes de que se escabullera. Nunca me sentía solo cuando ella estaba cerca.

Hizo una pausa y se volvió para saludarme con la mano antes de volver a su escritorio. Fue una interacción demasiado breve, pero no importaba. Estaría justo delante de mi puerta, como siempre. Ya encontraría otro motivo para hablar con ella.

Bajé la mirada, divertido y molesto a la vez, porque si alguna vez tenía tiempo para 'vivir un poco', no me importaría hacerlo con ella.

MIA

¿Una solterona gatuna?

Solté una carcajada para mis adentros y me atreví a echar un vistazo por encima del hombro a Henry, que estaba en su despacho con su padre. No me sorprendió descubrir que seguía mirándome a través de la ventana. Sentir el calor de su mirada no era nada nuevo.

No tienes ni idea...

Llamarme a mí - una bailarina de cabaret - solterona y gatuna era un oxímoron.

Pasaba los días aquí, trabajando como secretaria en su planta, pero las noches las pasaba en el Danger, el club nocturno donde actuaba como bailarina de burlesque y cabaret. En eso no me diferenciaba de Henry. Él era un adicto al trabajo, siempre atareado en la oficina y aún más ocupado criando a su hijo, Jason. Y yo era una adicta al trabajo, que nunca dejaba de aparecer por aquí para fingir ser la típica oficinista cuando probablemente necesitaba dormir más tras una larga noche de baile.

Quemar la vela por los dos extremos solía ser una moda. Ahora, para mí, era un obstáculo para mi existencia.

¿Cuándo me sentiré al día? Con la vida. Con el dinero. ¿Alguna vez?

Ahogando otro bostezo, esboqué una sonrisa cuando Jen entró por el pasillo. A la ayudante ejecutiva de Owen, el director de operaciones, no le gustaría verme tan cansada. Era una entrometida, siempre una mamá gallina, y no necesitaba que se preocupara por mi agotamiento.

Estaba cansada, pero mi expresión persistía por lo que había dicho Henry. Oírle confundirme con una solterona gatuna me sentó mal, pero no podía corregirle sobre por qué carecía de vida social.

Sin embargo, no fui lo bastante rápida para borrar el ceño de mi cara.

“Oh, Mia. Mia, Mia, Mia”. Jen suspiró, arrugando la frente mientras se detenía conmigo en el pasillo. “Eres demasiado joven para lucir ese ritmo”. Miró el reloj. “Ya son las diez”.

Sonreí y me encogí de hombros. “Nada que un poco de café no pueda arreglar”.

“Tienes que controlar ese hábito tuyo”. Me movió el dedo con buen humor. “Es estupendo ser un ratón de biblioteca acérrimo, pero quizá deberías poner un cronómetro”.

Me reí ligeramente, contenta de que aún se creyera mi mentira de por qué solía tener sueño. Ojalá pudiera pasarme las noches en vela leyendo, demasiado absorta en una historia como para dejarla antes de acostarme. Porque tener dos trabajos así era un futuro desalentador que mantener. “Tal vez uno de estos días”, respondí alegremente mientras volvía a mi pequeño despacho.

“¿Tienes alguna idea sobre qué libro podemos hacer para la reunión del club de lectura del mes que viene?” Me sonrió.

Éste era el problema de las mentiras. Siempre se extendían y formaban más capas de las que seguir el ritmo. “¿No le toca a Luke elegir el libro?”

Chasqueó los dedos. “Vaya. Creo que sí, pero como está casi de baja por paternidad, seguro que se le ha olvidado”.

“Pensaré en uno si él no puede”.

Me dio una palmadita en el brazo. “Gracias, cielo. Eres un encanto”.

No tenía tiempo para leer por diversión. Ni siquiera estaba segura de tener tiempo para elegir un libro que leer de mentira para esta reunión, pero ya se me ocurriría algo. No sólo tenía que mantener la mentira de que siempre estaba durmiendo porque leía demasiado tarde por la noche, sino que también disfrutaba de aquellas reuniones. Trabajar para la Dunn Enterprises era como formar parte de una familia. Puede que la “familia” estuviera establecida en la oficina, pero se sentía hogareña e inclusiva, dos cosas de las que yo carecía en la vida.

Nota para mí misma: buscar un libro corto que recomendar. Suspiré mientras caminaba hacia mi despacho. Como si necesitara algo más en mi lista de tareas pendientes.

Aunque mi despacho era diminuto y la ventana pequeñita, me gustaba la sensación de encierro. Nunca había sentido claustrofobia y apreciaba la privacidad y el aislamiento absolutos. Cuando estaba en el plató, bailando, tenía que superar el asco de estar tan *expuesta* y vulnerable. Aquí, en esta pequeña oficina, me sentía segura. Era *mi* lugar. Estas cuatro paredes eran *mías* para decorarlas y esconderme tras ellas.

“Primero lo primero”, murmuré mientras me dejaba caer en la silla. Girándola hacia el escritorio, cogí el bolígrafo y taché la última línea de mi lista de tareas pendientes. Tenía una lista mental que no paraba, pero para no desviarme de ella, lo anoté todo.

Entregar los últimos formularios a H. Raspé el punto con el bolígrafo. Debajo estaba la tarea que más odiaba.

Comprobar las facturas y las finanzas.

Con otro suspiro, desbloqueé el ordenador y revisé mis finanzas personales. Los miércoles

eran días lentos, y nunca me sentaba mal utilizar la hoja de cálculo del ordenador para vigilar mi cuenta bancaria. Siempre andaba escasa de fondos. Al igual que hacía cada primer miércoles de mes, volví a pensar en el pavor que me producía trabajar hasta la tumba intentando pagar aquellos malditos préstamos. Al ritmo que iba, nunca ahorraría lo suficiente para borrar mi historial, pagar los préstamos estudiantiles en mora y devolver las deudas de las tarjetas de crédito que mi ex contrajo años atrás.

Sencillamente, no había fin a la vista. Tras marcar todas las fechas de pago y ver cuánto más tendría que ganar para salir del paso, dejé caer la cabeza sobre los brazos apoyados en el escritorio y gemí.

No tenía por qué ser así. *Podía* ganar más dinero. Nunca podría volver a estudiar y licenciarme en Derecho para trabajar en el campo legal como siempre había querido.

Mi salario aquí en la Dunn Enterprises era manejable para un coste de vida estándar, pero nunca me sacaría de deudas ni me permitiría respirar. Mis ingresos bailando en el Danger eran ciertamente superiores a lo que ganaba aquí. Pagaba bien, y la oferta de hacer más turnos estaba ahí. De hecho, Gina, la bailarina gerente del Danger, estaba desesperada por que hiciera más horas.

Pero no puedo marcharme. Con un suspiro pesado y exasperado, me incorporé y busqué el cuadro que había sobre mi escritorio. En la foto de detrás del marco había una foto mía con Henry, haciendo el tonto en el picnic de empresa del año pasado. Le pillé riéndose, lamiéndose la nata montada de la cara donde le había aplastado una tarta. A mí me sorprendieron partiéndome de risa y evitando que me lanzara otro pastel de nata a la cara. Detrás de nosotros, Eddie, Owen y Jen también se reían a carcajadas. Lo que empezó como un turno voluntario en la mesa de tartas de la empresa y la familia se convirtió en un momento divertidísimo. A menudo acababa así. Henry era mi jefe. Owen también lo era. Todos trabajábamos juntos, pero estar incluida en este lugar de trabajo era la única semblanza de vida familiar que había tenido de verdad.

Aquí encajaba. Más o menos. No podía renunciar a trabajar sólo para Gina, bailando.

No puedo abandonarte. Levanté el marco y pasé el dedo por la cara de Henry. Desde que Eddie le nombró director general, habíamos sido amigos. Henry y yo simplemente encajábamos. Sabíamos terminar las frases del otro. Sabíamos cómo evitar las manías del otro. Henry era...

Volví a suspirar, incapaz de imaginarme una vida sin ver sus severas expresiones de concentración y sin sentir la tentación de hacerle sonreír o reír.

Sonó mi teléfono, sacándome de mis cavilaciones sobre no salir nunca adelante o sentirme atrapada por las deudas. Al ver que era Gina, adiviné lo que quería y contesté.

“Hola, cariño”, respondí fríamente, sin dejar de mirar la foto que guardaba en mi escritorio.

“Hola a ti también, nena”, saludó ella, animada como siempre a pesar de su voz grave y ronca de fumadora. “¿Quieres bailar esta noche?”

Lo sabía.

Aunque debería haberme alegrado saber que estaba tan solicitada, me sentía... miserable y sin

amor. Nadie sabía quién era yo. Los invitados que apreciaban mis bailes no sabían que era yo *quien* estaba en aquel escenario. Una máscara me ocultaba.

Al menos aquí, en la oficina, conocían a la verdadera yo. La mujer y el nombre. Ese sentimiento de ser deseada e incluida era una buena sensación aquí.

No era la primera vez que me preguntaba qué haría Henry si supiera que me pluriempleaba como bailarina. Siempre había sido tan educado y correcto. Elegante y guapo con trajes impecables, el pelo pulcro y nada en él desaliñado, Henry era una persona rica e influyente, tan inteligente y con tanto éxito.

Y yo no lo soy. Nunca lo seré.

“Sí, claro”, le dije a Gina.

¿Por qué no aprovechar la oportunidad de ganar un poco de dinero extra cuando estaba deprimida?

El recordatorio de que Henry y yo estábamos a leguas de distancia siempre escocía. Se equivocaba al suponer que yo sería una solterona gatuna. Pero mientras escuchaba a Gina delirar sobre la cantidad de propinas que probablemente podría ganar aquella noche, odié que Henry no me conociera en absoluto.

La verdadera yo, que estaba ahogada en deudas y tan desesperada por pertenecer.

HENRY

Aunque planeaba salir por la noche e ir a algunas discotecas, no era con el propósito que quería mi padre. Deseaba que conociera a una mujer, pero apuesto a que nunca, *jamás*, aprobaría que saliera de marcha con una veinteañera. Quería que viviera más y trabajara menos. Y, bueno, aquella noche iba a ser una combinación de ambas cosas.

Me sentí fatal por haberme perdido la celebración del cumpleaños de Owen la semana pasada, pero ninguno de los dos pudimos escaparnos entonces. Mi mejor amigo y director de operaciones de la Dunn Enterprises era tan adicto al trabajo como yo. Le faltaba un padre regañón que le recordara que no se estaba haciendo más joven.

Era una semana tarde para el cumpleaños de Owen, pero íbamos a salir a ver más clubes a los que mis ojeadores aún no habían ido. Mi mayor objetivo era encontrar talentos únicos para el nuevo club. El Fifty necesitaba lo mejor de lo mejor. Las bailarinas más calientes. Como nueva atracción de Miami, necesitaba algo espectacular. Hasta el momento, mis ojeadores habían buscado a las mediocres de siempre. Aquella noche, Owen y yo combinaríamos trabajo y placer: saldríamos para explorarnos y también para tomar una copa por su tardío feliz cumpleaños.

“¿De verdad crees que un sitio como éste”, Owen se detuvo ante el sórdido club de baile, señalando las letras de neón del letrero, “tendrá empleadas buenas?”

Consideré la estupidez, y la desesperación, de mi mal pensada idea de acudir allí aquella noche. Su profunda mueca y su ceño fruncido mostraban su escepticismo. Una buena dosis de escepticismo. La A del nombre del club, *Danger*, estaba inclinada hacia un lado de forma tan precaria que la letra de neón parecía pender de un hilo. Aunque aquel letrero no parecía a punto de estrellarse y caer sobre quienquiera que entrara en el edificio de aspecto sórdido y casi ruinoso, la acera en la que nos encontrábamos no me incitó a acercarme ni un paso más. Los cristales rotos de las botellas de cerveza ensuciaban la zona donde se unían la acera y la pared de ladrillo. Las malas hierbas se agitaban con una ligera brisa, echando raíces en las importantes grietas del camino. El hedor de una mezcla de olor corporal y marihuana emanaba de la pila de ropa sucia dejada en un montón hacia un lado de la entrada.

Me encogí de hombros, curioso a estas alturas. “Pregunté a uno de los aparcacoches del edificio dónde se encontraba un club con joyas ocultas”.

Unas cuantas personas más pasaron junto a nosotros, dirigiéndose al Danger, y nos hicimos a un lado para que pudieran llegar a la puerta. Parecían ajenos a la chatarra del exterior, adentrándose a grandes zancadas en el interior del local sin ventanas.

“Y dijo que este sitio no defraudaría”.

Owen no estaba convencido. O quizá no se sentía arriesgado. “Ya me está decepcionando”. De nuevo, indicó el exterior. “Cualquier bailarina que se precie no vendría a un sitio así”.

Le di un manotazo en el brazo mientras me dirigía a la puerta. “Vamos. Al menos estoy intrigado. Quizá me dijo que viniera aquí como una broma”. A aquellos aparcacoches les encantaba gastarme una cuando podían.

Owen se rio entre dientes y me siguió. “Quizá”.

El pequeño vestíbulo donde pagué nuestro cubierto era oscuro y estrecho, pero supuse que, para ser un lugar de espera temporal, cumplía su función. El hedor del exterior no seguía aquí dentro, y con la sencilla moqueta oscura y las paredes pintadas de negro, parecía más limpio y bien mantenido.

“Disfruta del espectáculo”, me dijo la encargada que había detrás de la ventanita mientras me tendía el dispositivo de tarjetas para que lo firmara después de pagar nuestra entrada.

“Pues...” murmuró Owen detrás de mí.

Le lancé una mirada y abrí la segunda puerta para entrar. “Le daremos cinco minutos. Luego nos iremos a otro sitio”.

“Sí, sí”. Caminó a mi lado, oteando también el interior poco iluminado y observando el sorprendente lleno. Muchos invitados estaban sentados alrededor de mesas. Otros se sentaban en altas mesillas. Parecía que habíamos llegado tarde, porque nos llevó unos minutos conseguir un par de sillas. Estaban más cerca del escenario y, como los cojines aún estaban calientes, deduje que sólo teníamos esas sillas porque alguien debía de haberlas desocupado recientemente.

“¿A qué otro sitio te gustaría ir por tu cumpleaños atrasado?” Pregunté cuando nos sentamos.

“Eh, aquí está bien”.

Pues no.

Siguió oteando a la multitud, dudoso y preocupado por estar aquí, en un lugar claramente por debajo de sus estándares. El Danger estaba por debajo de mis estándares. No salía a menudo de discotecas ni a ver espectáculos, pero era propietario de clubes y estaba familiarizado con cómo debía funcionar un establecimiento de este tipo. El Fifty iba a ser una combinación de club nocturno tradicional y local de cabaret, lo cual era diferente de los demás clubes de la Dunn Enterprises. Razón de más para sentir la necesidad de impresionar, de quedar bien con las bailarinas. Aunque Owen podría ser un juez más duro, fui capaz de no prestar atención a los detalles del local y centrarme en esperar a que empezara el espectáculo. Estaba aquí para ver a las bailarinas, no para criticar a un club que no estaría en la misma liga de competición que un club de la Dunn.

“No nos quedaremos mucho tiempo. Sólo para ver si alguien me llama la atención”.

“Ya que tienes tanta experiencia en la selección de personal de baile y entretenimiento”, se burló.

Sonreí con satisfacción y me encogí de hombros. “Los cazatalentos no traen nada nuevo”. No era un experto, pero era un hombre. Y podía impresionarme igual que todas aquellas personas que habían pagado por venir aquí. “Quizá la agencia de búsqueda está demasiado atascada en el protocolo y sólo tiene en cuenta a unos pocos elegidos”.

“Sé lo que quieres decir”. Asintió, sentándose de nuevo en su silla. “He visto la mitad de esos vídeos contigo, y todo es... *meh*”.

“La mayoría de los vídeos de las audiciones parecían...”.

“¿Inmaduros?” Adivinó.

“Sí. Parecía que eran pruebas de animadoras o que las bailarinas eran fanáticas del ballet”. Aunque estaba seguro de que todas las personas que habían encontrado los ojeadores tenían talento por derecho propio, no despertaban ninguna intriga.

“Oye, antes de que empiece el espectáculo”. Perdió su expresión dubitativa y se puso serio por un momento. “Antes he visto a tu padre en el despacho. ¿Qué me he perdido?”

Negué con la cabeza. “¿Nada?”

Arqueó una ceja. “¿Nada de nada? Sé que le gusta pasarse por aquí a menudo, pero parecía que estaba en una misión”.

“Las típicas quejas de que trabajo demasiado y nunca siento la cabeza. Él...”

Las luces se atenuaron aún más, distrayéndome de la conversación con esta señal de que el espectáculo estaba a punto de empezar. Sonaba música baja de fondo, pero se cortó para que una melodía más nueva tomara el relevo.

Miré hacia el escenario y observé cómo salían las primeras bailarinas. Todas tenían buen aspecto - más que buen aspecto - y era evidente que no se trataba de aficionados. El exterior del Danger era destartado y sugería un grave descuido, pero los llamativos y ornamentados trajes que llevaban estas bailarinas profesionales daban a entender que los directores habían puesto toda su atención y prioridad en ellas. Salieron con una coreografía bien practicada. Ni una sola perdió el paso. Cada una de ellas dio en el clavo y se movió sin esfuerzo, como si este número de gran entrada fuera algo para lo que simplemente hubieran nacido.

“Hostia puta”, dijo Owen a mi lado.

Asentí con la cabeza, demasiado absorto en el espectáculo como para responder.

Mierda era correcto. Entre la iluminación y la ropa satinada y llamativa que llevaban las bailarinas, me quedé boquiabierto al instante. Todas las mujeres se movían con gracia. Las sonrisas se pegaban sin inmutarse mientras la mitad superior de sus rostros estaba cubierta por máscaras de intrincado diseño. Sus cuerpos se balanceaban perfectamente al ritmo de la música,

haciéndome desear verlas a todas a la vez, pero también observarlas por separado.

Confiando en el consejo del ayuda de cámara de venir aquí, no me había molestado en fijarme en lo que estaba viendo. No tenía ni idea de cuál era el programa, si seguirían con una representación más parecida a una obra de teatro en plan musical travieso o se desviarían hacia algo totalmente original.

No estaba ocupado intentando averiguar qué estábamos viendo. Estaba demasiado entretenido impresionándome con las bailarinas.

Al girarme hacia el perfil de Owen, noté una expresión similar de asombro en su rostro. Sonrió, contemplando el escenario, pero me miró con una mueca de sorpresa.

“Parece que el aparcacoches tenía razón...”

Se quedó boquiabierto al ver algo en el escenario, y yo volví a mirar hacia delante.

Alguien, no algo, captó la mirada de mi amigo. Caí en la misma trampa.

Entró una mujer más alta, flanqueada por otras dos bailarinas detrás de ella. Se movían en sincronía, pero se mostraba una clara deferencia hacia la más alta. Ella estaba al mando del número, del espectáculo, robándome la atención.

Al instante, con la primera visión de cómo se pavoneaba en el escenario, me cautivó. Me sentí absorbido, en una espiral de atracción adictiva por verla llevar su cuerpo a través de la música. Sus caderas se balanceaban seductoramente, despacio, luego deprisa. Sus brazos y piernas eran extensiones de la música, interpretada a través de ritmos más rápidos y tempos cambiantes. Mientras tanto, mantenía la barbilla levantada desafiantemente, como si nos desafiara a todos a mirarla.

No era una mujer, sino una seductora. Una diosa. Una visión de la que no pude apartar la mirada ni un milisegundo.

No lo 'viví' a menudo. Salir y estar a los últimos no era mi estilo. Era un hombre de negocios, ligado a mi trabajo y a asegurarme de impresionar a mi padre, pero también era humano. Había salido un poco de fiesta cuando era más joven. Había ido muchas veces a discotecas y espectáculos.

Había visto a bastantes mujeres.

Pero no a ella. No a *ésta*.

“Maldita sea...” Lo compartí en una exhalación, estupefacto ante la visión de esta bailarina mientras se movía hacia un lado, más cerca de donde Owen y yo estábamos sentados, mientras más bailarinas entraban en el número tras ella.

Mucho más cerca, pude disfrutar de una visión más íntima de esta exquisita bailarina. Desplacé mi mirada sobre ella y contemplé cada centímetro de su carne flexible y suave, tan brillante y resplandeciente bajo las luces. Los músculos se movían, demostrando su atletismo y su fuerza. Su figura me provocaba, sus curvas apenas contenidas en el traje. Sus pechos

atrapados tras el corsé de cuentas, su culo parcialmente al descubierto por el corte alto del corpiño. Todo ello. Toda ella. Me atrajo hasta que quedé atrapado e incapaz de apartar la mirada.

“*Maldita sea*”, coincidió Owen conmigo tardíamente.

Asentí, entumecido y mudo. Apartar mi mirada de ella sería un crimen, y no podía hacer que mis ojos se movieran. Como una polilla a la llama, una mosca a la miel. Estaba reducido a una criatura primitiva, magnetizado por aquella mujer.

Ninguno de los demás importaba. Pasaron a un segundo plano, meros zumbidos y ruido blanco tras *ella*. La música se filtró en mi mente como una bruma, filtrándose y adormeciéndome al oír el ritmo y verla desplegarlo con su cuerpo.

“Por *eso* este lugar es una joya escondida”, dijo Owen, riéndose por encima del asombro de su propia voz. “Maldita sea, esa mujer está buena”.

Una vez más, asentí sin decir palabra, incapaz de hablar todavía y poco dispuesto a abandonar el brumoso hechizo de aquella mujer que parecía bailar para mí.

Sus ojos se clavaron en los míos. A pesar de los asientos abarrotados, de toda la gente que observaba el espectáculo, ella parecía fijarse en mí. A mí. Me miraba a *mí* entre todos los demás.

Las luces se interpusieron entre nosotros. El brillo cegador de las rayas multicolores me irritó la vista, interfiriendo en mi capacidad de verla con más claridad. De establecer una conexión. De mirarla realmente a los ojos y dejar que aceptara que me dedicaba a presenciar *su* danza, la de nadie más.

Pero no tuve oportunidad. Se giró, obedeciendo el compás y el ritmo de su danza. Al ver su hombro y luego su espalda mientras giraba y se adentraba en el grupo de bailarinas, se rompió el vínculo que nos unía.

“Ella”. Estaba obsesionado, instantáneamente necesitado de encontrar a aquella mujer. “La quiero”.

Tenuemente, fui consciente de que Owen asentía a mi lado. Esquivaba y se inclinaba conmigo, siguiendo el baile de aquella mujer. “La bailarina del final también. Es buena”.

No tenía ojos para nadie más que para ella. La más alta con el traje magenta y verde y la barbilla levantada desafiante.

La estrella.

Ella podría ser *mi* estrella, al Fifty. Demonios, era el tipo de mujer que atraería a un hombre para que quisiera que fuera suya, y punto.

“La más alta. La quiero”.

Owen volvió a reír. “A ti y a todos los demás hombres de este lugar”.

“Nunca he visto a nadie moverse así”, comenté, odiando que estuviera enmascarada. “Tengo que encontrarla después del espectáculo. Quizá podamos abordarla entre bastidores después del

espectáculo”.

“¿Para pedirle que trabaje en el Fifty?”

Fruncí el ceño, mirándole cuando la bailarina enmascarada que no podía sacarme de la cabeza se alejó hacia el otro extremo del escenario, fuera de mi campo visual. “Sí”. Le ofrecería algo más competitivo que lo que hacía aquí. Tenía que hacerlo.

Sonrió satisfecho. “Pareces muy interesado”.

Puse los ojos en blanco. “Quiero que venga a trabajar al Fifty”.

“¿Eso es todo?” Desafió.

Si me estaba preguntando si me sentía excitado o atraído por ella, tenía que admitir que era hombre muerto si decía que no. Era preciosa. Seductora y tan hábil moviendo el cuerpo que era imposible no fijarse en ella y desearla.

Pero al mismo tiempo, la idea de imaginarme con una mujer así me parecía... equivocada.

Sin embargo, ella no es Mia. Últimamente, si tenía alguna idea de disfrutar de la compañía de una mujer en la cama, era el rostro de Mia lo que tenía en mente. De oírla reír y verla sonreír. No me parecía correcto desear tan instantáneamente a aquella bailarina cuando estaba tan enganchado a Mia. Pero no era más que un sueño, un “y si...” imaginario que nunca podría ocurrir. Tener algo más que una relación laboral y una amistad moderada con Mia nunca sería una realidad.

¿Verdad?

Trabajaba para mí, y sólo por eso estaba fuera de mis límites. La Dunn Enterprises aplicaba estrictas normas éticas en la oficina.

Tendría más suerte ligando con esta bailarina que con la secretaria que a menudo era lo mejor de mi día.

Owen volvió a reírse, interpretando mi silencio como una respuesta. Me aclaré la garganta, atascado en la idea de que podía ser deshonesto con Mia, de algún modo, al sentir lujuria por aquella desconocida que bailaba tan sexy en el escenario. “Sí, eso es. Quiero invitar a esta mujer a bailar en el Fifty, eso es”.

“Ajá”. Owen la señaló con un gesto, todavía al otro lado del escenario. “Si consigues un talento así para el Fifty, será un éxito de la noche a la mañana”.

Durante todo el espectáculo, no le quité los ojos de encima. No importaba si iba de un lado a otro del escenario. Me robó la atención. Con aquella máscara cubriéndole la cara, una sensación de misterio nublaba mi juicio. Quería verla. Hablar con ella. Hacer que considerara la posibilidad de trabajar en *mi* club, no aquí en el Danger.

Después del espectáculo, Owen y yo nos apresuramos entre la multitud para dirigirnos hacia la salida o hacia el bar. No estaba seguro de dónde podría haber una entrada entre bastidores, pero teníamos que acercarnos. Nos movimos entre los invitados. Esquivamos a los camareros

que limpiaban el pasillo. Las luces aún no se habían vuelto a encender del todo y, con la penumbra, era difícil ver a lo lejos.

Al llegar a un par de fornidos guardias de seguridad, nos dispusimos a pedir, engatusar, suplicar y solicitar la entrada a la parte trasera del escenario.

“Escuchad, *nadie*, y quiero decir nadie, va a entrar ahí detrás”, dijo el hombre más fornido.

“Entonces, ¿puedo hablar con tu jefe?”

Owen se unió a esta táctica. “¿Puedes dar nuestra información al representante de las bailarinas?” Tendió una tarjeta. “Nos gustaría hablar con una de las bailarinas”.

El compañero del guardia soltó una carcajada. “Sí, claro”.

El primer hombre echó un vistazo a la tarjeta de visita. “¿La Dunn Enterprises?”

Me indiqué a mí mismo. “Soy Henry Dunn. Y nos gustaría hablar con esa bailarina o con quien la represente”.

Tenían que escuchar. Tenían que cooperar. Porque yo ya sabía que no sería capaz de sacarme a esa mujer de la cabeza. Owen tenía razón. Si ella bailaba al Fifty, habría tenido un gran éxito.

“Puedo pasarle esta información a Gina”, dijo el primer hombre, pasando la tarjeta de visita de Owen entre los dedos. “Es lo mejor que puedo decirle, Sr. Dunn. Le haré saber que estáis interesados en una de sus bailarinas”.

“No cualquiera de ellas”, aclaré. “Esa alta de magenta y...”

“Sí. Ya lo sabemos. Todo el mundo la quiere”. Se rio, dando un codazo a su compañero de trabajo. “Pero joder, tío, no eres el primero”.

Suspiré, sabiendo y odiando ese hecho más de lo que tenía derecho.

No tenía nada que hacer con aquella mujer. Ni siquiera la *conocía*. Pero con una fuerte e inexplicable necesidad, estaba seguro de que la quería cerca de mí, trabajando en el Fifty, pasara lo que pasara.

La quería cerca de *mí*.

MIA

Llegué al trabajo al día siguiente, deseando que fuera como cualquier otro típico día normal.

Pero no lo era. No podía serlo. No cuando tenía el estómago lleno de nudos nerviosos y la mente revuelta por el pánico. Mi corazón se aceleraba y mis pensamientos se dispersaban. En el fondo de mi apuro seguía estando la conmoción por haber visto a Henry y Owen entre los muchos invitados del Danger.

Nunca antes mis 'mundos' habían chocado así. En un compartimento limpio y ordenado estaba mi vida en la oficina de la Dunn Enterprises y en otro compartimento separado estaba el papel que desempeñaba en el Danger. Esas dos cosas no debían mezclarse. No estaba previsto que encajaran.

“Hola, Mia”, dijo Jen alegremente al cruzarse conmigo en el pasillo.

“¡Oh!” Me sobresalté, inusualmente sorprendida por su paso tan rápido. Normalmente, era más consciente de lo que me rodeaba.

“Hola”.

Se rio ligeramente, divertida. “¡Vaya! ¿Cómo es que estás tan nerviosa esta mañana?”

“Eh, nada. No estoy nerviosa”. Me reí un poco más, obligándome a seguirle la corriente. “Quizá sea demasiado café”.

“Tú y tus trasnochadas de lectura”, se burló, sacudiendo la cabeza mientras seguía caminando.

Leer. Sí, claro. Yo me pasaba las noches bailando al Danger, pero se suponía que nadie debía saberlo aquí.

“Sí”. Volví a reírme. “Así soy yo...”

Estar nerviosa era quedarse corto. Me sentía como si me arrastrara por el pasillo, intimidada por la perspectiva de enfrentarme a Henry. Era mi jefe. Por supuesto, volvería a enfrentarme a él. Pero hacerlo hoy, después de haber establecido contacto visual con él anoche en el club, me tenía

súper inquieta.

¿Me reconocería? ¿Se daría cuenta de que era yo cuando me viera hoy?

Tenía la corazonada de que mi máscara me ocultaba bien. Tuvo que ser así, porque cuando llegué entre bastidores, Gina se había acercado. Era toda sonrisas y estaba llena de energía vertiginosa para bromear conmigo sobre los dos 'trajeados' que habían venido a ponerse detrás del escenario con el único propósito de hablar conmigo.

“Uno dio a los porteros su tarjeta”.

Acepté el pequeño papel, sintiendo que se me tensaba el estómago al ver la brillante impresión de *Dunn Enterprises* en él. Era la tarjeta de Owen, pero era la prueba de que mis ojos no me habían jugado una mala pasada, de que realmente habían sido Henry y Owen los que estaban allí sentados viéndome bailar.

Si llegaban a darle a Gina su tarjeta por entablar una conversación, eso tenía que significar que no me habían identificado. Si lo hubieran hecho, hablarían conmigo aquí.

Y el porqué de todo. Pasé la mitad de mis noches inquietas preguntándome por qué querían venir entre bastidores a hablar conmigo. Luego me pasaba la otra mitad en vela preocupándome por qué estaban allí.

Henry nunca había venido al Danger. Tampoco Owen. La única persona de esta 'vida', mi vida en la oficina la Dunn, que sabía que yo era bailarina era la niñera que Henry había contratado para cuidar a Jason. Laura había sido la niñera de Jason durante años, y sólo sabía que me pluriempleaba como bailarina porque había ido allí para ayudar a celebrar la despedida de soltera de una sobrina. Eso fue hace años, y todo este tiempo lo ha mantenido en secreto. Juró no decírselo nunca a Henry ni a Eddie, y yo la creí.

Pero ahora...

Oí la voz de Henry mientras saludaba a otro trabajador al final del pasillo.

Me pegué a la pared del pasillo durante un segundo y me encogí. *¿Por qué? ¿Por qué tuvo que venir al Danger una noche en la que yo estaba bailando? ¿Por qué?*

Ser bailarina no era tan vergonzoso. Sin embargo, parecía un gran secreto oscuro que cambiaría para siempre mi identidad aquí. Una profunda vergüenza amenazaba con surgir y apoderarse de mí cada vez que pensaba en cómo me percibirían mis compañeros de trabajo si supieran que era bailarina por la noche. No era una stripper, pero dejaba ver mucha piel. No era una prostituta, pero el baile y la rutina podían resultar excesivamente seductores.

Cubriéndome la cara con las manos, respiré hondo y recé para conservar mi secreto.

“¿Mia?”

Mierda. Henry nunca me llamaba, lo que significaba que ya se había pasado por mi despacho y no me había encontrado allí. Y si me estaba buscando activamente, no podía estar parada en el pasillo por un mísero escondite.

Resistí el instinto de gimotear o huir, desconcertada por aquella ansiedad extraña. Se trataba de Henry. Era mi amigo antes que mi jefe, o eso creía yo. Pero cómo conciliar lo que sentía como dos identidades era un misterio que no tenía tiempo de resolver.

Ni siquiera debería avergonzarme. Es un trabajo mejor pagado que éste. No me estoy... vendiendo, pero...

Sacudiendo la cabeza, me aparté de la pared. Mi actividad secundaria era sólo un trabajo. Necesitaba el dinero y me resultaba fácil hacerlo. Siempre había tenido un don natural para el baile y un talento instintivo para encontrar un ritmo y moverme en consecuencia. Llevar una máscara para algunas de las rutinas me hacía sentir más protegida, pero mientras caminaba por el pasillo para encontrar a Henry, me encogí al pensar por qué sentía que tenía que estar segura en absoluto.

¿Y si Henry lo sabía? ¿Y qué si Jen se daba cuenta de que me había quedado bailando en vez de leyendo? ¿A quién le importa?

Me mordí el interior de la mejilla. *A mí* me importaba, y hoy sencillamente no era el día en que maduraría mucho más y superaría esta vergüenza secreta.

“¡Mi... Oh!” Henry chocó contra mí, yendo demasiado rápido al doblar una esquina por la que yo también iba deprisa. A este paso, no estaba segura de si me había decidido, si quería esconderme de él o enfrentarme a él con un saludo para acabar de una vez.

Me había resuelto el dilema chocando conmigo. Iba tan rápido que estuvo a punto de tirarme al suelo, pero me atrapó. El tacto firme de sus dedos en la parte superior de mis brazos me heló y me abrasó a la vez, y me preocupó que fuera capaz de leerme lo bastante bien como para darse cuenta de lo nerviosa que estaba.

“Hola”. Suavizó su sonrisa, mirándome como hacía a menudo. Como si pudiera estar más tranquilo sabiendo que yo estaba cerca. Al principio, pensé que era porque valoraba mi espíritu trabajador por aquí. Luego supe que simplemente le gustaba mi compañía. Era mutuo... excepto por ahora.

“¿Cuándo has llegado?” Preguntó al mismo tiempo que yo soltaba: “No sabía que llegarías ahora”.

Santo cielo. Me reí, esta vez de verdad, porque éramos así. Si no terminábamos las frases del otro, hablábamos accidentalmente por encima del otro.

“Acabo de llegar. Tenía un par de cosas que hacer con Jason”. Su sonrisa aumentó al mencionar a su adorable hijo. Eran como dos guisantes en una vaina, ambos con sonrisas encantadoras e ingenio rápido. Desde luego, aquel niño crecería para ser un rompecorazones tremendo.

“¿Va todo bien?” Pregunté, siempre preocupada por aquel niño. Se había hecho un hueco en mi corazón la primera semana que lo conocí y nunca lo perdería.

“Sí. Muy bien”. Ladeó un poco la cabeza. “Y oye, es la noche de los videojuegos. Está muy emocionado”.

“Yo también”. A cada segundo que pasaba y las cosas fluían con tanta normalidad entre nosotros, mis esperanzas de que mi gran secreto siguiera a salvo aumentaban. De que siguiera despistado y no se diera cuenta de que yo era la mujer que bailaba anoche en aquel escenario, de que yo era la artista de la que no podía apartar la mirada.

Y así, sin más, volví al recuerdo. El flashback no era bienvenido ahora, pero al estar bajo su mirada directa, no podía evitar recordar lo excitante y emocionante -aunque aterrador - que era que admirara mis movimientos y se quedara absorto mirándome como si yo fuera el tesoro más raro del mundo. Me sentía más viva cuando bailaba. Me sentía más suelta, más libre y capaz de liberarme del estrés cuando me movía al ritmo de la música.

A diferencia de ahora, cuando estaba aquí tan rígida y tensa que él podría mencionar haberme visto anoche.

“Me encanta nuestra noche de videojuegos”.

“Quizá esta noche sea la noche en que por fin te gane al skee ball”.

Me burlé. “Sigue soñando”.

Se inclinó más hacia mí y entrecerró los ojos juguetonamente. “¿Aún no crees que pueda superar tu récord de puntuación?”

Me sentí atrapada por el deseo, atraída a inclinarme también hacia él. Ya fuera riendo o discutiendo ligeramente, los dos dábamos tanto como recibíamos. “La última vez tardaste un año en batirlo”.

“Entonces diría que me toca volver a superar tu puntuación. Cualquier día de estos”.

Me quedé mirándole los labios, pero me contuve para no quedarme mirándolos. Estando tan cerca, casi al ras, cualquiera podría pasar y llevarse una impresión equivocada. Que estaba flirteando. Que se me estaba insinuando. Que estábamos...

“¡Ahí estáis!” La voz fuerte y estruendosa de Eddie cortó el momento mágico de sentir que sólo estábamos Henry y yo, solos en el mundo el uno con el otro.

Henry aspiró rápidamente y dio un paso atrás. Yo hice lo mismo, e inmediatamente sonreí al hombre mayor que me había dado un respiro y me había dado un trabajo después de que me liberaran de cumplir condena. Nunca me perdonaría tener siquiera antecedentes. Por breve que fuera, *era* tiempo cumplido, y recordarlo siempre me arruinaría el humor.

“Hola, papá”.

“Hola, Sr. Dunn”.

“Buenos días, Mia, y por última vez, llámame Eddie”. Mi antiguo jefe me guiñó un ojo antes de encararse con su hijo.

Cuando no me fui, demasiado atascada en el deseo de que Henry y yo pudiéramos hablar más, Eddie frunció el ceño. “¿Interrumpo algo?”

“¡Oh! No. Nada...” Me llevé la mano a la nuca. “Estaba...”

“No, pero tengo que hablar con Mia”, dijo Henry mientras nos hacía un gesto para que lo siguiéramos a la suite del director general.

¡Mierda! Aquello parecía siniestro, pero, por otra parte, él no actuaba como si nada hubiera cambiado entre nosotros.

Me iba a volver loca preguntándome y preocupándome si mi secreto había salido a la luz.

“Esos formularios que me dejaste ayer. Creo que me diste los equivocados”, añadió Henry, mirándome por encima del hombro mientras caminaba hacia su izquierda.

“¡Oh!” Exhalé un enorme suspiro de alivio. “Sí. Los que RRHH envió por correo electrónico y dijo...” Sacudí la cabeza, sonriendo por tratarse de un simple detalle. Haciéndole un gesto con la mano, deseché la preocupación. “Sé de lo que hablas”.

“Los tengo organizados en los montones adecuados sobre mi escritorio”. Ahora se giró para mirar a su padre a la derecha. “¿Pero qué te trae por aquí, papá? Al fin y al cabo, ayer mismo estuviste aquí”.

“¿Te estás hartando de que ande por aquí?” Bromeó Eddie.

“No. Nunca. Pero Mia y yo tenemos que repasar esos otros documentos que enviaron los registros y tal”.

“Ya. Ya lo sé”. Eddie asintió. “Siempre estáis muy ocupados. Pero tengo algo emocionante que contarte”.

Henry abrió de un empujón la puerta de su despacho y sonrió a su padre. “¿Sí? ¿De qué se trata?”

Eddie se irguió más y anunció con orgullo: “Te he encontrado una mujer”.

Me quedé helada, sin atreverme a respirar. Henry tuvo una reacción similar, se puso rígido y se detuvo a medio paso al llegar a su escritorio para dejar el maletín sobre él.

“¿Te acuerdas de los Vance?” Preguntó Eddie.

Henry me miró, como si yo lo supiera. Negué con la cabeza y me encogí de hombros.

“¿Debería?” Respondió Henry.

Tendría sentido si se tratara de una conexión laboral, pero parecía que Eddie pensaba en otra persona.

¿En una mujer? Un sentimiento aún peor me retorció las entrañas. Los celos nunca fueron un rasgo adorable, pero imaginarme a Henry con alguien me hizo luchar contra una mueca.

“¿Mia?” Henry frunció el ceño y levantó una mano para que su padre esperara antes de volver a hablar. “¿Estás bien?”

Maldita sea. Podía leerme tan bien como para saber en qué preciso momento me sentía infeliz.

“Sí, claro. Estoy genial. Oye, ¿sabes qué? Si necesitáis charlar”, me pasé el pulgar por encima del hombro y retrocedí un paso hacia la puerta, “puedo volver”.

“No, no. Espera”. Henry me cogió la mano y me la estrechó, manteniéndome allí.

La sensación de sus dedos sobre los míos me tranquilizó al mismo tiempo que me excitó. Resistir el impulso de enroscar mi mano alrededor de la suya fue todo un reto.

Eddie estaba perdiendo la paciencia, sobre todo con la intervención de Owen. El hombre nos sonrió a todos, pero me fijé en su doble mirada al ver a Henry cogiéndome de la mano.

¿Acaso es consciente de que sigue sujetándola?

Solté la mano, comprendiendo que tenía que quedarme. Preferiría no hacerlo. Preferiría ahorrarme la tortura de oír a Eddie tenderle una trampa a Henry con otra mujer. Destrozaría mi enamoramiento.

“¿Los Vance? ¿Solía hacer negocios con John Vance?” Cuando Henry sacudió la cabeza e indicó que el nombre no le sonaba, Eddie suspiró. “Bueno, su sobrina, Ann, se va a mudar a la ciudad. Te la presentaré y tú podrás mostrársela”.

“Ni siquiera la conozco”.

Eddie sonrió. “¡Pero así podrás conocerla!”

Henry frunció el ceño. “Puedo mirar mi agenda y ver si puedo hacerle un favor a un amigo tuyo de la familia, pero...”.

“No. Esta noche”.

Bajé la mirada al suelo.

“Es la noche de los videojuegos con Jason”, argumentó Henry.

“Bueno, puede saltarse una semana, ¿no?” Dijo Eddie, sonando más molesto.

No era la primera vez que Eddie traía a una 'dama elegible y encantadora' para que Henry la conociera, ya que él nunca quería tener citas por su cuenta.

“Tú nunca tienes una cita ni...”.

Henry resopló. “No necesito tener citas”.

Eddie se cruzó de brazos, con cara de asombro. “¿Y qué pasa cuando necesitas un acompañante para un evento?”

Pasándome el brazo por los hombros, Henry me empujó hacia él. “Tengo a Mia. Siempre puede ser mi acompañante”.

Cuando me sonrió, tuve que responderle del mismo modo, deseando que fuera verdad. Lo

dijo en broma, pero una chica podía soñar.

Eddie negó con la cabeza. “No, no. Mia es una simple empleada. No es... una compañera con la que envejecer”.

Ay. Aguanté la respiración por el dolor de sus palabras. *Owww, qué dolor*. Nunca pedí que me pusieran en mi lugar, pero él lo había hecho de todos modos.

Henry me soltó y no contestó a su padre. Lo único que hizo fue rodear su escritorio y sentarse, pareciendo dispuesto a concentrarse en el trabajo. Como no rebatió lo que Eddie afirmaba, me sentí obligada a suponer que, en última instancia, él también pensaba eso. No era su +1. Ni siquiera una amiga. *Sólo* una empleada. Así era como debía considerarme aquí.

Venga ya. Reacciona. Claro que sólo era una empleada. Desde luego, no era una dama elegible y encantadora como las mujeres ricas y prestigiosas que Eddie traía. Aun así, me calentó un pedacito del corazón que Henry pareciera tan reacio a la idea.

“De acuerdo”. Frunció el ceño, sin establecer contacto visual con su padre mientras aceptaba. Revolviendo papeles y soltando un suspiro agraviado, cedió. “Supongo que entonces le enseñaré la ciudad”.

No esperaba otra cosa. Henry siempre quiso complacer a su padre. Antes me había confiado que a menudo era más fácil hacer lo que él decía para quitárselo de encima. Según Henry, era mucho más cómodo seguirle la corriente a lo que Eddie quería porque nunca duraban mucho. Tanto las ideas como las mujeres. Cada una de las 'elegibles y encantadoras damas' que Eddie presentaba se quedaba exactamente una cita.

Pero algún día, me preocupaba, alguna afortunada “dama adecuada” se quedaría.

Lo miré sentada allí, escuchando a Eddie parlotear sobre los detalles de ligarse a Ann.

Era guapo, muy sexy y encantador, con su clásico atractivo de chico bueno. Su seriedad sólo lo hacía más atractivo, y su adicción al trabajo me gustaba aún más. Era un buen partido, guapísimo, musculoso, rico, seguro de sí mismo y con mucho éxito. Cualquier mujer tendría suerte de tenerlo, pero supe con gran pesar que nunca sería yo.

La secretaria con el gran secreto sobre lo que hacía por la noche.

HENRY

¿Una simple empleada?

No podía dejar de pensar en cómo mi padre declaró que Mia no era más que una empleada. En primer lugar, no entendía cómo la veía así. Siempre la incluía en las cosas de la familia. A menudo era mi ayudante cuando viajaba por trabajo. La había llevado a urgencias cuando tuvo una intoxicación alimentaria y ella me había cuidado cuando tuve un accidente. Si éramos la persona de la que depender el uno del otro en momentos de crisis menores, en cosas no relacionadas con el trabajo, ¿cómo podía ser sólo una empleada?

Sentado frente a Ann Vance, la rubia alta y demasiado vivaracha a la que mi padre insistía en que enseñara la ciudad, pensé en cómo había reaccionado Mia cuando papá la llamó *simple empleada*. Se había puesto tiesa, congelando su educada sonrisa, pero vi el dolor en sus ojos.

¿O no?

Me considero un experto en leer a Mia. Nos conocíamos muy bien. Sin embargo, no podía evitar preguntarme si sólo estaba deseando que ella quisiera ser algo más que una empleada.

Parecía afectada cuando dijo eso, ¿verdad?

No podía estar seguro, pero si lo que había dicho la había molestado, eso implicaría que se consideraba algo más que una mera empleada. Y si se consideraba algo más que otro miembro del personal, tal vez como si quisiera algo mucho más conmigo, ¿no me daría una pista?

“¿Sabes lo que quiero decir?” Ann se echó el pelo liso hacia atrás y despidió al camarero con un gesto brusco de la mano mientras me sonreía.

“Sí. Sí”. Asentí con la cabeza. *No tengo ni puta idea de lo que estás hablando.*

Me desentendí de la conversación en cuanto nos sentamos. Sabiendo que se suponía que iba a comer pizza con Jason mientras esperábamos a que Mia se reuniera con nosotros en los videojuegos, supuse que cualquier cosa del menú de este restaurante elegante y lujoso tendría un sabor insípido. Entonces, una vez que Ann pidió con el tono más rígido y estirado acerca de sus muchas peticiones, me di cuenta de que no disfrutaría ni un segundo con ella. Aún no estaba seguro de cómo habíamos pasado de 'enseñarle la ciudad' a cenar juntos, pero cuanto más tiempo

permanecíamos aquí, menores eran mis esperanzas de marcharme y salvar nuestra noche de videojuegos.

Recordar a Mia era una forma mucho mejor de emplear mi atención. Mientras asintiera con la cabeza e insertara zumbidos o sonidos como si estuviera escuchando, Ann parlotearía toda la noche. Fingir que escuchaba me proporcionó un momento muy necesario para recomponerme y aclarar mis ideas sobre Mia.

No era mi imaginación que hubiera parecido ausente todo el día en el trabajo. Desde que mi padre hizo el comentario de que 'era simplemente' alguien contratada por la Dunn Enterprises, parecía distante. Más cansada de lo normal y, me atrevería a decir, deprimida.

¿Cree que sólo es una empleada? No quería pensar que eso fuera posible. Tenía que saber lo mucho que significaba para mí. Aunque no era lo bastante valiente para desahogarme y contarle toda la verdad, que había estado albergando pensamientos sobre ella que iban más allá de lo que podrían sentir mis amigos o compañeros de trabajo, tenía que ser consciente de lo mucho que me importaba.

La preocupación por su reacción me carcomía, y volví a plantearme que podía estar malinterpretando tantas cosas sólo porque quería que correspondiera a mis sentimientos por ella.

Si sintiera algo más por mí, ¿no lo diría?

Levanté la mirada, sintiéndome atrapado. Ann levantó más las cejas, observándome atentamente.

Joder. Me había preguntado algo.

“¿Qué ha pasado?” Pregunté.

“¿No crees que hace un tiempo terrible con este calor?”

Estás loca. Hacía unos veinticinco grados y hacía un calor manejable.

“Ajá”.

¿No diría algo Mia si pensara que era algo más que una empleada?

Volví a sumirme en mis pensamientos, debatiendo si lo haría. La Dunn Enterprises tenía unas normas éticas muy estrictas. Había una sólida expectativa sobre la no confraternización por una razón: yo. La madre de Jason había sido una de mis compañeras de trabajo, y cuando se quedó embarazada de Jason y acabó huyendo y abandonándonos, me pareció una llamada de atención para mejorar las políticas de la oficina.

Quizá no dijera ni una palabra ni actuara a causa de esas políticas. Aquellas normas éticas estaban ahí por una razón, pero no quería que se aplicaran a Mia y a mí. No quería que nada fuera un obstáculo.

“¿Estás cansado?” Preguntó Ann, encogiéndose un poco. “Pareces distraído”.

“Ha sido un día muy largo”.

“Podemos llevarnos esto a un sitio más acogedor si quieres”.

No me gustaría. Me gustaría ir a buscar a mi hijo y reunirme con Mia en los videojuegos.

“De hecho, estoy distraído”, admití en su lugar. “Están pasando muchas cosas”.

Asintió con la cabeza, y luego se lanzó a contar todo lo que le pasaba en su vida, sus penas por no encontrar el personal adecuado para la próxima casa y su preocupación por los 'desagradables' sin techo de la ciudad.

Perdido, pero intentando parecer implicado en la conversación, me pregunté por qué estaba tan obsesionada con Mia. Lo había estado durante años. Desde el día en que la conocí, había sido consciente de ella y de lo cerca que estaba. Me sentía atraído por ella.

“Te has puesto un poco...” Ann se inclinó sobre la mesa para rozarme los labios.

Por instinto, me aparté de su alcance. Ella no podía conocerme así. Y dudaba que tuviera algo en la cara. Sólo quería un motivo para tocarme.

Podía escabullirme y coger la mano de Mia un momento de más, pero retrocedería ante aquella mujer que intentaba quitarme una mancha imaginaria de los labios.

Qué diferencia. Ann no se parecía en nada a Mia. Ni divertida, ni desafiante, ni siquiera medianamente entretenida. No podía compararse con Mia, y me pregunté si pasaría el resto de mi vida comparando a todas las mujeres con la secretaria que no podía tener.

Incluso a la bailarina del club de mala reputación, el Danger. La misteriosa bailarina tras la máscara. Había captado mi atención de inmediato, pero apuesto a que si pudiera conocerla, palidecería en comparación con la única e incomparable Mia Ferris.

Dios, qué mal lo tengo. Tenía que renunciar a ella. Mia simplemente tendría que ser la única mujer que se me escapara. Si no le interesaba, sería una atracción unidireccional. Y las políticas éticas siempre serían un obstáculo entre nosotros, de todos modos. No tenía derecho a desearla, pero me parecía tan mal estar de acuerdo con mi padre en que era una *simple empleada...*

“¿No te parece muy raro?” Preguntó Ann.

Maldita sea. Lo he vuelto a hacer. No estaba escuchando y me había preguntado algo.

Por suerte, mi teléfono sonó en ese preciso momento.

Gracias a Dios.

“Perdona”. Eché la silla hacia atrás y me puse de pie mientras sacaba el teléfono del bolsillo. “Necesito coger esto”. No había mirado la pantalla para saber quién era, pero llamara quien llamara, hablaría con él.

“Oh, no hace falta que te levantes”. Ann puso su mano sobre la mía, y me sentí incómodo al apresurarme a alejarme. Tampoco quería que se inmiscuyera en mi intimidad y escuchara mi llamada.

Sin embargo, al ver que se trataba de Mia, no quise esperar. Si discutía con Ann protestando

por haberme levantado de la mesa, podría perder la llamada.

“De acuerdo”. Contesté a la llamada y miré mi plato. “Hola, ¿qué tal?”

“Hola, a ti”. Suspiró. “Sé que estás en tu cita y todo eso, pero...”

“No. No es una cita”. Arrugué la frente.

“Vale. Bueno. Quizá lo que sea pueda acortarse. Laura tenía una consulta de fisioterapia para el hombro. La han cambiado para esta tarde, para que pueda ir a ver a la fisioterapeuta que más le gusta. Como esta no-cita que estás haciendo surgió inesperadamente, parece que tú y Laura no teníais horas concertadas”.

“Mierda. Se me había olvidado”.

Se rio ligeramente. “Me lo imaginaba. De todos modos, trajo a Jason a la oficina, suponiendo que estarías aquí como de costumbre. Le dije que Jason podía pasar el rato conmigo, ya que estaba terminando el papeleo”.

“¡Hola, papá!” Repitió Jason desde el fondo.

Sonreí y sentí que se me quitaba el peso de encima con sólo oír su vocecita. Nada podía animarme tanto como aquel niño. Era la luz de mi vida y podía relajarme sabiendo que estaba a salvo con Mia.

“Entonces, ¿podrías llevar a Jason a los videojuegos?” Pregunté.

A la mierda esta cena. O a la *no cita*. No le había enseñado la ciudad a Ann más que nada porque quería reconducir esto hacia una cena romántica. De todas formas, Ann no era nada divertida. Sin embargo, me animé de inmediato ante la oportunidad de ver a Jason y a Mia como de costumbre. Como todas las semanas.

“¿Videojuegos?” Ann se inclinó hacia delante y giró la cabeza hacia un lado, como si se esforzara por escuchar. “¿Ahora vamos a un salón *de recreativos*?”

¿Quién ha dicho que vengas?

“¿Estás seguro?” Preguntó Mia. “Puedo llevármelo a casa y vigilarlo hasta que llegues”.

Porque ella tenía una llave. Porque confiaba en ella. Porque sabía que pertenecía a mi vida como algo más que una simple empleada.

“Seguro”.

A la mierda con Ann. Cuando se tratara de Mia, siempre estaría seguro de pasar el mayor tiempo posible con ella.

Mi padre no sabía de qué demonios estaba hablando.

Mia *era* una compañera con la que querría envejecer.

Y si eso no era una opción, me apuntaría siempre a una rutinaria noche de juegos con ella y

mi hijo antes que a una aburrida cita para cenar.

Cuando se trataba de Mia, era adicto a todo lo que me daba.

MIA

“No lo sé, cariño”. Me estremecí al ver el restaurante que había más adelante. Nunca había estado aquí, pero sabía qué clase de lugar era. En pocas palabras, caro. También era un lugar muy solicitado para citas románticas.

Henry afirmaba que no era una cita, pero me preguntaba si la tal Ann pensaba lo contrario.

“Vamos”, me instó Jason, tirando de mi mano. Saltó, sonriendo de oreja a oreja mientras yo lo balanceaba con nuestras manos unidas. “Papá ha dicho que nos reunamos con él y luego vayamos a jugar a los videojuegos”.

Eso me pasa por aceptar poner la llamada en el altavoz. Me arrepentí de haber dejado que Jason escuchara mi llamada a su padre. En retrospectiva, habría sido más inteligente mantener primero una conversación de adultos.

“Lo sé, pero...”

Pero, ¿y si está disfrutando de su noche de fiesta? ¿Y si Ann es una mujer a la que quiere como compañera para envejecer con ella?

Durante todo el día, dejé que el comentario de Eddie me afectara. Sabía que no lo había dicho para menospreciarme. Me tenía en alta estima, como secretaria en la Dunn Enterprises. Aun así, oír semejante desprecio me escocía.

“Ya casi hemos llegado”, dijo Jason, con la voz más alta por la emoción. “Le veo. ¡Le veo! Papá!” Agitó la mano libre, utilizando todo el cuerpo para enfatizar su entusiasmo. Cuando tiró de mi mano, me agarré con más fuerza, siempre temiendo que se acercara tanto a la acera. Se había criado en Nueva York, a diferencia de mí, un trasplante del norte del estado. En cierto modo, Jason tenía intrínsecamente más inteligencia callejera que yo, pero no podía desconectar ese miedo maternal a que saliera disparado o se hiciera daño.

Henry se levantó de un asiento del comedor exterior. Le devolvió el saludo con la mano - sin poner todo su sexy cuerpo en el movimiento de forma infantil, como hacía Jason - sonrió y nos observó acercarnos.

Esto me da mala espina. Nadie vendría aquí a comer y no lo llamaría una cita. Nunca tuve

citas, pues carecía de tiempo para hacerlo mientras mantenía dos trabajos. Tampoco quise nunca tener ninguna, aferrándome en secreto a la fantasía de que Henry era el único hombre al que querría. Pero incluso yo sabía que este lugar era simplemente donde las parejas cenaban para pasar una velada romántica.

Sin duda, cuando llegamos a su mesa, vi la prueba en carne y hueso. Ann tenía que ser la rubia sentada frente a Henry. Con un elegante vestido blanco de verano, el pelo perfecto y bien maquillada, me miraba como una muñeca de porcelana. Una muñeca enfadada. Desvió su altiva mirada de mí a Jason y luego de nuevo a mí. Una mirada suya aclaró que lo desaprobaba. No podía alegrarse de que interrumpiéramos, pero, sobre todo, su mirada de desprecio me hizo sentir menos que nadie y desaliñada. Me debatí entre mi corta falda caqui y la blusa azul y verde brillante. Los brazaletes que me colgaban de la muñeca parecían ahora baratos, nada divertidos. Y las cuentas colgantes que se me enredaban en el pelo probablemente parecían ridículas entre todos aquellos comensales finos y elegantes.

“Perdone, el mostrador de azafatas está...”

“Oh, no.” Ann perdió su mirada cabreada y sonrió con recato mientras levantaba una mano hacia el camarero. “No van a conseguir mesa. No se van a quedar”.

“Es nuestra noche de los videojuegos”, dijo Henry mientras Jason saltaba a sus brazos.

Se me derritió el corazón al ver su apretado abrazo.

Ann resopló. “Pero *nosotros*...”

“Eh, no pasa nada”, interrumpí, sonriendo también rápidamente al camarero. “No nos vamos a quedar. Ella tiene razón”.

Henry asintió, sonriendo a Jason. “¿Listos para el skee ball?”

“Nunca ganarás a Mia”, argumentó Jason juguetonamente, y en voz alta. Más de un comensal miró de reojo su arrebató, y volví a ver a Ann mirándome con el ceño fruncido.

Aquél no era lugar para un niño inquieto. Y tampoco era lugar para una tercera rueda como yo. “Escucha, llevaré a Jason a casa”, le ofrecí, sonriendo a Henry y queriendo derretirme de nuevo ante la suave expresión que me dedicó. “Luego podemos pedir pizza y pasar el rato hasta que acabéis con esta cita”.

“Pero noooo”, hizo un mohín Jason, retorciéndose para que lo bajara.

Henry lo bajó, sin dejar de mirarme. “No es una cita”.

Hice lo que pude por ignorar a Ann, que me lanzaba dagas con sus ojos rencorosos. Mientras Henry le diera la espalda, ella seguiría dándome el claro mensaje de *que* creía que aquello *era* una cita.

“Quiero ir a jugar al skee ball, papá”.

“Entonces, vamos “. Lo abracé y le di una vuelta rápida, arriesgándome a distraerme con tantas mesas juntas. Mi truco funcionó. Se rio y chilló.

“Te llevaré al skee ball, ¿vale? Así la semana que viene él no tendrá ninguna esperanza de ganarnos a ninguno de los dos”.

“¡Sí!” Jason extendió la mano para chocar los puños.

“Podemos quedar en otra ocasión para conocernos”, le dijo Ann a Henry, con un tono azucarado y dulce.

“No”. Henry suspiró, nos miró a Jason y a mí, y luego volvió a mirarla a ella. “No estás aquí para conocerme”.

Henry, no seas tan tonto. Despierta y abre los ojos. Ella cree que sí.

“Estás aquí para familiarizarte con la ciudad”. Hizo una señal para la cuenta. “Le dije a mi padre que te la enseñaría, así que mejor me pongo a ello ahora. Puedo enseñarte la zona donde dijiste que te interesaba comprar una casa”.

“Oh. Bueno, no hay prisa por irse y...”

“No, dije que te enseñaría la zona, así que lo haré”.

Apreté los labios y luché contra el impulso de sonreír. Conocía aquel tono. Reconocí aquella manera de hablar sin rodeos de Henry, haciendo todo lo posible por no decir que *así es como va a ser*. Era un hombre que tomaba las riendas. Tenía que serlo como Director General de una gran empresa. Y no le daba vergüenza tener el control también en su vida personal.

Actuaba como cuando quería acabar con una tarea molesta.

“Entonces lo llevaré a casa”, volví a decir, abrazando a Jason contra mí mientras retrocedíamos para irnos.

“Gracias, Mia”. Firmó la cuenta, pero levantó la vista para sonreírnos. “Nos vemos en casa, Jace”.

Suspiré, marchándome antes de que el camarero o la azafata volvieran a acosarme para que me perdiera de nuevo. Me invadió la decepción, junto con el dolor de que Henry hubiera elegido quedarse con Ann en lugar de ir a los recreativos conmigo y con Jason. Lo hacíamos todas las semanas. No era como si la oportunidad no volviera a presentarse. Aun así, era lo *nuestro*, y odiaba ser una persona secundaria en su vida.

Es tu jefe. No se supone que seas una persona en su vida. Sólo un miembro del personal de su oficina.

Jason gimió mientras lo llevaba en brazos. “¿Por qué tiene que quedarse con esa gruñona?”

Sonreí, girándome para que pudiera arrastrarse detrás de mí y yo pudiera llevarlo a cuestas. “No la llames gruñona”.

“¿La conoces?”

“No. Pero no está bien etiquetar a la gente”.

Suspiró, sonando mucho mayor que sus siete años. “Ya lo sé. Pero parecía gruñona”.

Parecía enfadada. Amenazada. Puse los ojos en blanco ante la ironía.

Vuelve a sacar las garras, Ann la gruñona. Ninguna amenaza de la mujer que no es más que una empleada, que hace de niñera.

“Bueno, nosotros no estamos de mal humor. Vamos a divertirnos”. Di un salto en mi paso y luego hice un tonto paso lateral alrededor de un cubo de basura. Oír reír a Jason y sentir cómo se agarraba con fuerza ahuyentó la irritación que me producía la actitud de Ann hacia mí. Este chiquillo siempre conseguía hacerme sentir más ligera. Tenía el poder de darle la vuelta a todos mis ceños fruncidos, y eso fue justo lo que hicimos en los recreativos.

Con pizza y helado, nos divertíamos y jugábamos a nuestros videojuegos favoritos. Me ganó al skee ball, sólo porque yo quería que ganara la mitad de las partidas que jugábamos. Jason era una buena compañía y, al final, mientras comprobábamos el número de billetes en nuestras tarjetas, me di cuenta de lo diferente que era todo sin Henry. Siempre se burlaba de nosotros por tener un recuento defectuoso, a pesar de que un ordenador hacía el recuento. Jason debió de sentir también su ausencia y echó de menos su tonta broma, porque me miró con el ceño fruncido. “¿Mia? ¿Cómo es que nunca tienes citas? ¿Como papá con Gruñona Ann?”

Me reí, intentando no hacerlo. “No podemos llamarla así”, le recordé.

“Tú empezaste”.

“Creo que fuiste tú”.

“Los dos”. Puso las manos en las caderas y se encogió de hombros. “Tenemos que afrontar los hechos. Parecía irritada”.

Le despeiné el pelo. “Vale, pero no está bien decirlo”.

“De acuerdo. De acuerdo. Pero, ¿por qué no?”

“¿Salir en citas?” Pregunté mientras la trabajadora de los videojuegos, Penni, nos devolvía las tarjetas.

“No está mal, hombrecito”. Penni le guiñó un ojo a Jason. “Mejor suerte la semana que viene, Mia”.

Me encogí de hombros. No había jugado lo mejor posible, demasiado distraída con lo mismo que le rondaba por la cabeza a Jason: que Henry había salido con Ann.

“¿Y Henry?” Preguntó.

“Está en una cita”, dijo Jason.

Penni arqueó una ceja y me miró. “Oh. Creía que...” Sacudió la cabeza, familiarizada con que viniéramos todas las semanas, pero claramente interpretaba mal la situación si suponía que Henry estaba 'conmigo'.

Jason y yo nos fuimos, pero en el camino a su casa, volvió a preguntar. “¿Por qué no tienes

citas? Al abuelo le preocupa que nunca encontrarás a alguien con quien 'sentar la cabeza'. Frunció el ceño. “¿Qué significa sentar la cabeza? ¿Como un gato que se acurruca en círculo para tumbarse en la cama?”

Sonreí. “Algo así. Es complicado”.

“¡Estoy deseando que tengas un gato! Papá nunca me dejará tener un perro”.

La esperanza que teníamos era que, en cuanto me mudara a otro edificio que permitiera mascotas, por fin tendría un gato como siempre había querido. Jason ya tenía derecho de visita.

“¿Es complicado que no tengas citas?” Preguntó, pasando de los animales a las citas. Era propenso a dar saltos en las conversaciones, como la mayoría de los niños, imaginé.

Encogiéndome de hombros, conté con otra distracción para evitar contestar. Lo alcé en brazos y gateó para coger otro caballito. “¿Qué no es complicado?” No quería responder a la pregunta de un niño con una pregunta, pero no estaba segura de cómo decirle a este chico que no salía con nadie porque deseaba poder salir con su padre, mi jefe.

“Pero al abuelo le preocupa que te quedes sola para siempre”.

Menudo voto de confianza. Aun así, me hizo gracia. Eddie era como el padre que nunca tuve, pero me reí de su preocupación.

“*Para siempre* es mucho tiempo”, le recordé a Jason.

“No quiero que estés sola”.

Me reí, mirándole. “No lo estoy. ¿Cómo voy a estarlo si te tengo a ti?” Entonces salté y me apresuré, dejando que su risa y sus chillidos de emoción borrarán los deprimentes pensamientos de que, después de todo, podría acabar sola.

Porque si tenía el corazón puesto en mi jefe, en Henry, me esperaba una larga temporada sin conseguir lo que quería.

HENRY

Mi padre siempre tendría un lugar especial en mi corazón. Quería a mi viejo, pero si se presentaba en la oficina, otra vez, por tercer día consecutivo, no podría ocultar mi frustración.

Subí en ascensor la noche siguiente a aquella cita que nunca quise tener en primer lugar. Enseñar la ciudad a un conocido de la familia de mi padre no suponía una “cita” ni una velada romántica. Acepté por principio, para ser cortés y apaciguar el deseo de mi padre de dar la bienvenida a Ann a Nueva York. Acabar en aquel restaurante y que ella me propusiera una cita a escondidas no era con lo que yo contaba.

Una cosa era perderme mi noche de videojuegos con Mia y Jason - y ellos se divertían, cosa que yo envidiaba - pero otra cosa era que me metieran en una situación que no deseaba.

Mi teléfono sonó en cuanto llegué a mi piso y, con un suspiro, le eché un vistazo.

“Vaya, ¿cómo iba a adivinarlo?” Reflexioné irónicamente mientras el número de Ann se desplazaba por la pantalla. No perdonaría a mi padre por haberle dado mi número.

Ann Vance: *¿Seguro que no quieres volver y tomar una copa?*

Me había enviado un mensaje después de que la dejara en el hotel y yo me negara a entrar. ¿Acaso pensaba que era estúpido y no sabía lo que quería de mí?

Ann Vance: *Ya que tienes una niñera en casa, ¿por qué no disfrutas de la noche?*

Volví a poner los ojos en blanco. Mia no era una niñera. Simplemente le gustaba estar con Jason y siempre estaba dispuesta a ayudar. Algún día se convertiría en una madre estupenda.

Ann Vance: *Buenas noches, guapo.*

Tenía que pasarse de la raya y añadir ese cariños innecesario.

Y esto hace un momento.

Ann Vance: *¡¡Buenos días!!* Le siguieron un par de emojis sonrientes.

Mientras me dirigía a mi despacho, la silencé. El siguiente paso era bloquear su maldito número, pero aún era pronto. No necesitaba que a mi padre se le metiera en la cabeza que la había ignorado por completo. Ya se había entrometido bastante durante la semana. Para el mes. Para el año. Si sospechaba que ignoraba a Ann, la próxima vez sólo encontraría a otra mujer para hacerla desfilar delante de mí. No se rendiría hasta que yo tuviera a alguien.

Pero ya lo tengo. Tenía a él, a Jason y a Laura, que era más como un miembro de la familia que una niñera o una niñera.

Y a Mia. Sabía que siempre podría contar con ella en mi vida, aunque tuviéramos que situarnos en lados opuestos de la línea que nos marcaba como jefe y empleada.

Sabiendo que Mia no llegaría hasta más tarde, me dirigí a mi escritorio y me desplomé en la silla. El enfado me invadió de nuevo, enturbiando mi concentración. Estaba irritado, y era demasiado pronto para estar tan enfadado.

Pasé toda la noche con Ann, resistiéndome a sus no tan sutiles insinuaciones. Le dije que le enseñaría la ciudad y que eso era todo lo que conseguiría de mí. En vez de aguantarla, podría haber estado con mi hijo y mi...

Mi...

Gruñí, irritado, mientras miraba la foto de Mia y yo en el último picnic de la empresa. Alguien había hecho la foto justo antes de que ella me rompiera la primera tarta de nata en la cara. Yo sonreía a Jason, inconsciente del destino que me aguardaba cuando Mia se acercó sigilosamente por detrás para taparme la cara. Un momento después de hacerse esta foto, se colgó a mi espalda y rio y rio, satisfecha de haberme pillado con aquel pastel de nata. Le devolví el favor, y ésa fue una de las primeras veces que me preocupó que Owen se estuviera dando cuenta de lo que sentía por ella. Nunca me lo había preguntado, pero mi mejor amigo me conocía muy bien. Al menos sospechaba, pero hasta ahora no había mencionado su corazonada. Aquel picnic fue la primera vez que me di cuenta de que me observaba con expresión perpleja, quizá preguntándose cuánto importaba Mia en mi vida.

Sumergiéndome en mis tareas, desbloqueé el ordenador y acerqué la silla. En la tira de una agenda que había anclado a mi escritorio como widget, localicé lo primero por lo que podía sonreír. La comida con Mia. Seguro que lo había anotado en mi agenda compartida la semana pasada. Esa era la frecuencia con la que almorzábamos juntos. La perspectiva de verla a solas casi compensaría la pérdida de la noche de juegos.

Sin embargo, antes de llegar demasiado lejos, apareció una notificación de un correo electrónico entrante.

“¿Ann Vance?” Leí en voz alta, gimiendo. ¿No le bastaba con mandarme un mensaje? ¿También tenía que mandarme un correo?

Lo abrí y me quedé mudo ante su descarado acercamiento.

Sé que has dicho que ahora no estás disponible para tener citas, pero cuando lo estés, estaré aquí, lista para ti.

“Pero, ¿quién dice que yo *te* quiera? Pulsé el botón de borrar, satisfecho de lavarme las manos de ella por ahora. “Nadie. Eso es quién. Nadie dice que te querría”.

Le dije tan honestamente, educadamente y tan firmemente como pude que no estaba disponible. No cuando estaba ampliando el negocio y abriendo un nuevo club nocturno. No estaría disponible para Ann. *Nunca*.

Con la apertura del Fifty en mente, quise redoblar mis esfuerzos e intentar encontrar a esa bailarina. “A ver qué pasa con esa mujer”, murmuré para mí, yendo a un buscador y centrándome en ello. Me sirvió como un uso productivo de mi tiempo como tarea laboral, y también me mantuvo mayormente preocupado hasta que se acercó la hora de comer.

No tuve ocasión de quejarme de Ann. Me faltó la oportunidad de darle vueltas a todo con Mia. Me lancé a la búsqueda de aquella bailarina que aún no podía sacarme de la cabeza. Empecé buscando en el club, el Danger, y luego seguí un largo hilo de mensajes sobre aquella mujer que había entretenido a muchos. Numerosas personas que habían pasado por el Danger se fueron a casa para *elogiarla* y lo bien que había bailado.

“¿Cómo puede llevar una máscara en todas las fotos?” Me pregunté en voz alta cuando me rugió el estómago horas después. Me había pasado toda la mañana buscando y no había encontrado ni rastro de la bailarina. La búsqueda de Gina Martínez tampoco me llevó demasiado lejos, pero no estaba seguro de que buscar al director de escena del Danger me aportara respuestas sobre las propias bailarinas.

Puede que todas utilicen nombres artísticos. Por motivos de seguridad y privacidad.

“Toc, toc”. Mia golpeó la puerta con los nudillos mientras la abría de un empujón.

Con un suspiro, cerré todas las ventanas y la miré. Luego resistí el instinto de soltar otro largo suspiro al verla de nuevo. Aún llevaba la ropa de trabajo cuando llegué a casa de Jason la noche anterior, pero ahora estaba... ¿elegante? Tan guapa como siempre, pero demasiado elegante.

“Vaya”. Levanté las cejas ante su inusual atuendo.

“Vaya, ¿qué?” Arrugó la frente y se alisó la falda blanca con la mano. Era sencilla y básica, abrazaba sus sensuales curvas y se ceñía a sus piernas delgadas. Pero, junto con el top beige, le faltaba color.

“Eres tan...” Me paré, curioso por saber por qué llevaba ropa tan aburrida. Elegía sus atuendos artísticamente, y me encantaba cómo me mantenía preguntándome y adivinando con qué vendría a la oficina a continuación.

“Tan que...” Dio un paso atrás cuando me reuní con ella en la puerta.

“Aburrida”.

“Eso no está bien”. Me dio un empujón en el hombro y me reí por su reacción.

“Y verte toda blanca y sosa tampoco es bonito. ¿Te encuentras bien?”

Frunció los labios, parecía remilgada, y eso no me gustó nada. ¿Desde cuándo era educada y remilgada?

“Tengo hambre”, respondió.

“¿Por qué todo ese blanco monótono y neutro?” Pregunté cuando llegamos al ascensor.

“No es *monótono*”.

“Sí que lo es. No hay color, a diferencia de lo habitual”.

Se encogió de hombros. “Sólo intento encajar con la gente de la oficina”.

Pulsé el botón de la planta baja, donde a los dos nos gustaba almorzar en la cafetería. “¿Encajar?”

Su respuesta fue un gemido simpático. “Vale. Es día de colada, ¿de acuerdo?”

Me reí, apreciando su sinceridad. Porque la idea de que Mia luchara por encajar en cualquier grupo era irrisoria. Atraía a todo el mundo con sus sonrisas y su ingenio.

En cuanto encontramos una mesa en el piso de abajo, burlándonos durante todo el camino de los pros y los contras de la ropa sosa, vi a Owen acercándose a grandes zancadas.

“Eh, ¿os importa si me uno?” Preguntó, apartando una silla para él.

Me dejé caer en mi silla. Me importaba, pero no podía decirlo.

“No, claro que no. Cuantos más seamos, mejor”, respondió Mia.

¿*Lo dices en serio?* Volví a caer en el hábito de analizar cada palabra que decía. ¿Acaso no disfrutaba pasando tiempo a solas conmigo? Volví a preocuparme por el comentario de mi padre, de que ella se veía como una simple trabajadora del edificio.

Dejé que se pusieran al día con charlas triviales, pero al poco rato, Owen me miró. “¿Ha habido suerte encontrando a esa bailarina?”

Mia tosió, casi atragantándose con el sorbo de agua que acababa de tomar.

Owen frunció el ceño y la observó con preocupación mientras le palmeaba la espalda. “¿Te has equivocado de pipa?”

Ella asintió, con los ojos llorosos. “Algo así”.

“¿Estás bien?” Pregunté.

Asintió más veces, pero no levantó la vista para mirarme.

“Te acuerdas de la bailarina, ¿verdad?” Preguntó Owen una vez que Mia terminó de aclararse la garganta.

“¿Cómo no iba a acordarme? bromeé. “He pensado en ella todos los días”.

Mia parpadeó rápidamente, inquieta y esforzándose por mirarme. “¿Qué bailarina?”

¿Soy yo o está pálida? Puede que también fuera el aburrido blanco y beige que le estaba quitando color a la cara.

“¿Seguro que estás bien?” Volví a preguntarle, frotándole la parte superior de la espalda.

“Sí, sí”. Ahora levantó aquellos ojos esmeralda para mirarme. “¿De qué bailarina estáis hablando?”

“Henry y yo fuimos a un club de mala muerte. Un night club que sugirió uno de los aparcacoches”.

“Hmm”. Mia volvió a bajar la mirada. También jugueteó con sus cubiertos, incapaz de quedarse quieta como de costumbre. Mia era fría y serena en cualquier situación.

“Y vimos a una bailarina que estaba...” Owen se encogió de hombros.

“Maravillosa. Asombrosa”, aclaré. “Nunca había visto a una mujer moverse así”.

Levantó las cejas. “Así de bien, ¿eh?”

Hice la mímica de un beso de chef. “Estaba claro que era la estrella de todo el local”.

“Un verdadero talento”, coincidió Owen.

“Un talento increíble”, añadí yo.

Mia se encogió de hombros. “Eh, todas las bailarinas tienen que ser iguales, ¿no? Una bailarina no puede ser mucho mejor que las demás”.

“No es cierto”, protesté. “Seguro que algunos tienen el privilegio de muchos años de práctica para perfeccionar su resistencia. O algunos nacen con ella de forma natural. Esta mujer probablemente nació con ella”.

Owen y yo hablamos un poco más sobre la misteriosa mujer, describiéndosela a Mia. Añadimos detalles sobre el Danger y hablamos un poco del programa que habían montado. Cuanto más hablábamos, más distante parecía. Cuando volví a tener la impresión de que se sentía incómoda o molesta por el hecho de que habláramos de aquella bailarina, aumentó mi curiosidad. Habíamos hablado a menudo de los clubes nocturnos. Ella era consciente de que teníamos unos cuantos.

Pero tal vez ahora se sentía ofendida porque yo no le prestaba atención aquí y ahora.

No, no puede ser eso.

Mia no era del tipo celoso. A menudo hablábamos de negocios durante la comida, pero también éramos amigos.

Dijera lo que dijera mi padre, ella no era una simple empleada. Cada día tenía la sensación de que nuestra conexión y cercanía estaban a un paso de algo más. Algo prohibido. Algo... superior.

Estaba seguro de que mi padre se enfadaría si intentaba elegir a alguien tan diferente de las mujeres que me había presentado. Pero no me importaba. Estaba en un punto en el que deseaba

que no se hubieran establecido esas malditas políticas éticas para poder ser sincero y seducir a Mia. Si ella estaba interesada.

Sin embargo, lo único que podía hacer con ella ahora era hablar de negocios. Mantenerlo todo profesional.

En ese sentido...

“¿Qué te parece si vienes conmigo y echamos un vistazo a algunas bailarinas de allí?”

Se señaló a sí misma. “¿Yo? ¿Por qué yo?”

“Eres una de las pocas mujeres en las que puedo confiar en mi vida”.

Casi sonrió, y me encantó la idea de que brillara bajo mis elogios. “Pero...”

No, sin discusiones. Por favor. “Ven conmigo. Confío en tu criterio. Puedes darme el punto de vista de una mujer sobre las bailarinas”.

“Quizá algún día...” Se encogió de hombros.

“Esta noche. Después del trabajo”, insistí.

“¿Esta noche?” Abrió mucho los ojos. “Vaya, me has avisado con muy poca antelación”.

“Oh. ¿Ya tienes planes?” Pregunté, rezando para que no los tuviera. La idea de pasar tiempo con Mia fuera de la oficina, pero participando en cierto modo en una misión laboral, ya me hacía feliz. No quería pensar que ella pudiera tener otros compromisos. Por supuesto, ella tenía una vida fuera de la oficina, pero no quería pensar en quién importaba en ella.

Joder, tengo que vigilar esta posesividad.

“No. Um, no hay planes”. Sacudió la cabeza.

“¿Entonces vendrás conmigo?” Pregunté, mirándola directamente a los ojos.

“Vale, me rindo”. Asintió. “Puedo venir a darte la opinión de una mujer sobre esas maravillosas bailarinas que has visto”.

“No. No en plural. Estoy seguro de que las bailarinas eran todas artistas de calidad, pero pasaron a un segundo plano cuando *ella* bailaba más cerca.”

MIA

Oír los elogios de Henry me golpeó en el corazón. Cuando dijo que confiaba en mi juicio, me sentí importante y sabia, valiosa y digna de una manera que iba más allá de cumplir las expectativas de mi trabajo.

Sin embargo, sus cumplidos sobre mi baile...

Me mordí el interior de la mejilla y oculté una sonrisa.

Se había fijado en mí en el Danger y había caído bajo el hechizo de verme bailar. Sin embargo, no sabía que *era* yo.

Esto se va a poner muy complicado.

Aquella noche, después del trabajo, subí a su coche y me dirigí al Danger. Tenía intención de hacer lo que me pidiera. Le daría consejos sobre las bailarinas si quería una crítica sincera, pero desde luego no le ayudaría a encontrarme, bueno, a mí. De camino hacia allí, mientras atendíamos una videollamada con Laura y Jason, me pregunté hasta dónde llegaría Henry para buscarme. Gina me dijo que él y Owen querían ir entre bastidores. Le habían dado una tarjeta. Pero ¿qué pasaría si no me encontraba allí? ¿Se daría por vencido?

Era raro aparecer como invitada, no como bailarina, y no podía evitar querer esconderme de todo el personal. En realidad, los camareros no me conocían, pero apostaba a que los bailarines se darían cuenta de que estaba entre el público. Sabían qué aspecto tenía sin la máscara que siempre tenía que ponerme para el programa.

Sin embargo, Henry no me dejó pensar en ningún sentimiento extraño. Como hacíamos siempre que estábamos juntos, hablábamos y reíamos. Bromeábamos y nos burlábamos. Él lo hacía divertido, y yo no esperaba menos.

Conseguimos una mesa y, mientras nos acomodábamos con una copa, olvidé que se suponía que aquello iba de trabajo, que él estaba aquí para buscar una bailarina con el fin de abrir un nuevo club. En lugar de eso, aporté mis observaciones críticas sobre las bailarinas del escenario. Señalé que Margaret era demasiado rápida y que a veces se precipitaba con los ritmos. Se rio de mis observaciones sobre Tyler, demasiado nervioso y poco natural en sus pasos.

“Hay que buscar un equilibrio. Un bailarín que demuestre facilidad para estar en el escenario y que, al mismo tiempo, esté realmente emocionado por actuar”.

Asintió. “Parece que sabes mucho de esto”.

Mierda. No quería que se notaran mis conocimientos. Terminé mi bebida sin alcohol para entretenerme. “Bueno, es de sentido común, ¿no?” Me encogí de hombros. “Además, ¿por qué buscas a una bailarina para contratarla? ¿No tienes representantes, ojeadores y managers que se dedican a esto?”

“Los tengo. Pero a veces me gusta encargarme yo mismo de algunas partes del negocio”.

Me tensé bajo su mirada. Mientras miraba al frente, al escenario, a mis colegas, me preguntaba por qué quería centrarse en mí. Si estaba aquí para encontrar a una mujer que no encontraría en el escenario...

“¿Qué?” Me enfrenté a él, nerviosa. Su sonrisa era amable pero curiosa. Me sentía orgullosa de ganarme su intriga, pero dependiendo de lo que quisiera de mí, tenía motivos para desconfiar.

“Parece que te gusta mucho esto”. Señaló el escenario. “Muy observador”.

Sonreí. “Presto atención”.

Soltó una ligera carcajada. “Siempre lo has hecho”.

“¿De verdad pretendes pedirle a una bailarina de aquí que venga a trabajar a tu nuevo club?” Pregunté, queriendo mantener aquí la conversación sobre sus objetivos.

“Así es. El Fifty va a abrir en un lugar nuevo, lejos de aquí. Miami es un gran paso en una nueva dirección, pero me siento bien diversificándome en otra zona.”

“Miami”. Suspiré, imaginando el calor de Florida. “Eso está muy lejos. ¿Pero sabes qué? Suena bien. Un nuevo comienzo en un lugar totalmente nuevo. Yo también me lo he planteado”.

“¿Abrir un club nocturno en Miami?”

Le di un codazo con suavidad, pero él me acercó pasando el brazo por mis hombros y manteniéndome cerca. “No. Empezar de nuevo en algún sitio”.

Sin soltarme, me miró y frunció el ceño. “¿Querrías irte de Nueva York?”

Lo hice y no lo hice. De todos modos, no podía. No tenía perspectivas en ningún otro sitio. Y nunca podría dejar a Henry. O a Jason. Ni siquiera a Eddie. Tampoco el ambiente familiar de la oficina. Los echaría demasiado de menos a todos. Al mismo tiempo, sabía que era estúpido querer quedarme estancada por un enamoramiento de mi jefe que nunca iría a ninguna parte.

Bajé la mirada, pero él se volvió hacia mí, obligándome a levantar la vista.

“¿Por qué querrías irte de Nueva York?” Preguntó, interpretando mi vacilación al responder como una respuesta de que querría irme lejos de aquí.

Suspiré, buscando palabras. No podía decirle la verdad. No así. Quizá nunca. No tenía nada

que hacer para desearle, y aunque fuera lo bastante estúpida como para admitir que anhelaba una relación con él, las estrictas políticas de la oficina se interponían en mi camino.

“Mia...” Arrugó la frente y sacudió la cabeza. “No sé qué haría sin ti en mi vida”.

Joder, cómo duele. Sus palabras cortantes me hirieron. Me sentí como una amiga, horriblemente, y un dolor crudo me quemó el pecho.

No podía ver una vida sin mí porque era una buena trabajadora. Porque era fiable en la oficina. Porque ayudaba a Jason.

Bajo su atenta mirada, me vi en la obligación de decir algo. Tragué con fuerza, con la boca repentinamente seca.

“¿Quieres otra copa?” Me preguntó, notando que se me doblaba la garganta. “¿Tienes la boca seca?”

Asentí con la cabeza, preguntándome cómo podía ser tan malditamente dulce y atento conmigo y a la vez obstinado en mantenerme a distancia. No era un tratamiento de frío y calor. Eran simplemente las tristes señales de un amor no correspondido. Algún día tendría que aceptar que no me quería como yo a él.

“Sí. Una copa estaría bien. Solo un agua”.

Levantó la cabeza, mirando a su alrededor. “Me dirigiré a la barra en lugar de esperar a que alguien venga a nuestra mesa”.

“Vale. Claro. Estaré aquí mismo”.

La sonrisa que me dedicó me sentó demasiado bien, como si disfrutara con mi promesa de quedarme aquí por él. Me encantaba la idea de poder hacerle tan feliz. Complacerle como buena empleada era una cosa, pero querer hacerle feliz como amiga me parecía mejor.

Le observé alejarse, nerviosa porque era una pausa en el programa. En cualquier momento podría venir alguien a hablar conmigo, y eso sería un paso más hacia la revelación de mi 'secreto'.

Pero estaba a salvo. Durante los varios minutos en que Henry fue a la barra, me senté en paz, libre de estar y esperar con el resto de la multitud a que empezara el espectáculo. Ningún empleado del Danger se acercó a mí. Las sombras que cubrían nuestra mesa debían de haber hecho el truco de ocultarme de mis compañeras del escenario, pero demasiado pronto, otro hombre se acercó a mí desde la siguiente zona de asientos.

“Eres demasiado encantadora para estar aquí sentada con ese aspecto tan solitario”, me dijo con una sonrisa sarcástica y sórdida.

“No me siento sola”, respondí, sin girarme del todo hacia él. Cuanto menos me comprometiera con él, más rápido se marcharía. Aun así, sus palabras me impactaron. Acababa de hablar de la soledad con Jason cuando me preguntó. De verdad, me sentía sola. Tan desesperada por encajar con Henry.

“Parece que estás sola aquí y ahora...” Me cogió la mano, agarrando dos de mis dedos con un rápido apretón.

“Quítale la mano de encima”.

Henry estaba de vuelta, con dos aguas en la mano. Tenía los ojos rasgados y nada en su tensa expresión sugería que tuviera paciencia. Había oído muchas veces su tono de autoridad, pero nunca así.

Y no sobre mí.

“Eh. Eh, ya”. El hombre dio un paso atrás, levantando las manos en señal de tregua. “Sólo estaba...”

“Ya te ibas”, terminó Henry por él con frialdad mientras se abría paso hacia mí. No apartó ni un instante su mirada severa de mí, clavando sus ojos en los míos. En aquellos ojos azul oscuro percibí un atisbo de celos. La tensión de su mandíbula lo demostraba.

¿Estaba... celoso? ¿De qué otro hombre intentara hablar conmigo?

No pude evitar una pequeña carcajada cuando me dio mi agua. “Henry. Estaba...” Sacudí la cabeza, demasiado confusa para encontrarle sentido. No podía estar actuando con celos cuando me había colocado tan firmemente en la categoría de 'una simple empleada' o sólo una amiga.

“Estaba flirteando contigo”. Dejó el vaso sobre la mesa y se inclinó más hacia mí, colocándose en mi espacio mientras me miraba.

“Creo que sí”, acepté encogiéndome de hombros. “Pero, ¿y qué?”

No me interesaba.

“No es gran cosa”.

Arrugó la frente.

“Quiero decir...” Parpadeé, tratando de entenderle, de comprender por qué se enfadaba tanto. “No es como si estuviéramos aquí en una cita”.

Se acercó más. Un pie hacia mí. La cercanía me dejó sin aliento, pero no tanto como la mirada acalorada de sus ojos.

“¿Por qué no podemos estarlo?” Preguntó lentamente mientras acercaba su boca a la mía.

HENRY

N^o.
No.

No lo hagas.

Contuve la respiración, acercándome a los labios de Mia, y no pude convencerme de lo contrario. Cedí. Ceder nunca me había sentado tan bien como en aquel momento. Con el primer contacto de su boca, tan suave y cálida contra la mía, sentí que me invadía una carga de deseo. Una lujuria líquida corría por mis venas, y me atemperé para no estrecharla más y devorarla.

Hizo un ruido de sorpresa cuando la besé, pero no retrocedió. No se echó atrás. Cerró los ojos, inclinó la cara hacia mí y aceptó que me acercara. Deseé poder reclamarla, marcarla como mía y borrar cualquier idea de que estuviera disponible para pensar siquiera en otro hombre.

Ella era mía.

Joder, la había deseado durante tanto tiempo, tanto. Durante meses, no, años, me había preguntado cómo sería tener y abrazar a Mia. Probar la dulzura de sus labios. Saborear su esencia.

Ahora que había cruzado una línea clara, besándola, me negaba a pensar en volver a como eran las cosas. Porque esto era demasiado perfecto. Se sentía demasiado bien.

Inclinando la cabeza hacia un lado, me dio un mejor ángulo de acceso, buscando más de esta caricia acalorada y prohibida, sus labios contra los míos, su aliento mezclándose con mis exhalaciones. La presión de sus dedos se registró en mi pecho, pero no como un empujón. Enroscó los dedos, retorciendo ligeramente la ropa mientras se inclinaba contra mí, devolviéndome el beso con la misma lentitud, aunque hambrienta, con la que yo la besaba a ella.

Mía. Eres mía, Mia. Le mostré mis pensamientos, traviosos y tabúes, mientras levantaba la mano y le agarraba la nuca. Manteniéndola cerca, la besé con más fuerza, decidido a deslizar la lengua y probar de verdad su dulzura.

Me invadió el deseo más puro. Una necesidad rabiosa se apoderó de mí. Un solo beso y ya

estaba perdido deseándola toda, necesitando todo lo que pudiera darme.

Se le escapó un suave gemido mientras se incorporaba. De nuevo, hacia mí. No huía. No retrocedía en retirada. Me devolvió el beso y levantó la cara, esperando a que la asfixiara con mis labios.

Pero antes de que pudiéramos dejarnos llevar, alguien gritó.

“¿Henry?”

Joder. Oír a Owen llamándome por mi nombre era lo último que quería que ocurriera en aquel momento. No quería ninguna distracción con Mia acercándose para devolverme el beso. Quería cero interrupciones, ahora que la había sorprendido y había recibido su interés correspondiente.

“Henry”. No lo preguntó entonces, sino que pronunció mi nombre más alto por lo cerca que se había acercado.

Mia también lo oyó aquella vez. Jadeó de asombro y se echó hacia atrás, fuera de mi alcance. Con lo rápido que se movió, estuvo a punto de tropezar hacia atrás, pero la mantuve erguida. Bajé la mano de su nuca, pero la sujeté con las dos manos en la espalda. Abrazándola sin apretarla, impedí que tropezara o retrocediera demasiado.

Sus labios se separaron, húmedos por los míos. Cada uno de sus alientos calientes me azotaba la barbilla. Eran un testimonio de lo agitada que estaba, de lo agotada y sin aliento que la había dejado. Una mirada hacia abajo me tentó a ignorar a mi amigo que venía detrás de mí, pero ella retrocedió. Levantó las cejas y bajó la mirada al ver que Owen llegaba hasta nosotros.

No le había pedido que viniera, pero estaba allí cuando le pedí que viniera conmigo esta noche.

La vergüenza llenó sus ojos. La sorpresa y el horror no tardaron en aparecer. Demasiado pronto, estaba dejando que las consecuencias pesasen sobre ella.

Nos habíamos besado.

Habíamos cruzado un límite que no debíamos.

Por supuesto, ella se estaba volviendo loca por ello, pero yo no lo haría. No me arrepentiría ni un segundo de haberla besado. Sólo me fastidiaba que Owen tuviera que aparecer aquí cuando lo había hecho.

“Henry”, repitió Owen, dándome una palmada en la espalda.

Aparté la mirada de Mia, odiando que retrocediera tras la dichosa sorpresa de mi beso. El momento perfecto de rendirme a la química que había entre nosotros. La había besado por impulso, y ella también. Y quería volver a hacerlo.

La mano de Owen en mi espalda me incitó a girarme y mirarle. Lo hice, encontrándome con una sorpresa peor.

Owen no había venido solo. Había traído consigo a Ann.

Ella entrecerró los ojos ante Mia y luego me parpadeó con curiosidad. “¡Eh, Henry!” Sin perder un segundo, pasó de una expresión de confusión e irritación hacia Mia a una sonrisa demasiado brillante hacia mí. Se lanzó hacia mí, con los brazos extendidos en una petición implícita de que la cogiera y la abrazara. Lo hice, pero no con fuerza. Saltó hacia mí tan torpemente que casi me empujó hacia atrás.

“Hola”, le dije a mi amigo, que me observaba con una sonrisa curiosa. “No sabía que ibas a venir aquí”.

Owen se encogió de hombros y miró a Mia mientras se volvía hacia la mesa y daba un sorbo a su bebida. No estableció contacto visual con Owen ni conmigo, parecía utilizar el vaso de agua como accesorio para distraerse. Apuesto a que deseaba poder esconderse detrás del maldito cristal con lo encogida que estaba.

“Ya lo veo”. Owen se aclaró la garganta y me dirigió una sonrisa tonta que sugería que se estaba divirtiendo demasiado con esto de encontrarme besando a mi secretaria.

Odiaba que lo dijera como si yo esperara que nadie interrumpiera mi velada con Mia. Como si tuviera que ocultarla. Lo era, por el principio de que no debía besar a alguien que trabajaba para mí. Pero no me gustaba pensar que Mia era inferior o vergonzosa, algo que debía evitar u ocultar.

Ahora que sabía lo dulces que eran sus labios, quería besarla hasta que se hincharan. Quería sentir su boca en todas partes. Quería... a ella.

Volví a mirarla, deseando que me mirara a la cara. De pie a un lado, prestó atención al escenario.

“Te estaba buscando”, dijo Ann, cogiéndome del brazo y tirando de él para que me apartara de Mia. “En la oficina”.

Ya lo sé. También me has estado buscando con mensajes, correos electrónicos y llamadas. Supongo que no debería haberme extrañado que también me buscara en persona.

“Vino a la oficina”, dijo Owen, “buscándote, y le dije que sabía dónde estabas”.

Gilipollas. Por otra parte, no había tenido ocasión de decirle a mi amigo que no quería que Ann se metiera en mi vida. Si lo hubiera sabido, me habría apoyado y ayudado a mantener alejada a esa cazafortunas.

“Como sabía que estarías aquí, le dije que podíamos quedar. Pero yo...”. Hizo un gesto de dolor, rascándose debajo de la oreja. “Pensaba que te encontraríamos aquí echando un vistazo a los talentos del escenario. No... haciendo otra cosa”.

Le pedí que se callara.

“Sí. Las bailarinas”, dijo Mia, con un tono demasiado alto y repentino. “*Estábamos* viendo a las bailarinas. Pero bueno. Um”. Sacudió la cabeza, nerviosa, mientras cogía el bolso. Al

apresurarse a cogerlo, volcó el vaso de agua sobre la mesa. El líquido salpicó la mesa, inundó la superficie y salió volando hacia Ann, que chilló.

“Sólo es agua”, dije, apresurándome con Mia a limpiar el derrame con servilletas.

“Pero...” gruñó Ann, limpiándose el vestido que, para empezar, apenas estaba mojado por el rocío.

“Yo...” Mia levantó las manos, como si quisiera que las servilletas empapadas se quedaran sobre la mesa. Sin levantarme la vista, lo que me permitió ver sus mejillas sonrojadas, se hizo a un lado. Se movió con la clara intención de mantener la distancia entre nosotros, un amortiguador exagerado mientras se deslizaba por el recoveco en el que estaban nuestra mesa y nuestras sillas. “Me voy”.

¡Maldita sea! “No.” Le tendí la mano, ignorando el curioso ceño fruncido de Ann. “Mia, no tienes que irte”.

“Bueno...Yo, sí “. Ella asintió, lanzándome una rápida sonrisa que no llegó a sus ojos. “Sí. No debería quedarme hasta más tarde”.

Pero a menudo te quedas hasta tarde. Lo sabría porque nos mandábamos mensajes constantemente, a diario y por la noche, sobre cualquier cosa. A veces, se trataba de cosas de trabajo, pero la mayoría eran mensajes de tipo cotidiano. Ella siempre era la última en responder con un mensaje de buenas noches, bien entrada la madrugada.

“Quédate, por favor”, le dije, odiando que reaccionara así a mi beso. Que reaccionara así a su ansiosa respuesta a mi beso. No quería que sintiera que tenía que irse. Quería que volviéramos a donde estábamos, besándonos cuando no teníamos derecho a hacerlo.

No quería que se fuera en absoluto, pero menos aún porque Ann y Owen estuvieran aquí.

“No me necesitas aquí”. Lo dijo amablemente, pero capté el dolor subyacente en su tono. Ahora que Ann estaba aquí, una mujer con la que se suponía que debía pasar tiempo, estaba *desplazada*.

“Pero yo...” Apreté los labios para no corregirla.

No *necesitaba* a Mia aquí conmigo. Pero la quería. Valoraba su compañía. Deseaba oír más de sus críticas sobre las bailarinas y sus consejos sobre lo que debía buscar.

Lo único que podía hacer era verla alejarse, sintiéndome como si hubiera probado un manjar prohibido que nunca volvería a probar.

Cuando se marchó, me quedé indeciso. Tuve la tentación de correr tras ella, de seguir pasando tiempo con ella, pero luego tuve la atracción de quedarme y ver si aquella bailarina - sobre la que quería saber la opinión de Mia - aparecía en el escenario.

“Maldita sea”, murmuré mientras cogía mi vaso de agua. Bebí un poco, deseando que Ann no estuviera aquí. Había alejado a Mia al instante. Y a Owen. También le lancé una mirada severa por encima del borde del vaso. Tenía que arrastrar a Ann hasta aquí. Como si yo quisiera su

compañía.

Tenía que explicárselo todo, lo poco que me interesaba. La próxima vez que viera a Ann aparecer por la oficina, le diría que se marchara, no que la animara y le permitiera acosarme más.

“¿Estás bien, tío?” Preguntó Owen cuando un camarero se paró en nuestra zona, tomando el puntilloso pedido de Ann de una bebida extravagante.

Suspiré, echando de menos a Mia y deseando poder rebobinar el tiempo para estar con ella - sólo con ella - otra vez. La compañía de Mia me tranquilizaba al mismo tiempo que me excitaba. Me sentía vivo con ella, y todo lo demás palidecía en comparación.

“Sí”, le mentí. No era culpa suya. Él no sabía lo poco interesado que estaba en Ann. Pero por la forma tan cuidadosa en que me estudiaba ahora, tras la marcha de Mia, tenía la corazonada de que se estaba haciendo una idea de lo interesada que estaba en Mia.

Melancólica y cavilando sobre mis crecientes sentimientos hacia Mia, apenas presté atención cuando se reanudó el espectáculo. La bailarina que quería ver no estaba allí, y sin Mia para ofrecerme consejos e indicaciones útiles sobre el espectáculo y el cuerpo de baile, me sentía desganado y fuera de mí.

“Te juro que...” Ann arrugó la cara, perfeccionando una expresión de disgusto mientras sacudía la cabeza hacia el escenario. “Esta gente, estas mujeres, tienen que *estar* desesperadas. Míralas”. Levantó la mano para señalar el escenario y se mofó. “Son como strippers de mala muerte. Sucias, sin vergüenza ni pudor”. Resopló. “¡Como prostitutas!”

Puse los ojos en blanco, no estaba de humor para escuchar sus soflamas.

“Me permito discutir”, dijo Owen, notando mi oscura mueca. “Son artistas. Empleamos a muchas personas excelentes en *nuestros clubes*. ¿Dirías lo mismo de un empleado de la Dunn?”

“Bueno. No”. Me dedicó una rápida sonrisa. “Todo lo que hace la Dunn Enterprises es de alta calidad”.

“Entonces no es diferente. Estas bailarinas son artistas. No strippers ni prostitutas”, dijo.

Suspiré, echando aún más de menos a Mia. Era tan crítica con un juez, comentaba la forma y el atractivo, su forma física y sus habilidades. Era observadora y sabia, no se apresuraba a generalizar y ser una zorra con prejuicios como Ann.

No importaba lo que pensara de Mia. Siempre la tuve en gran estima. Claro que tenía sus defectos, pero era... perfecta. Para mí.

Me froté la cara, molesto por lo mucho que la deseaba. No estaba seguro de si era consecuencia de haberme atrevido por fin a besarla tras años soñando con ello. En mi mente se habían formado tantas fantasías sobre cómo me aceptaría como amante, como su hombre, no como su jefe.

La realidad era que mis sentimientos seguirían creciendo. La anhelaría. La anhelaría mucho más allá de este primer beso de esta noche. Y tuve que preguntarme cuándo sería suficiente.

Debería haber estado en la cima del mundo, tan emocionado de que ella estuviera deseando devolverme el beso. Pero tenía que dejar claras mis intenciones. Quería que comprendiera, de una vez por todas y sin margen de error, que la deseaba. Que nunca fue ni sería para mí 'una simple empleada'.

Claro que las normas de la oficina me frenaban. Aquellas estrictas políticas de no confraternización se habían establecido porque la madre de Jason - Mackenzie - también había sido empleada de la Dunn Enterprises. Habíamos iniciado un romance en el trabajo que acabó con ella embarazada. Cuando se dio cuenta de que no quería una familia conmigo, una vida para siempre conmigo, se largó. Eso provocó muchos momentos incómodos hasta que se marchó. Cuando se escapó tres días después del nacimiento de Jason - para acostarse con el director financiero de una empresa rival en el extranjero - no sólo nos había abandonado a Jason y a mí, sino que también había demostrado la necesidad de normas en *nuestra* oficina.

Aquella situación acabó mal, pero la atracción y la cercanía que Mia y yo habíamos cultivado durante años no provocarían una implosión similar.

¿No?

Ella no podía sentirse tan bien, tan perfecta para mí, y estar equivocada para mí.

La vida no podía ser tan cruel. Mia no podía ser la única mujer a la que quería llamar mía y no encajar bien.

“No parece que *tu* bailarina esté aquí”, comentó Owen mientras Ann sorbía alegremente su cóctel.

El espectáculo se acercaba a su número final, pero en realidad no había prestado atención. Desolado por la ausencia de Mia, había pasado el resto de la noche pensando en ella.

Pero las palabras de mi amigo me molestaban. Aquella bailarina no era *mía*. La única persona por la que quería ser posesiva era Mia.

Me encogí, odiando esta extraña sensación de que podía ser un gilipollas a dos tiempos, sentándome aquí para ver a una bailarina en concreto mientras deseaba a mi secretaria. No era que deseara a esa bailarina. Quería ver a esa bailarina y hablar con ella para ofrecerle un trabajo como bailarina en mi club. Eso era todo.

Me había atraído, en el sentido de hacerme mirarla, pero Mia era la única a la que realmente deseaba. Y lo había hecho durante demasiado tiempo como para seguir teniendo paciencia al respecto.

Sobre todo después de haber perdido todo el sentido común y haberla besado.

MIA

No estaba preparada para que Henry me besara. Y no estaba preparada para que se acabara. Que Owen y Ann me interrumpieran también había sido un asco. Había pasado demasiado tiempo imaginando el momento como para querer que nadie se entrometiera.

Me desconcertó ver a gente de la oficina justo cuando Henry se lanzó a rebatir por qué no podíamos estar juntos. Así las cosas, no estaba en absoluto preparada para saber cómo reaccionar ante ellos, y mucho menos ante Henry. Si sólo hubiéramos sido él y yo, habría actuado con *muchas* más ganas en la intimidad de nuestro momento.

Dar media vuelta y salir corriendo del Danger tal vez no hubiera sido mi mejor salida, pero funcionó. Estaba demasiado alucinada por el hecho de que Henry me había *besado* como para hacer algo más sensato.

Mientras caminaba por el pasillo de la oficina el miércoles siguiente, me mordí el interior de la mejilla y me resistí a que todas aquellas enormes emociones me invadieran. El mero recuerdo de los labios de Henry sobre los míos las reavivó todas.

Emoción. Alegría. Deseo. Euforia. Alegría. Satisfacción.

Y mucha más lujuria. Un beso no era suficiente, pero no habíamos tenido ocasión de volver a estar juntos, ni siquiera aquí en la oficina.

Estaba en reuniones. O estaba inundado de llamadas de otros departamentos. Si no estaba en su suite ejecutiva, estaba fuera para recibir informes de supervisores y gerentes. Y si no estaba en mi cubículo de oficina, estaba ocupado recuperando el sueño de las noches de baile.

No tener que enfrentarme a Henry era una bendición. Echaba de menos verle, por supuesto. Deseaba poder hablar con él, pero con este desconcierto, estas confusas secuelas posteriores al beso, agradecía *no* tener que ocuparme de ello.

¿Quizá podríamos hacer como si nunca hubiera ocurrido y seguir adelante?

Mis pensamientos me detuvieron en el sitio. Me detuve cerca de su despacho, obligada a interactuar el tiempo suficiente para dejar unos formularios.

Ignorar el lapso que compartimos mutuamente no sería justo. No para mí. No quería fingir que nunca había ocurrido. No quería seguir adelante y actuar como si no hubiera pasado nada.

Fue algo, un algo muy grande, en mi opinión. Sin embargo, no estaba segura de cómo acercarme a él y averiguar por qué me había besado y si había sido algo casual de una sola vez o algo representativo de mucho más.

Tras lanzar un profundo suspiro, reanudé la marcha hacia su puerta. No lo vi a través del cristal y, al entrar, no sabía si sentirme aliviada o decepcionada por no haberlo visto. Puse los documentos sobre su escritorio y me aseguré de que las pestañas de *‘Firme aquí’* estuvieran colocadas en los lugares adecuados.

No me entretuve, no quería entrometerme. Cuando salí y cerré la puerta tras de mí, oí que alguien caminaba por el pasillo.

Otra vez no. En serio. Otra vez no.

Ann estaba aquí, invadiendo la paz de la oficina. Se había acostumbrado a aparecer cuando le daba la gana, y eso pasaba a menudo. Todos los días - muchas veces - se paraba a charlar con Henry. A menudo intentaba sacarle de una llamada o interrumpir una conversación. A este ritmo, Jen nunca dejaría de refunfuñar por sus constantes visitas y sus maneras de distraer. Cada vez que Ann aparecía, esperaba que la trataran como a la realeza, de visita, sin preocuparse de estorbar a nadie.

Y aquí estaba ella. Solicitando la atención de Henry. Probablemente también su riqueza. No me gustaba formarme opiniones rápidas sin mucha base, pero nada sugería que ella estuviera interesada en él por otra cosa que no fuera su dinero.

“Ah, eres tú”. Volvió la nariz hacia mí. “Otra vez”.

“Lo mismo digo”, murmuré.

Ella entrecerró los ojos. “¿Qué pasa?”

“Nada”.

Detrás de ella, Laura y Jason entraron en el vestíbulo. En cuanto Jason me vio, se lanzó a toda velocidad hacia mí. Sorteando a los demás en el pasillo, sonrió y corrió hacia mí.

No pude evitar devolverle la sonrisa, esperando su abrazo. Sentir sus bracitos envolviéndome siempre mejoraba mi humor.

En su camino, chocó un poco con el costado de Ann, haciendo oscilar su bolso.

“¡Oh!” Ella frunció el ceño cuando Jason pasó como un rayo, decidido a llegar hasta mí.

Me agaché, abriendo los brazos para atraparlo. Los dos soltamos una risita. Como me levantó el ánimo, le di una vuelta más.

“¿Qué pasa, pequeño?” Le pregunté.

“Tengo que salir corriendo a recoger algo muy rápido”, dijo Laura mientras echaba un

vistazo a la oficina. Estaba claro que buscaba a Henry, porque cuando no lo vio, hizo una mueca de dolor. “Pensé que estaría aquí. Traía a Jason para su hora de comer”. Miró el reloj y se estremeció aún más. “Vaya. No puedo esperar mucho”.

“Ayudaré a Mia mientras espero a papá”, dijo Jason, cogiéndome de la mano mientras lo bajaba para ponerlo de pie. Balanceó los brazos de un lado a otro, demasiado cerca de una planta sobre un soporte, y me apresuré a cogerla antes de que cayera.

“Sí, está bien”. Señalé a Laura con la cabeza. “Ve a por tu guion. ¿Ayuda ya?”

Ella gimió. “No. Todavía no. Espero que este medicamento diferente te ayude. Estoy impaciente por volver a las clases que me gustan en el gimnasio”.

Crucé los dedos. “Espero que pronto”.

Jason salió corriendo a mirar los peces de la larga pecera adosada a la pared, y yo sólo pude vislumbrarlo corriendo a por un caramelo de menta del plato que había cerca de la fotocopidora que yo utilizaba más a menudo. Cada vez que correteaba, Laura sacudía la cabeza y yo sonreía.

“Oh, tener esa energía”, bromeaba. “¿Seguro que estará bien contigo?”

Solté una pequeña carcajada. “Por supuesto”. Muchas veces había llevado a Jason conmigo a la oficina, pero aun así, Laura siempre lo comprobaba. Aunque Henry era un hombre de negocios muy ocupado, nunca querría que Jason sintiera que no era bienvenido aquí. Laura, su gimnasta y vecina, enferma de artritis, simplemente era consciente de lo enérgico y salvaje que podía llegar a ser Jason. Como lo estaba hoy.

“Vale”. Ella frunció el ceño al verle hacer una especie de rayuela sobre las baldosas del suelo.

Le hice un gesto para que se callara. “No pasa nada. Puede quedarse conmigo hasta que Henry salga de sus reuniones”.

En cuanto se marchó, le tendí la mano a Jason para que la cogiera. Se portaba bien en mi pequeño despacho. “Vamos, chaval”.

Corrió hacia mí, chocando de nuevo con Ann.

“¡Dios mío!” Espetó ella, frunciendo de nuevo el ceño mientras se enderezaba el bolso. “¿Qué te pasa?”

“¡Nada!” Respondió. “Sólo estás en medio del camino”.

Apreté los labios con fuerza, luchando contra una carcajada. Incluso él podía darse cuenta de que no pertenecía a este lugar.

“Pues no haces más que corretear como un niño terrible”. Se mofó mientras se detenía delante de mí, estropeando la alfombra y casi cayéndose. “Un pesado”. Apoyando una mano en la cadera, levantó aún más la nariz, como si no fuera lo bastante arrogante. “Deberías estar en un internado. Y fuera de aquí”. Un resoplido desagradable puso fin a su diatriba.

Me quedé boquiabierta. La pequeña mano de Jason encontró la mía y la apretó con fuerza.

Ann no había sido amable con Jason. No se habían cruzado mucho, pero ella lo había visto entrar y salir de aquí mientras las vacaciones de verano lo mantenían fuera de la escuela durante el día. Cada vez que lo veía, se esforzaba por descartarlo o considerarlo una distracción. No una persona.

La ira ardía en mi interior. Entrecerré los ojos, hirviendo y aborreciendo la presencia de aquella horrible mujer en nuestras vidas.

“¡Cómo *te atreves!*”

Resopló Jason, volviéndose para hundir la cara contra mí mientras empezaba a llorar. “¡No quiero ir a un colegio privado!”.

“No vas a ir”, le dije, abrazándolo mientras miraba fijamente a Ann. “Y estás muy fuera de lugar al sugerirlo”.

“No, no lo estoy”.

“¡Sí que lo estás!” La fulminé con la mirada, dispuesta a tomar represalias más duras si argumentaba ese punto.

“No *tienes* derecho a *decirme* lo que tengo que hacer”. Me señaló y luego se señaló a sí misma para enfatizar. “Tú te limitas a trabajar aquí”.

“Eso no importa. No tienes ningún derecho a hablarle así. A sugerirle que le envíen a un internado, de todos los sitios”.

“Debería”. Ella sonrió con satisfacción mientras Jason lloraba más fuerte.

Jen levantó las cejas al entrar en la parte abierta del despacho. Había oído la agitación, al igual que otras personas que observaban el drama.

Ann no había terminado. “Debería quitarse de en medio y quedarse lejos...”

Jason se aferró a mí con más fuerza. “¡No quiero ir a ninguna parte, Mia!”.

Le alisé el pelo. “No vas a ir”. Señalando con el dedo a Ann, endurecí mi postura y me preparé para desgarrarla. “¡No le hables así, nunca, *nunca* más!”

Pobre chico. Ya luchaba con un padre adicto al trabajo, una madre ausente. Sólo quería amor, ser amado y dárselo a quien considerara digno. Y aquí estaba ella, actuando como si él fuera una plaga indeseada a la que había que echar.

“Hablaré como me parezca oportuno. Está en medio...”

“No estorba a nadie”. Me acerqué más, deseando clavarle el dedo lo bastante fuerte como para derribarla. “Y si crees que *te* estorba, cuando no perteneces aquí en absoluto, que te vaya bien”.

“¿Yo no pertenezco aquí?” Ella exageró un estúpido ladrido de risa y puso los ojos en blanco.

“Bueno, te equivocas. Yo estoy al lado de Henry”.

“Claro que sí”.

“¿Estás insinuando que necesito *tu* permiso?”

“No. Pero que me aspen si vienes aquí sin invitación y dices una cosa tan horrible como que hay que apartarlo en un internado”.

“¿Quién va a ir a un internado?”

Ann se congeló al oír la voz de Henry detrás de ella. Me ocultó la visión que tenía de él cuando había entrado. Estaba tan concentrada en consolar a Jason y defenderlo que todos los demás detalles de la habitación se desvanecieron en la nada.

“Um”. Ann dejó de fruncir el ceño al girarse para mirar a Henry.

Él estaba de pie detrás de ella, frunciendo el ceño al ver a Jason llorando y aferrándose a mí. Ignorando la sonrisa repentinamente dulce de Ann, caminé hacia mí.

Se me rompió el corazón cuando Jason me abrazó más fuerte y lloró. Se giró un poco para ver a Henry mientras se agachaba para estar a la altura de sus ojos.

“Me dijo que debería irme. Y quedarme en un internado”, sollozó Jason, señalando a Ann.

“No. No. Lo entendió mal”, argumentó Ann en tono azucarado. “Por Dios. Nunca diría algo así”. Con Henry de espaldas a ella mientras levantaba a Jason, me fulminó con la mirada.

Me sentía a la defensiva de Henry por el principio de que ella no era más que otra cazafortunas que iba tras él, pero ahora sentía rabia de alejarla para mantener a Jason a salvo.

“No hubo ningún malentendido”. Me crucé de brazos, y Henry sujetó a Jason y se puso en pie. “Estaba aquí mismo. Oí cada palabra”.

“Tonterías”, dijo Ann.

“Jace, no. No vas a ir a ninguna parte”. Henry le alisó el pelo mientras yo frotaba la espalda del chico. “Jamás. ¿Me oyes? Nunca irás a un internado. Siempre estarás conmigo”.

“¿Y Mia?” Preguntó levantando la cara del hombro de Henry.

La visión de su rostro bañado en lágrimas me destrozó el corazón. Pobre chico. Le había asustado el concepto de internado desde que vio una película sobre un par de hermanos a los que enviaban a uno y quedaban atrapados allí.

“Estoy aquí”, le dije, sin dejar de frotarle la espalda.

Se movió y se zafó de los brazos de Henry para alcanzarme. En cuanto lo abracé, soltó un resoplido. “Ojalá fueras mi mamá”.

Dios mío. No respondí. No podía. Había tenido ese sueño muchas veces, preguntándome lo dulce que sería que fuéramos una familia, una de verdad. Concentrándome en consolarlo,

empecé a alejarme con él.

“No tengo tiempo para ti, Ann. Lo he dejado claro”, dijo Henry.

“Sé lo ocupado que estás. Pero he reservado una comida para nosotros...”

“No”. Henry pronunció esa única palabra con claridad. “Yo...” Señaló a Jason. “Estoy preocupado por mi hijo. Tenía planes para comer con él, y eso es exactamente lo que voy a hacer. ¿Mia? ¿Vendrás?”

Asentí, apoyando la cabeza sobre la de Jason.

“¿Qué?” La dulzura de Ann se agrió al sentirse claramente molesta. “¿Hago una reserva para nosotros y tú te das la vuelta y la invitas a salir?”

“Tengo otras prioridades”.

“He venido sólo para comer. Contigo. Por eso estoy aquí”.

“Nadie te ha pedido que vinieras”, le espeté.

Entrecerró los ojos hasta que Henry volvió a encararla. “Hice planes para que almorzáramos”.

“*Hiciste* planes para comer. Yo también los hice. Y no te incluyen a ti”. Henry suspiró al ver a Jason pegado a mí. “Mi familia es más importante ahora mismo”.

Resopló. “Bueno, tu familia lo es. Pero *ella* no lo es”. Me hizo un gesto con la mano, rechazándome. “Ella es una simple empleada”.

Que te jodan. Odiaba ese término. Desde que Eddie lo dijo, recordándome mi trabajo, me preocupaba que la etiqueta pudiera ser cierta.

“Oye, ¿sabes qué?” Dejé que Jason se levantara para que volviera con Henry, que lo observaba con preocupación. “La verdad es que hoy no puedo ir a comer”. Me obligué a mantenerme fuerte a pesar de la mentira. Estaba dispuesta a irme. Si Jason - y Henry - querían que fuera a comer con ellos, lo haría. Pero estar atrapada en medio de todo esto no me sentaba bien. Sus palabras dolían. Que Jason dijera que deseaba que yo fuera su madre me hacía doler el corazón. Y no podía enfrentarme a Henry sin que viera cuánto deseaba que apartara a Ann de su vida y me considerara una mujer digna de estar realmente con él.

Como algo más que una simple empleada.

“He quedado con una amiga, pero te traeré el helado que nos gusta, ¿vale?” Le dije a Jason.

Asintió con la cabeza, aún sorbiéndose los mocos. El más leve atisbo de sonrisa asomó a sus labios, y exhalé aliviada.

“Pero...”

Me volví, ignorando a Henry que me llamaba. Ann podía ganar este asalto. Se suponía que tenía que *ganarlo*. Competir por Henry contra una mujer así no acabaría bien para mí, así que

recurrí a lo que se estaba convirtiendo en mi última táctica para salir de situaciones incómodas.

Hui.

Me retiré y traté de esconderme de todo: mis sentimientos por Henry, la decepción de que no pudiera ser mío y la horrible mujer que no ocultaba que lo deseaba.

Me apresuré a coger el bolso y marcharme. Gina estaría en el Danger. Era mi jefa y mi amiga, y sabía que podía contar con ella para que me escuchara mientras limpiaban el club, cerrado durante el día.

Allí la encontré, merendando en una de las mesas mientras el equipo de mantenimiento limpiaba y fregaba el escenario. Levantó las cejas y se detuvo a medio bocado de un bocadillo para mirarme fijamente. “¿Has venido corriendo desde la gran oficina del centro para estar aquí?”

“Sólo a una parada de metro... o cinco... de aquí”. Respiré hondo y me senté en una silla.

Me recibió con aplomo y se fijó en mi ropa de oficina: falda de cuadros y blusa blanca, maquillaje mínimo y zapatos cómodos. Me había dado prisa, incluso con el viaje en metro, y estaba segura de que parecía un desastre. Me sentía como tal, pensando en todo lo que había pasado en la oficina con Ann y Jason.

“Estás tan...” Me hizo un gesto.

“¿Estresada?”

“Bueno, sí. Siempre lo estás. Pero tan diferente”.

Me encogí de hombros. Estaba acostumbrada a verme con mi ropa de escena. Pero también podía reconocerme como yo misma. Aquella noche que Henry me besó, ella me había reconocido. Fue la mitad de la razón por la que hui. Si ella se fijaba en mí, los demás también podrían hacerlo. Gina sabía lo de mi trabajo, mi adicción a estar cerca de Henry. Todo. Confiaba en ella a menudo, la veía como una amiga cuando me faltaba tiempo para buscar alguna y hacerlas de forma natural fuera del lugar de trabajo. O lugares de trabajo, para mí.

Gina sabía que no debía acercarse a mí con Henry, pero yo no podía suponer lo mismo de los demás. De ahí mi prisa por salir de allí, por mantener mis vidas e identidades separadas.

“Como la otra noche, cuando estuviste aquí con el jefe”. Puso los ojos en blanco. “Olvidé mencionar cómo esa rubia hablaba mal de las bailarinas. Los camareros la oyeron cuando pedía sus ridículas bebidas en la barra y luego les exigía que las rehicieran cuando no estaban 'bien'.”

“¿Ann? ¿Hablabas de las bailarinas?”

“Sí. Decía que tenían que ser unas perdedoras de poca monta que no podían conseguir trabajos normales. Luego se quejó de todo el club. Está claro que no cumplo sus expectativas”. Una vez más, puso los ojos en blanco.

“No me sorprende”. Sacudí la cabeza y divagué sobre por qué había venido corriendo a hablar con ella. Necesitaba desahogarme y, mientras ella comía un bocadillo y me ofrecía otro a

mí, que acepté, le conté los detalles. Cómo Ann estaba clavando claramente sus garras en Henry. Cómo le dijo a Jason aquella horrible chorrada del internado. Todo ello.

“Bueno”. Terminó su bocadillo, se limpió la boca y tiró la servilleta a la mesa. Se cruzó de brazos y se echó hacia atrás. “¿Cuándo vas a hacer *tu* maldito movimiento con él? ¿Eh? Levantó las cejas, demasiado consciente de que siempre había estado enamorada de él. “¿Cuándo vas a decirle lo que sientes por él, de verdad?”

Dejé caer la cara entre las manos y lloriqueé. “No lo sé. No puedo”. Volví a levantarme para mirarla. “Técnicamente, él ya había hecho un movimiento. Me besó, ¿verdad? Eso es un movimiento. Pero entonces apareció *ella*, y eso fue todo”.

“¿Eso fue todo? ¿No dijo nada al respecto? ¿Actúa como si nunca hubiera ocurrido?”

Me encogí. “Los dos hemos estado demasiado ocupados. No he tenido ocasión de hablar con él a solas”.

Hasta hoy. Me invitó a comer y vine corriendo.

“Pero esto de la amistad entre vosotros dos ya ha durado bastante, ¿no?”

“Sólo me preocupa que nunca me quiera como algo más que su secretaria. Que su amiga”.

Me lanzó una mirada dudosa. “Te besó”.

“Pero eso pudo ser algo del calor del momento. Celos porque otro hombre te estaba tirando los tejos”.

“¡Ajá!” Me señaló. “Celos de otro hombre cerca de ti... *porque* te desea”.

Negué con la cabeza. “Aparte de eso, soy su empleada. Y eso siempre se interpondrá entre nosotros”. Hablar con ella era como escuchar al abogado del diablo. Estaba totalmente a favor de que le dijera a Henry lo mucho que lo deseaba. Sin embargo, oírme hablar en voz alta me ayudó a sacármelo todo de la cabeza y del pecho.

“Tengo que esforzarme más por mantener las cosas separadas en mi vida. Henry es mi jefe, y ése es un trabajo que necesito...”

“Pero estás medio enamorada de los dos. Padre e hijo”. Frunció el ceño, preocupada por mí.

“...para pagar la última vez que bajé la guardia y creí estar enamorada de alguien”. La última vez que dejé entrar al amor, me hicieron mucho daño.

“No todos los hombres serán como Dennis”, dijo con suavidad.

Suspiré, odiaba oír el nombre de mi ex. Por su culpa me habían engañado para que participara en un robo a mano armada. Por su culpa, me habían echado toda la culpa y me habían capturado, obligándome a cumplir condena por un delito del que no tenía conocimiento hasta que había ocurrido. Había cumplido una condena menor por un delito que no había cometido. Tenía antecedentes que borrar porque me habían engañado haciéndome creer que un hombre me quería y no me utilizaría.

Henry no lo haría. Sabía que no haría nada para estar en la misma categoría que Dennis.

El dolor residual de haberme quemado en el amor duraba hasta hoy, y servía para prevenirme de querer algo más con Henry a corto plazo. Sencillamente, era demasiado complicado.

¿O no?

“Yo digo que deberías decirle lo que sientes por él”, aconsejó Gina. “O... dile que eres la bailarina con la que intenta contactar y sobornar para que trabaje para él”.

Negué con la cabeza más deprisa. “Diablos, no”, respondí a esto último.

Tenía que resultar más prudente y mantener mis mundos separados, todo el tiempo que pudiera.

HENRY

Mia no quiso comer conmigo y con Jason, y no me sentó bien. Vino a nuestra noche de videojuegos, pero parecía centrarse sólo en mi hijo, siendo meramente cordial conmigo. Así de sensible era con él, percibiendo cuándo podía necesitar más tranquilidad. Si Ann había hecho un comentario impertinente sobre el hecho de que Jason fuera a un internado - cosa que no entendía ni por qué ni cómo podía suponer que ella tuviera *algo* que decir al respecto- entonces el mal humor de Jason tenía sentido.

No le pregunté nada a Mia. Quería que me explicara lo ocurrido. Pero ella era una distracción. Era tan buena haciendo sonreír a mi hijo que no soportaba sacar el tema. Al menos no cerca de él. En lugar de eso, seguí con la velada y también me divertí, vigilando a Jason para detectar cualquier señal de que estuviera triste o ansioso.

Estaba seguro de que a muchos niños les iba bien en los internados. O esperaba que así fuera. Jason había hecho muchas preguntas sobre ese tipo de instituciones después de ver una película sobre ello, y odiaba que le infundiera miedo.

No, él nunca iría a un internado. Su lugar estaba en casa, con su familia, aunque fuera pequeña. Yo era el obstáculo para mantener nuestra unidad familiar tan pequeña. Si pudiera casarme y tener más hijos, entonces él no estaría tan solo. Me faltaba tiempo para ir a la caza de una mujer. Y, de todos modos, parecía que Jason ya había tomado una decisión al respecto.

“Ojalá fueras mi mamá”.

Nunca olvidaría la cara llorosa de mi hijo al decirle eso a la mujer que no podía sacarme de la cabeza.

Gimoteé, cerré los ojos y dejé caer la cabeza hacia atrás para apoyarla en la silla. Frotarme la cara no me aliviaba. No me animaba. Estaba frustrado y cansado, y añadir a la mezcla mi deseo por Mia empeoraba mi paciencia.

Había estado demasiado ocupado para tener un momento a solas con ella. Yo estaba trabajando. Ella estaba trabajando. Jason necesitaba más atención por mi parte. Mi padre también, porque se había atascado con unos papeles.

Quería tener la oportunidad de hablar con Mia como hacíamos habitualmente. Ya habíamos hablado del beso en el Danger. Y estaba ansioso por oír lo que tenía que decir sobre los comentarios de Ann. No estaba ciego. Sabía que Ann era una cazafortunas, demasiado ansiosa y prepotente para mi gusto. Aunque ella pensara que ocultaba sus expresiones cuando yo le daba la espalda, yo notaba la cola de sus muecas, ceño fruncido y ojos en blanco. Además, era demasiado azucarada conmigo para que no resultara falsa y forzada.

Pero Mia no estaba disponible, además estaba inusualmente ocupada. Siempre llegaba tarde, al parecer porque tenía la costumbre de traspasar leyendo. Jen alababa constantemente su rutina de ratón de biblioteca, pero yo me preguntaba si eso era cierto. Si leía tanto, ¿no hablaría también de libros? Nunca lo hacía, ni siquiera cuando le preguntaba qué estaba leyendo. Había renunciado a preguntar, pues tenía la corazonada de que en realidad hacía otra cosa por la noche.

Pero si no está en casa leyendo por la mañana, ¿qué estará haciendo? Todos los días me preguntaba si Mia era realmente la persona hogareña que parecía ser fuera de su horario de trabajo en la oficina.

Odiaba la idea de que estuviera más ocupada de lo normal por culpa de aquel beso. Aún tenía que explicarle por qué había tenido que besarla. No era sólo porque quería que aquel tipo y todos los demás del club vieran que *estaba* conmigo. También me sentí impulsado a actuar con respecto a mi pregunta, cuando la puse en un aprieto y la reté sobre por qué no podíamos tener una cita en el club.

Le había pedido que me acompañara a buscar talentos. Por trabajo. Pero parecía mucho más. Cada segundo que pasaba en su compañía me parecía sobrealimentado y más excitante.

“Pero no podía ser una cita”, murmuré en voz alta mientras me incorporaba y abría los ojos ante la pantalla del ordenador.

Mia y yo no podíamos tener nada mientras ambos trabajáramos para la Dunn Enterprises. Aunque no podía dejar de pensar en la sensación de sus labios contra los míos y en las ganas que tenía de volver a besarla, no podía arriesgarme a infringir las normas de la empresa por empezar algo con ella.

Suspiré y miré la foto que tenía sobre la mesa. Recogerla me hizo sentir más cerca de ella, más cerca de aquel momento divertido que había tenido con ella.

Mi padre no lo entendería. Sencillamente, no podría creerme ni aceptarlo si me acercara a él y le dijera que quería salir con Mia. Que soñaba con besarla. Que fantaseaba con hacerle el amor y saber si era una amante silenciosa o ruidosa...

“Maldita sea”. Sacudí la cabeza y miré al techo, molesto con mis pensamientos. Me descarrilaba tan fácilmente, así. Todos esos 'y si...' entre nosotros.

Después de la forma en que Mackenzie nos engañó y nos abandonó a Jason y a mí, marchándose a trabajar para una empresa rival, mi padre no sería capaz de entender que quisiera arriesgarlo todo otra vez. Mackenzie y ese otro tipo tampoco estaban ya juntos. Ella no había filtrado secretos ni nada parecido. Simplemente había querido follar con otro y no ser madre.

Aun así, la fase de ruptura fue tensa. Había estado estresado con Jason, que enfermó un par de semanas después del parto. Mi padre seguía al mando como director general entonces, y se había enfrentado a una buena dosis de reacciones negativas por parte de los medios de comunicación.

Lo entendí. Comprendí que mis errores en el amor y la confianza habían causado dificultades. Cuando todo se vino abajo, me regañó por no haberme 'guardado las cosas en los pantalones'.

Volvería a pensar lo mismo de Mia, a pesar de la buena opinión que tenía de ella. Si fuera testarudo, seguro que me diría que la despidiera y luego vería si me quería. Y yo no podía hacer eso. Me negaba a hacerla perder su trabajo.

Una vez más, bajé la cabeza. Me froté la frente, repasando los mensajes con Jen en mi teléfono sobre un pequeño incidente que había tenido que resolver. Todos los empleados de aquí eran lo mejor de lo mejor, todos tratados con justicia y bienvenidos por sus habilidades. Mia, incluida.

“No hay otra solución”, reflexioné en voz alta.

“¿No hay forma de qué?”

Levanté la vista y vi entrar a Owen. “Nada”.

“No, no, no”. Se sentó, estirando las piernas. “Somos demasiado buenos amigos para jugar a esas tonterías. ¿No hay manera de evitar qué?”

Tenía en la punta de la lengua decirle que me preocupaba que no hubiera forma de evitar las normas de *no confraternización* que me impedían perseguir a Mia como desearía. Nos había pillado besándonos. Sabía que tenía más que curiosidad. Pero hasta ahora no había dicho ni una palabra.

Quizá fuera más prudente no sacar el tema. “No hay forma de evitar que la encargada, esa Gina, encuentre a la bailarina”, dije en su lugar.

Aunque era cierto, y había estado trabajando para encontrarla, distaba mucho de lo que realmente tenía en mente: Mia.

Owen se rio. “Es muy testaruda”.

“Protege la intimidad de sus empleados”.

Asintió. “Claro, y lo aplaudo. Pero joder, tío. Ayer pasamos por allí y le dijimos que le dijera a esa bailarina que le ofreceríamos cinco veces más de lo que ganaba en ese club”.

“Y todavía nada”. Suspiré, sintiéndome derrotado. “Yo tampoco me lo explico. Sé que hay muchas otras bailarinas, y los ojeadores me enseñan currículos de otras, pero algo en ella... me atrajo”.

“Me doy cuenta. Nunca antes habías perseguido así a alguien a quien quisieras contratar”.

La única otra vez que la simple mirada de alguien me cautivó así fue el primer día que conocí a Mia, cuando era ayudante de secretaria aquí. Un instante de contacto visual y quedé magnetizado hacia ella.

Nos impidieron seguir hablando de aquella bailarina misteriosa. Entró mi padre, todo sonrisas. “Hola. Mis dos chicos favoritos en el mismo sitio”.

Owen siempre había sido como un hermano para mí, mejores amigos y ahora colegas. Como era huérfano y nunca había tenido padre, no parecía importarle tener una figura paterna aquí. “¿Qué pasa, Eddie?”

“Sólo venía a preguntarte si vas a llevar a alguien al picnic familiar de la empresa”. Se metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre los talones. “Quería pasarme después de comer con unos jubilados que mencionaron que se iba a celebrar”. Me sonrió. “Traerás a Ann, ¿verdad?”

“Sí, ¿qué te parece Ann?” preguntó Owen.

Desde aquella noche en el club, había recibido una larga explicación mía sobre lo poco que me interesaba la rubia. Que ahora se burlara así de mí era cruel.

“No”. Negué con la cabeza y crucé las manos sobre el escritorio. “No voy a traer a nadie. No tengo tiempo de invitar a nadie. Mia y yo nos ofrecimos a encargarnos del puesto del bar”.

Allí tendré ocasión de hablar con ella.

“Además”, añadí, “Jason y Laura estarán allí como siempre. Quiero asegurarme de que ellos también se diviertan”.

Mi padre se encogió de hombros. “Yo también estaré allí. Puedo vigilar a Jason. Y luego podemos preguntar por ahí y hacer que Jen intercambie algunos voluntarios. Podrías hacer de *barero* con Ann”. Su sonrisa esperanzada era tan brillante, pero tan equivocada.

¿Es que no tenía ni idea? ¿No percibía mi falta de entusiasmo por Ann?

Puse los ojos en blanco. “Ann *no* parece el tipo de persona que querría aguantar el calor y servir bebidas sin cobrar”.

Frunció el ceño. “Seguro que puede ofrecerse voluntaria...”

“¿Por qué iba a hacerlo?” No me echaba atrás. Le quería, pero no iba a ser una completa pusilánime para hacerle feliz. Me pidió que le enseñara la ciudad y traté de hacerlo. Ser cortés era una cosa, pero le había dicho a aquella mujer que no estaba disponible.

“No es una empleada de la Dunn. No está afiliada a la empresa. Y no es de la familia”. Gruñí una leve carcajada. “¿Qué necesidad tiene Ann de estar allí?”

La irritación se apoderó de mi rostro. Lo vi claramente reflejado en su ceño fruncido y en lo rápido que se llevó los puños a los costados. “Maldita sea, Henry. Apartas a todas las mujeres”.

“No *busco* a ninguna mujer, papá”.

“¿Por qué?” Apoyó las manos en el borde de mi escritorio. “Sé que quieres una familia. Jason también. Y yo también. ¿Por qué estás tan malditamente indeciso y reacio a hacer de eso una posibilidad?”

Owen se aclaró la garganta. “¿Sabes qué? Si Ann realmente quiere ir a ese picnic, puedo enseñárselo yo un rato”.

Papá exhaló largo y tendido, agraviado, una vez más.

Pero no podía decirle la verdad. La *auténtica* verdad.

No quería a ninguna mujer que me empujara porque no era Mia.

Ella era la única a la que querría, y no tenía forma de conseguirla.

“Gracias, Owen”, murmuró papá, lanzándome aún una mirada decepcionada. “Ya se lo he contado y todo”.

“Sí, claro. Estaré allí, y no me he apuntado a ningún puesto de voluntario”.

Papá se marchó un momento después, pues tenía que atender una llamada de su agente de bolsa, y mientras se iba, Owen me miró extrañado. Como si sospechara que pasaba algo. En cuanto se cerró la puerta, se encaró conmigo. “De acuerdo. ¿Qué te pasa? Te vi besando a Mia en el Danger. Estás actuando con cautela...”

“No estoy actuando con cautela”.

“...y no puedes soportar la idea de estar cerca de Ann”.

“¿Tú puedes?” Resoplé. “Te agradezco que aceptes un golpe por el equipo y todo eso, pero de verdad, no tienes por qué sacrificarte para ir a ese picnic con ella”.

“Si no hubiera intervenido así, tu padre habría seguido presionando. Ahora creo que sé la razón por la que alejas a todas esas mujeres. Creo que adivino por qué ninguna de las citas que trae para conocerte dura”.

Mantuve los labios cerrados mientras me miraba fijamente.

“¿Qué ocurre, Henry?” Se acercó más y apoyó el codo en mi escritorio. “¿Es por Mia? Sé que te vi besarla. Creo que Ann también lo vio”.

Asentí, sintiéndome mucho más ligero por admitirlo al fin. “No puedo dejar de pensar en ella. En querer algo más con ella”.

Arrugó la frente. “¿Desde cuándo?”

Me burlé. “Desde siempre”.

“No. Me refería a cuánto tiempo llevas pensando en enrollarte con ella”.

“No quiero enrollarme con ella. Quiero...”

Gimió, pasándose la mano por el pelo. “Mierda. Henry. Venga ya. Ya pasaste por esto con

Mackenzie. No puedes estar diciéndome en serio que quieres repetir la historia y volver a acostarte con alguien de la oficina”.

“Mackenzie se me echó encima. Me persiguió. Y no es lo mismo en absoluto. Mackenzie fue un ligue. Mia no lo sería”.

Frunció el ceño con fuerza, mirándome como si yo fuera la mayor idiota del mundo. “Estás jugando con fuego”.

Lo estaba, pero ya no había forma de salir de las llamas.

Mia estaba grabada en mi alma, y no me sentiría completo hasta que supiera a ciencia cierta que no podíamos estar juntos.

MIA

Aunque mi nerviosismo por tener que hablar con Henry persistía, me desperté emocionada por el picnic anual de la empresa Dunn con toda la *familia*. Caía en la siguiente noche de videojuegos, pero dudaba que a Jason le importara perderselo. Le encantaba el picnic, como a muchos otros. Los empleados traían a sus familias. Muchos incluso trajeron a sus perros. Era una auténtica reunión familiar, y no escatimaron. Alquilaron un enorme parque, con puestos de comida, una zona de cervecería al aire libre, muchos juegos, atracciones y actividades para los niños. Las bandas se turnaban en la pista de baile dispuesta, y los otros juegos más divertidos para adultos, como el lanzamiento de tartas en el que Henry y yo nos habíamos divertido anteriormente, eran una atracción.

A veces me entristecía ver a mi 'familia' de la oficina con familias de verdad. Yo no tenía a nadie. Ni padres ni abuelos. Ni hermanos ni primos. Ni siquiera una tía o un tío. Sólo estaba yo, y ver a otros con seres queridos encendió aún más una brasa de angustia.

Aquel año no tendría tiempo de estar triste ni de lamentarme. El puesto de cerveza en el que Henry y yo nos habíamos asociado como voluntarios estaba lleno. No me sorprendió. Este picnic rivalizaba en espíritu con la fiesta de Navidad. Entre bromas y risas, caímos en las exigencias aceleradas de servir bebidas. Ni siquiera tuve tiempo de preguntarle por el beso. Sospechaba que él también quería hacer un seguimiento sobre aquella hora de la comida en la que Ann hizo llorar a Jason. Hasta entonces no habíamos encontrado un momento para simplemente hablar, y tampoco lo encontraríamos aquí.

“Estás derramando. Se derrama. Alerta de derrame!” Le dije, las advertencias cada vez con más volumen.

Maldijo en voz baja, apresurándose a abrir el grifo de una cerveza tras coger otra manga de vasos de plástico del lateral del mostrador.

Me reí, demasiado divertida cuando volcó otra bebida en su prisa por apartar el vaso.

“Te estás volviendo descuidado ahí detrás, jefe”, se burló alguien mientras esperaba una copa.

“Aquí hace calor”, bromeó Henry con buen humor.

“Más bien hace vapor”, añadí mientras volvía a echarme el pelo sudoroso detrás de la oreja.

“¡Entonces supongo que no puede ser tan malo si los dos lleváis más cerveza de la que servís!” Se burló otro.

Moví la manivela de un grifo demasiado deprisa, salpicando espuma que saltó por los aires. “¡Uy!”

Henry se rio, acercándose para pasarme el dedo por la barbilla. “Ahí tienes un poco”.

Con todas las bebidas servidas y nadie al otro lado del mostrador, por fin tuvimos un momento para respirar. Para ponernos al día. Para simplemente existir. Y lo hicimos con él clavándome una mirada intensa y ardiente mientras me pasaba el dedo por la piel y luego lamía la espuma de la yema.

Ay. Socorro. Ay. Dios. Juré que las rodillas se me habían vuelto de goma. Me sentí temblorosa e inestable, tan excitada y animada por su mirada acalorada.

“Gracias”, respondí, preguntándome si sonaba tan jadeante e impotente ante aquel deseo como parecía.

“Me alegro de que estés aquí”. Se acercó más, pareciendo escrutar mi rostro. “Conmigo”.

“Aunque nada es mejor que ofrecerse voluntario para supervisar el puesto de lanzamiento de tartas”.

Dio un paso más hacia mí. Si seguía acercándose, estaría en *mi* espacio. Al alcance de la mano para besarme. Me lamí los labios, miré los suyos y una oleada de deseo me sorprendió.

Había fantaseado con ese hombre. Había soñado con él. Pero en aquel momento... Tan cerca y aparentemente sola por una casualidad en esta tienda a la sombra... Me sentía en carne viva y rabiosa de lujuria hasta el punto de empezar a babear o jadear.

“Me estoy divirtiendo”, confesó. “Contigo”.

“Yo también.”

“¿También te diviertes contigo?” Extendió la mano y su dedo se movió en el aire para conectar con el mío, pero pareció pensárselo mejor y lo bajó antes de hacer contacto.

“Yo también me divierto contigo”, aclaré, empujándole ligeramente el pecho.

Fue rápido, levantando la mano para mantener la mía presionada allí. Bajo la camiseta que se tensaba sobre sus músculos, su corazón se aceleró. Presioné más fuerte, apenas, con la punta de los dedos para sentir el golpe constante y rápido.

No era la única. Él experimentaba la misma tensión, la misma excitación y emoción que yo al estar solo y cerca.

“Tu corazón va muy rápido”, le dije. “Creía que tanto correr te haría estar en forma y delgado. Corazón sano y todo eso”.

Tragó saliva, reclamando el último pie que se interponía entre nosotros. Casi a ras de él, mi mano se mantuvo cautiva bajo la suya sobre su pecho, parecía una alternativa íntima a un abrazo. Nuestros brazos apretados, el único amortiguador entre nosotros, pero con el ardor fundido de sus ojos azules clavados en mí, me sentí atada y ligada a él, a ese deseo que chisporroteaba y crepitaba entre nosotros como un cable en tensión.

“Por supuesto, está corriendo. Estoy a punto de...”

“¡Eh, eh, eh!”

Me estremecí al oír una mano golpear el mostrador de madera. Henry suspiró, cerró los ojos un momento y soltó una palabrota. Di un salto hacia atrás y me giré para mirar a Owen.

“¡Eh!”

“¿Tienes sed?” Preguntó Henry con ironía, como si deseara poder darle un puñetazo a su mejor amigo por interrumpirme.

“Sí, creo que sí. Lo que tengas de barril”. Owen me sonrió. “¿Cómo va todo hasta ahora?”

“Mucho trabajo, pero divertido”. *Aunque me hayas impedido recibir otro beso del hombre de mis sueños.* “Pasándolo bien fuera de...”

“Necesito un mojito. Ahora mismo”. Ann se acercó a la barra desde detrás de Owen. Se detuvo a mirar con el ceño fruncido a los ruidosos y alborotados *picnickers* que nos rodeaban, de fiesta como a nosotros nos gustaba. Me miró por encima de sus gafas de sol y resopló, como si yo fuera una incompetente contratada. No una persona.

“¿Un mojito?” Owen soltó una risita, siempre dispuesto a calmar cualquier situación. “No, necesitas una bebida de picnic”.

“¿Una *cerveza*?” Se burló Ann. “No lo creo. Un mojito. Ahora mismo”.

“¿No, *por favor*?” Repliqué, devanándome los sesos para saber cómo se hacía un mojito. Recordé que Gina había dicho una vez que tardaban mucho en hacerse, así que casi nunca los pedía.

“Dudo que tengamos todos los ingredientes para crear un mojito”, dijo Henry, dándole a Owen su cerveza. “Piensa en algo más sencillo”. Luego chasqueó los dedos y señaló a su amigo. “De hecho, quizá vosotros dos podríais sustituirnos un momento”. Se tiró del cuello de la camiseta. “Nos vendría bien descansar un rato. Así podréis ver lo que hay aquí detrás para preparar la bebida que queráis”.

“Claro. Puedo hacerlo. No te importa, ¿verdad?” Owen se encaró con Ann.

“¿Qué?” Ella hizo una mueca. “¿Esperas que trabaje?”

“De voluntaria. ¿Recuerdas que decías que el voluntariado es tan importante para ti como la filantropía?” Henry me cogió de la mano y me guio hasta la trampilla de salida de la tienda.

Owen se reunió con nosotros allí, y Henry le palmeó la espalda. “Te debo una”, dijo en voz

baja.

Ann seguía lloriqueando, siguiendo a Owen mientras éste le decía a Henry: “Sí, joder, me la debes. Ahora lárgate y diviértete”.

“Gracias”, le susurré a Owen mientras Henry tiraba de mí para alejarme de la tienda. No me soltó, y yo no tenía prisa por corregirle. La libertad sabía dulce y con su tacto, sus dedos enredados en los míos, me sentía positivamente mareada aquí fuera.

“Tarde o temprano nos tocaba un descanso”, razonó Henry.

“Oye, no tienes que justificármelo. Aunque me sabe mal por él”. Señalé los puestos de comida. “¿Quieres ir a cenar?”

“¿Me estás invitando a salir?” Bromeó antes de soltarme los dedos.

Ojalá. Realmente deseaba tener la valentía de hacerle semejante jugada e ir a por lo que quería, al margen de las políticas laborales.

“¿Barbacoa o simplemente hamburguesas?” Preguntó.

“Tú eliges”.

Me guio hacia las hamburguesas y ambos saludamos a la gente al pasar. Una vez en la cola, se volvió hacia mí, no hacia delante. “¿Qué fue todo eso de la semana pasada?”

Bajé los ojos. Tenía que ser mucho más concreto.

“Con Ann, y Jason llorando por lo del internado. Cuando le pregunté al día siguiente, cuando se había calmado, me dijo que ella le había dicho que quería que se fuera y se marchara”.

“Sí. Laura tenía que recoger sus medicinas, y me ofrecí a vigilarlo en el trabajo hasta que volvieras para llevarlo a comer. Estaba dando vueltas en mi despacho”. Me encogí de hombros. “Nada del otro mundo, sólo esa energía que tienen los niños pequeños, y ella parecía molesta. Chocó accidentalmente con ella un par de veces y ella soltó esa ridícula tontería de que debería haber enviado a un internado”.

Sacudió la cabeza. Tenía los labios apretados en una firme línea de desaprobación ante mi testimonio. Aunque sabía que se enfadaría por lo que ella había dicho, no quería que lo hiciera. Quería que volviera el Henry feliz. Era tan raro que pudiéramos divertirnos en un entorno como éste que quería ser egoísta y disfrutar de cada segundo.

“La puse en su sitio y la regañé. Pero maldita sea, en cuanto él empezó a llorar, se me rompió el corazón en pedazos. No se merece que le digan que no le quieren o que no debe estar allí, que deberían echarle por ser un niño inquieto”.

“Gracias”. Me miró a los ojos, dejándome ver toda la sinceridad y honestidad de sus palabras. “Siempre puedo contar contigo para que le defiendas”.

Levanté la barbilla, indicándole que avanzara en la fila. Lo hizo, retrocediendo para poder seguir mirándome.

“Espero que mi padre desista de que ella ande por ahí. He sido claro. No le he dado ninguna indicación de que me interese”, dijo.

“Me doy cuenta”.

Me estudió, sonriendo lentamente con una mirada malvada en los ojos. “¿Ah, sí? ¿Cómo es eso?”

“No la animas. Le dices que no es una prioridad”. Me reí ligeramente. “Para cualquier otra mujer que no sea una cazafortunas empeñada en enganchar a un hombre, ésas son insinuaciones bastante fuertes”.

“¿No crees que el hecho de que me viera besándote no le daría una pista?”

Miré a mi alrededor, comprobando quién estaba en la cola. Mis mejillas se calentaron mientras un rubor se apoderaba de mi rostro.

“No me he olvidado de eso”, dijo, cogiéndome el codo cuando me adelanté en la fila. Su tacto nos mantuvo cerca, moviéndonos como uno solo.

“Yo tampoco”. Respiré hondo para armarme de valor y preguntar: “¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me besaste?”

“Porque no se me ocurrió una buena razón para no hacerlo”. Sonrió, divertido. “¿Por qué me devolviste el beso?”

Tragué saliva, con la boca tan seca de repente. “Por lo mismo. No se me ocurrió por qué no”.

Su risa era grave y traviesa, pero no me presionó. Cogimos nuestra comida y comimos cerca de la música. Hablar de que nos habíamos perdido la noche de los videojuegos nos hizo lanzarnos a otro amable debate sobre quién batiría el récord de quién. Al poco rato, habíamos terminado con nuestra comida. Arrugué los envoltorios y miré a la gente de la pista de baile.

“No sé tú, pero yo no tengo prisa por volver a esa cabina de bar”.

Sacudí la cabeza y perdí la pelea con una sonrisa. “Yo tampoco”.

“¿Quieres que vayamos al puesto de pasteles a ver cómo va por allí?”

Me puse en pie, tirando nuestra basura en el cubo cercano. “No”. Incliné la cabeza hacia la música. “Quiero bailar”.

Se levantó, siguiéndome, y encontramos un rincón donde podíamos bailar al ritmo de la banda en directo. No se parecía en nada al tipo de música con la que solía bailar al Danger. Pero era música. Sentí el ritmo y me tentó a soltarme y simplemente ser. A disfrutar y abrazar el ritmo que fluía hacia mí. Henry no se quedaba atrás. No era un gran bailarín ni mucho menos, pero no se arrugaba al bailar conmigo. Sólo se desconcentraba cuando alguien se acercaba a saludar.

Con el tiempo, las canciones cambiaron. Sonó una canción más alegre y nueva, y aunque no era exacta a cómo la escribió o interpretó el artista original, el grupo tampoco la destrozó.

“Joder”. Henry sonrió, mirándome y moviéndose menos. Permanecimos juntos, pero cedí a la

tentación de moverme de verdad, de dar la bienvenida a mi cuerpo para que siguiera el ritmo y mantuviera el tempo. Entraron en juego más de los movimientos que tenía que utilizar en Danger, pero me limité a hacer freestyle, dejando que la música me controlara como solía hacer cuando era más joven.

Cuando era niña, iba a clases de baile. Cuando me hice mayor, seguí con ello, en equipos de baile en el instituto y también de animadora. Siempre me había gustado bailar. No era sólo un trabajo para mí, y como en aquellos momentos en que estaba en el escenario, me regocijaba en la emoción de moverme al ritmo de la música y dejar ir todos mis pensamientos y preocupaciones.

Perdí la noción del tiempo mientras bailaba, pero cuando noté que Henry me miraba de forma extraña, me di cuenta al instante de mi error. Me observaba atentamente, con una expresión extraña y confusa en el rostro, como si intentara descifrar algo.

A mí. Me di cuenta con claridad aterradora de que tenía que estar pensando en cuando bailé en el escenario de Danger. Me movía de forma bastante parecida. Si estaba tan enganchado a encontrarme como decía Gina, ofreciendo constantemente más dinero para que la bailarina 'misteriosa' fuera a trabajar a su nuevo club que abría en Miami, recordaría exactamente cómo bailaba yo.

Mierda. Mierda. Mierda. No quería que sintiera demasiada curiosidad. No quería que preguntara. Tenía que mantenerlo todo separado.

“¡Papá!”

Jason estaba allí, corriendo hacia nosotros, y solté una profunda y larga exhalación de alivio.

Gracias, chaval. Aquel chico me había salvado. Había aparecido y se había lanzado hacia nosotros justo a tiempo.

“¡Eh!” Henry lo atrapó y le dio unas vueltas. “¿Te diviertes?”

Laura se acercó más, sorbiendo una copa y bailando hacia nosotros. “Claro que sí”. Me guiñó un ojo mientras me saludaba. “¿Y tú, Mia? ¿Te lo estás pasando genial?”

“¡Sí!” Cogí la mano de Jason, lo hice girar en círculo y lo acerqué a mí. Durante la hora siguiente, bailamos, bromeamos y reímos en grupo.

A pesar de un largo bostezo mientras su energía se desvanecía rápidamente, Jason suplicó otra ronda de juegos.

Laura negó con la cabeza. “Mira qué tarde es. Tenemos que llevarte a casa y al baño para quitarte el algodón de azúcar del pelo antes de acostarte”.

“¿Puedes acompañarnos?” Me preguntó Jason.

Me tensé, sólo un poco, ante su pregunta. Últimamente me pedía cada vez más que fuera a su casa, y yo no estaba segura de poder mantener esas sonrisas y fingir que todo iba bien. Cada vez que iba a casa de Jason y Henry, sobre todo para vigilar a Jason en un apuro, caía más profundamente en la fantasía de desear quedarme allí. Que pudiera ser *nuestro* hogar, juntos,

donde pudiera elegir cebollas en los bocadillos preenvasados o comidas para Henry como él prefiriera. Donde pudiera seguir a Jason y recoger sus zapatos que siempre perdía. Y donde podrían dejarme acomodarme en aquel sillón de felpa junto a la chimenea cuando quisiera leer en los días lluviosos. Era demasiado fácil imaginarnos juntos así, y saber que no era más que un sueño me partía el corazón por la mitad.

“Mia y yo tenemos que quedarnos y ayudar a limpiar”, le dijo Henry.

“Sí. Tenemos que terminar con las cosas del picnic”, le dije.

En realidad, venía un equipo a hacer eso. Habían contratado a una empresa para que se encargara del desmontaje y la limpieza, pero me imaginé que al menos tendríamos que consultarlo con el puesto del bar que habíamos echado a Owen y Ann. Como los dejamos allí, aparecieron otros voluntarios programados. Curiosamente, no vi a Owen ni a Ann en ningún otro sitio durante el resto de la noche.

Quizá me estaba divirtiendo demasiado como para fijarme en ellos. O quizá Owen era realmente tan bueno manteniendo alejada a la mujer decidida.

Después de despedirnos de Jason y Laura, caminamos por el recinto del picnic para comprobar que todo estaba en orden. Los miembros del equipo del lugar de alquiler ya estaban al mando, desmontando tiendas y apartando mesas y sillas.

Parecía que estábamos estorbando mientras pasábamos para echar una mano en la limpieza siempre que podíamos. Al final, nos dimos por vencidos y volvimos caminando hacia el aparcamiento. Yo había cogido el metro y luego había venido andando, pero Henry conducía y su coche estaba esperando aquí.

“Me lo he pasado muy bien esta noche”, dijo mientras caminábamos.

La multitud se había reducido al terminar el picnic. Mientras ayudábamos a desmontar y limpiar, la mayoría se había marchado. Sólo estábamos él y yo, solos. Y me entristeció que no intentara cogerme la mano.

No debería. Es tu jefe.

“Sabes...” Me miró, sonriendo. “Laura ya se ha llevado a Jason a casa”.

“Uh-huh...”

“No estoy seguro de estar preparado para dar por terminada la noche”. Se detuvo junto a su coche, mirándose con una expresión ligeramente nerviosa. Como si esperara con la respiración contenida lo que yo dijera.

“Yo tampoco”. Ya le había dicho a Gina por adelantado que aquella noche no trabajaría en el Danger. Aún era pronto, comparado con mi costumbre de bailar hasta tarde varias veces a la semana.

Abrió el coche, pero no entró. A lo lejos, sonaba otra banda. Seguramente estaba instalada en un bar cercano al parque, pero la música llegó hasta nosotros.

“Pues que siga la diversión”. Me cogió de la mano y tiró de mí para acercarme, luego me soltó dando una pequeña vuelta.

“Me parece un plan”. Bailamos una vez más, los dos solos, casi en solitario en aquel aparcamiento con música en directo de fondo. A pesar de la puesta de sol y de la oscuridad que llenaba el cielo, teníamos luz de sobra para vernos y saber dónde pisar en esta grava.

Nos acercábamos cada vez más, atraídos el uno por el otro en este vínculo inexplicable. Antes de que pudiera detenerme lo suficiente para preguntarme cuándo había ocurrido, estaba en sus brazos. Me estrechó contra sí y yo pasé los brazos por encima de sus hombros para aferrarme a él también.

“Ahora esto no es tan malo”, dijo, irritándose con aquel gruñido ronco y grave. “Tú y yo. Sólo nosotros”.

Asentí, me encantaba la idea. Solos. Sin interrupciones ni reglas que nos separaran.

Mirándole fijamente a los ojos, me sentí arrastrada por una atracción de deseo tan potente que me convencí a mí misma de que debía probar una teoría hipotética.

Si le beso otra vez...

Suspiré mientras levantaba la mano, siguiendo la idea y actuando en consecuencia antes de perder los nervios. Gruñó ligeramente cuando chocamos y mi boca se pegó a la suya. Me dejé llevar por el cosquilleo de apretar mis labios contra los suyos y lo besé con toda la frustración y la necesidad contenidas durante demasiado tiempo.

... ¿Cómo reaccionará?

HENRY

Cerré los ojos, saboreando el contacto con la boca de Mia. Me sorprendió tomando la iniciativa de besarme, de hacer un movimiento y buscar mis labios.

Demasiado pronto, justo cuando me invadía el calor, ese deseo ardiente y furioso que no podía detener, se dejó caer sobre las puntas de los pies y me miró.

Vi la indecisión. La preocupación. Pero también la intensa necesidad y la excitación apenas contenida.

Dejé que una lenta sonrisa se dibujara en mis labios y ella me imitó. Hechizado, vi cómo me devolvía la sonrisa. Luego deslizó la mano por mi nuca hasta que sus dedos se metieron en mi pelo. El momento de vacilación pareció más bien una comprobación, una verificación de que aquello estaba ocurriendo de verdad. Que se había atrevido a besarme. Después de que la tensión entre nosotros aumentara gradualmente, había cedido. El lento aumento de la conciencia había centelleado entre nosotros mientras bailábamos, los dos solos.

Y yo también tenía la intención de rendirme a ella.

Tiró de mi cabeza hacia la suya. La rodeé con mis brazos para abrazarla más fuerte. Juntos, nos dimos un beso más lento y perezoso. Me aturdió. Me quemó. La sensación de tenerla en mi abrazo y sus labios en los míos me sentó demasiado bien.

Joder, sí.

No podía saciarme de su necesidad de mí.

Una y otra vez, rozó su boca con la mía, exigiendo otro beso y otro. Cada uno de ellos me ponía más duro. Cada vez que emitía un pequeño maullido o un leve gruñido de deseo, me aferraba más a ella.

Me sujetó la cabeza, manteniéndome inclinado para que no nos perdiéramos ni un momento del beso. La apreté contra mí para que no se retirara definitivamente.

Era irreal, besarme con aquella mujer con la que temía no tener ninguna oportunidad. Mientras nos besábamos y nos abrazábamos, se apoyó en mi guía mientras la acompañaba de

vuelta a mi coche. Una vez la tuve enjaulada contra el lateral, rechinando contra ella, jadeó contra mi boca y apretó con los puños la parte delantera de mi camiseta.

Nos besamos. Y nos besamos.

Nunca quise parar. Aquella energía cargada de deseo me vigorizaba. La lujuria se apoderó de mí cuando ella abrió más los labios para que pudiera saborearla de verdad. Su lengua entró en juego, buscando la mía y explorándola. La devoré, castigando sus labios con tal fuerza que no podía imaginarme dando un paso atrás.

Había besado a mujeres, a muchas mujeres, pero ninguna había conectado conmigo así. Ninguna me había vuelto loco de necesidad carnal como Mia.

El uno sobre el otro, incapaces de separarnos, permanecemos con los labios pegados. Nadie nos vería. Todo el mundo se había ido. La tenía toda para mí y no pensaba retroceder ni un milímetro. Sus pechos empujaban contra mi pecho, provocándome con el deseo de que pudiera verlos. Diablos, me conformaría con sentirlos, pero no quería hacerlo aquí, en medio de un parque donde cualquiera podría vernos desde la calle. Cuando empujé mis caderas contra las suyas, ella amplió su postura y mantuvo las piernas abiertas. Eso me proporcionó el ángulo perfecto para clavarla contra el metal, inmovilizándola para que pudiéramos besarnos y recuperar todo el tiempo perdido en el pasado.

No fue un error. No era un momento casual. Los dos estábamos dentro. Me tragué sus gemidos y ella me enmarcó la cara para que siguiera siendo dulce.

Era innegable que las cosas estaban cambiando entre nosotros, y yo estaba de acuerdo.

Cuando jadeó y dejó caer la cabeza sobre el coche, me di cuenta de que tal vez no lo estuviera.

“Espera”.

Maldita sea. Mierda. Por favor, no pares. Asentí con la cabeza. Sin embargo, la esperaría. Sentía que ya lo había hecho, excediendo mi paciencia, pero no había ni una sola cosa que esta mujer pudiera pedir que yo no hiciera realidad.

Fruncí el ceño, casi haciendo un mohín, cuando asomó la punta de su lengua. Se la pasó por los labios, humedeciéndoselos mientras recuperaba el aliento, y me pregunté si lo hacía para tomarme el pelo.

“Es que...” Sonrió, hermosa y sincera. “Sólo necesitaba un momento para recuperar el aliento”.

Gracias a Dios. Habíamos estado privándonos mutuamente de oxígeno de aquella manera.

“Nosotros...” Tragó saliva y trató de recuperar la compostura sin separarse de mí. Su mano permaneció en mi nuca, manteniéndome cerca. “Yo... Sí. Necesito un momento”.

Me incliné para darle un beso en la frente. “Un momento de descanso tiene sentido”. Apartarme de ella era una tortura, pero lo soporté. “¿Qué tal si te llevo a casa?”

Asintió, cogiendo la mano que le tendía. “Sí. Gracias. Eso... sí”.

Me reí ligeramente para mis adentros, divertido de que el mero hecho de enrollarnos así pudiera freír un poco su cerebro y su poder mental. Estaba desconcertada hasta el punto de no hablar bien. Yo también lo estaba, pero me negué a retroceder.

Subimos a mi coche y, cuando nos abrochamos los cinturones y me dispuse a conducir, la miré. La encontré mirándome, extrañada y divertida.

“¿Qué estamos haciendo, Henry?” Se llevó un dedo a los labios, casi como si le costara entender que realmente nos habíamos enrollado así, desesperados y necesitados.

“No lo sé”, admití. “Siempre he querido besarte así”. Aparté la mirada de la carretera para volver a mirarla. *Besarte así y mucho más.*

“Pero las líneas se están difuminando entre nosotros”.

Asentí. “No me importa. No me puede importar. No cuando se trata de ti”. Me alegraba demostrarle lo que sentía por ella, pero decirle que la deseaba desde hacía años sería insinuarme demasiado, demasiado pronto.

“¿Y las normativas del trabajo? Todas esas políticas éticas y lo de no tener citas y tal”.

“Ahora no estamos trabajando, ¿verdad?” Le sonreí mientras ella se ruborizaba de nuevo.

“No, no lo estamos”, convino.

Internamente, tuve que encogerme. Ya no estábamos en horario de trabajo, pero eso apenas importaba. Evidentemente, las políticas de no confraternización estaban en vigor para que la gente no se liara en la oficina y tuviera polvos rápidos por todas partes, pero era una cláusula general que los empleados no se enrollaran en absoluto.

Diablos, yo fui la razón por la que se promulgó esa política en primer lugar. Si Mackenzie se hubiera tomado mejor la ruptura y no hubiera causado tanto drama y conflictos, apuesto a que no se habrían establecido ninguna de esas normas.

Permanecimos en silencio durante el trayecto hasta el apartamento de Mia, pero no fue un silencio incómodo. Ella seguía echándome miraditas, casi tímida y cohibida, y yo me esforzaba por concentrarme en la carretera. Aparqué pronto y la acompañé hasta la puerta.

Se detuvo allí, tomándose su tiempo para abrirla. Cada vez que me miraba, me sentía más cerca. Me sentía más necesitado. Su deseo se reflejaba claramente en sus ojos, en su respiración entrecortada y jadeante. No podía dejar de mirarme con aquella hambre cruda, y supe que no me alejaría.

Estábamos en equilibrio inestable en el límite entre el bien y el mal. Era una línea muy fina, y tenía tantas ganas de caer con ella. Fuera como fuera. Me sentía bien estando con ella, como si encajáramos, pero también era consciente de que estaría mal visto.

Era mi secretaria. Una amiga. Pero ninguna de las dos cosas tenía sentido con el anhelo que me atraía hacia ella.

“¿Quieres entrar?” Apoyó los dientes en el labio inferior al preguntar, mirándome con ojos confiados y tan brillantes de lujuria.

“No hay ninguna posibilidad de que me vaya, Mia”. Me acerqué para besarla, sintiendo la sonrisa en sus labios cuando los junté con los míos. Abrió la puerta mientras me devolvía el beso y entramos juntos.

La acompañé hacia atrás, conduciéndola al interior. Con nuestros labios entrelazados, nuestras manos el uno sobre el otro mientras luchábamos por borrar cualquier distancia entre nosotros, nos movimos como uno solo. Tuve la previsión de detenerme lo suficiente para cerrar la puerta tras de mí, y ella se arqueó, empujando mi espalda contra el panel de madera que había cerrado.

“Esto es una locura”, susurró contra mis labios mientras la estrechaba entre mis brazos.

Asentí y le devolví el beso. “Sí, lo es. Pero no me canso de hacerlo”.

Sonrió mientras la llevaba hacia su dormitorio. No había estado aquí tan a menudo. Una vez nos pusimos al día con el papeleo en su pequeña cocina hasta bien entrada la noche. Era un lugar tan pequeño que no podía equivocarme de camino.

“No me canso de ti”, me respondió mientras nos bajaba a su cama.

Como su apartamento, era pequeña. Sin embargo, nos contenía. Nos dejamos caer juntos y, mientras reanudábamos los besos hasta que el aire dejó de ser relevante, la coloqué de espaldas mientras yo me tumbaba de lado.

Me cogió la cara mientras me inclinaba sobre ella, manteniéndome donde quería. No quedaba distancia entre nosotros, pero aun así, no era suficiente.

Quería saborear el calor de su cuerpo junto al mío. Sobre el mío. A mi alrededor. Ahora que estábamos *aquí*, solos, y que por fin podíamos hacer realidad ese deseo que tanto me había quemado durante tanto tiempo, estaba desesperado por saborear cada centímetro de su suave piel.

“Dime que pare”, le dije mientras movía la mano desde su cadera hacia la cremallera de sus pantalones cortos.

Ella respondió arrastrando mis dedos hacia allí más deprisa, metiéndolos bajo su cinturilla. “Ni se te ocurra”, dijo exhalando entrecortadamente.

“Mia...” Descendí más sobre ella, utilizando mi pierna para animarla a separar más las suyas. El ángulo más abierto me permitió bajar la cremallera de sus calzoncillos y deslizar los dedos hacia abajo. Húmedos y pegajosos. Ya estaba mojada, excitada y goteando para mí hasta el punto de que las bragas se le pegaban desordenadamente.

En cuanto le pasé los dedos por la raja, jadeó y me chupó la lengua. Aún no habíamos dejado de besarnos. Llegados a este punto, no sabía si alguna vez podría hacerlo. Sería un infierno abstenerme de desear sus labios sobre los míos, su lengua batiéndose en duelo con la mía.

Sin embargo, a medida que exploraba más, ella perdía la determinación de devolverme el beso con la misma fuerza, de ser tan exigente. Introduje los dedos en su calor húmedo y apretado. Me succionó, ávida, y no tardé en darle lo que necesitaba.

Se echó hacia atrás, con los ojos cerrados y el aspecto de una diosa del sexo, toda mía, hermosa y vulnerable, entregándose a mí.

Gruñí mientras bajaba la boca hasta su pecho, chupándole el pezón a través de las finas capas de su camiseta y sujetador.

“Oh, joder. Henry...” Gimió, manteniendo los ojos cerrados mientras tiraba de su ropa para subírsela. Seguía con la camisa y el sujetador puestos, pegados al cuello, pero no perdí ni un segundo en cerrar los labios sobre su pezón y chupar aquel duro *botón*.

Entre el dedo que le metía en el coño, el pulgar que le frotaba el clítoris y mi boca en su pecho, no duró mucho. Sujetó mi cabeza contra su pecho mientras arqueaba la espalda, empujando sus tetas hacia mí. Sus piernas temblaban y se agitaban por la fuerza del orgasmo. Pero fue su largo y grave gemido de placer lo que realmente lo hizo por mí.

Se corrió, tan desinhibida y salvaje, maldiciendo y pronunciando mi nombre. Respirando con dificultad, intentó seguir la embestida de placer que *yo le daba*. A mí. Su jefe. Su amigo. Su... Joder, ahora no era el momento de pensar siquiera en lo mal que estaba esto, en lo prohibido que sería cualquier orgasmo entre nosotros.

Mi polla se tensó bajo los calzoncillos y los bóxers, dolorosamente dura. Había goteado precum, pegándose a mi ropa. Mientras me inclinaba hacia ella, besándole la mandíbula mientras cabalgaba las olas restantes de su clímax, le acaricié suavemente el sensible coño, provocando un poco más su entrada.

Ver su sonrisa de felicidad quedaría grabada para siempre en mi mente. Verla así, tan feliz y contenta gracias a mí, siempre sería uno de mis recuerdos más preciados.

“Yo...”

Sonó mi teléfono y la interrumpí. Abrió los ojos cuando me estremecí, mirándola.

“Es Laura”, dijo, consciente del tono de llamada específico que tenía para mi vecina.

“Sí”. Suspiré, deseando que no nos interrumpieran. “Quédate aquí. Así”. La besé con fuerza, chasqueando los labios mientras retiraba la mano de sus calzoncillos, que ni siquiera me había detenido a bajar la cremallera.

Me sonrió mientras me ponía de lado para sacar el móvil del bolsillo. “No me voy a ninguna parte”. Levantó la pierna y frotó el muslo contra mi erección.

Gemí antes de contestar por el altavoz. Sólo porque parecía demasiado caliente, demasiado tentadora, bajé para besarla mientras sonaba la llamada.

“¿Henry?” contestó Laura. “Menos mal que has cogido”.

Su tono preocupado me puso inmediatamente de los nervios. Mia también lo oyó, me empujó

hacia arriba y frunció el ceño.

“¿Qué pasa?”

“Oh, Jason...” El sonido de un vómito llegó desde el fondo. “Creo que tiene un bichito o algo así. Antes estaba un poco perezoso y no comió mucho en el picnic. Tiene un poco de fiebre y está vomitando. Pobrecito”.

Suspiré, odiando que mi hijo estuviera enfermo. Mi segundo pensamiento fue egoísta, deseando que esto hubiera ocurrido en cualquier otra noche que no fuera ésta, en la que Mia y yo por fin íbamos a por lo que queríamos la una con la otra.

“Ya está, cariño”, le dijo Laura a Jason al otro lado del teléfono. “Ha preguntado por ti. Y Mia. Ese chico seguro que la adora. Le consuelo lo mejor que puedo, pero creo que quiere a su papá”.

“Quiero a Mia”. La voz tranquila de Jason llegó desde el fondo.

Me empujé suavemente, instándome a levantarme para que ella también pudiera levantarse. *Vámonos*, dijo ella con la boca, dispuesta a seguirme.

Me levanté, ajustándome la erección bajo los pantalones para que no me doliera demasiado, y vi cómo Mia también se arreglaba la ropa.

“Enseguida llegamos”. Me mataba que interrumpieran esta noche, pero ni siquiera tenía que pedirselo. Ella nunca dejaría de prestar a mi hijo su atención y ayuda. Mia quería a Jason, y me di cuenta de que, en vez de sentirme defraudado o privado de dormir con ella, podía apreciar la bendición que era en mi vida. Sentía algo por mí, y también se preocupaba por mi hijo.

Terminé la llamada con Laura y miré a Mia.

“¿Lista?” Me preguntó.

Asentí con la cabeza, pero me quejé mentalmente de lo codicioso que me sentía por querer que me *prestara* atención...

MIA

Jason siempre sería mi tendón de Aquiles. Aquel dulce chico me había importado desde el momento en que lo conocí. No podía explicarlo. Tal vez era una proyección del tipo de niño que deseaba tener por mí misma. Invocaba instintos maternos en mí, y nunca renunciaría a la oportunidad de hacerle sentir seguro y feliz.

De nuevo en el coche de Henry, por segunda vez en una hora, sentí cada bache de la carretera. Esas vibraciones se canalizaban de algún modo hacia mí, acentuando el delicioso dolor y la ternura que sentía al correrme.

Sólo me había metido los dedos. En realidad, sólo eran los preliminares, pero sabía exactamente cómo hacerme estallar y correrme tan deprisa.

“Yo...” Fruncí el ceño, insegura de cómo resumir y transmitir lo que pensaba.

Quería disculparme por habernos interrumpido. Expresarle mi decepción por haber interrumpido nuestra diversión. Decirle que yo tampoco sabía lo que estábamos haciendo, pero que lo estaba disfrutando mientras durara.

“¿Hmm?” Me miró, con la preocupación grabada en las líneas de su duro rostro.

“Espero que esté bien”. Me pareció mentira. Estaba preocupada por Jason, pero me preguntaba si lo estaba utilizando como punto de desvío, una distracción para hablar del elefante mucho mayor que cabalgaba junto a nosotros. El elefante de que ambos actuáramos por atracción cuando no debíamos.

“Creo que es un bicho. Estuvo jugando en casa de James y oí que tenía algo parecido. Algo de veinticuatro horas, seguro”.

No lo estaba descartando. Era demasiado lógico para negarlo. Henry siempre era tan práctico y pragmático.

Excepto cuando se trataba de mí.

Llegamos rápidamente y, en cuanto aparcó en el garaje de su edificio, nos apresuramos a entrar. No tuvimos otra oportunidad de hablar de nada. Y yo me privé de analizar, cuestionar y

preocuparme por lo mucho que habían cambiado las cosas entre mi jefe y yo esta noche.

Laura abrió la puerta para dejarnos entrar en su ático. Parecía estresada, pero no demasiado. “Creo que ahora se está quedando dormido”.

“Pobrecito”, dije mientras dejaba el bolso sobre la mesa.

“Gracias por llamar”, le dijo Henry. “Voy a ver cómo está”.

En cuanto se hubo ido, Laura bostezó. “Los días de picnic siempre parecen tan largos. Incluso sin un niño vomitando por la noche”.

“Ya lo creo”.

“Pfff”. Puso los ojos en blanco. “Tú estás acostumbrada a estas noches tardías”. Luego frunció el ceño. “Espera. ¿No tenías que estar bailando en el club esta noche?” Miró por encima del hombro y bajó la voz, con cuidado de que Henry no la oyera. Sin embargo, él ya estaba al final del pasillo, en la habitación de Jason, así que estábamos las dos solas.

“No. Me he pedido la noche libre”. Me resultaba extraño hacer eso, dada la necesidad de ganar dinero. “El año pasado no lo hice, y estaba muy cansada haciendo doblete. El picnic y luego el baile”.

“No sé cómo puedes hacerlo”. Recogió su bolsa de punto y su botella de agua para dirigirse a su casa, al final del pasillo. “Rezo para que no tengas que mantener dos trabajos así para siempre”.

Yo también. Ella no estaba forrada, pero después de su divorcio se quedó con el apartamento de este edificio y una pensión alimenticia considerable. Antes de eso, sin embargo, trabajaba a tiempo completo simplemente para estar lejos de su ex marido del que se había desenamorado.

“Me voy a casa”, dijo.

“Que duermas bien”, le dije. Nos abrazamos y suspiré cuando se marchó.

Henry volvió conmigo a la cocina, donde ordené un poco. No tenía por qué hacerlo, pero quería *tener algo* que hacer.

“Está dormido”.

Sonreí. “Bien. Descansar le ayudará”.

Se frotó la nuca. “Supongo que nos precipitamos un poco al venir tan deprisa. Preguntó por ti, pero ahora está dormido”.

Me encogí de hombros. “No te preocupes”. Si aquel chico pensaba alguna vez que quería que lo consolara, no dudaría en estar presente para él.

“Pero me siento mal. Tanta urgencia por ver cómo estaba y ahora duerme profundamente”.

Oí el pesar en su tono. Que quizá si no nos hubiéramos apresurado a venir aquí, podríamos haber seguido con lo que habíamos estado haciendo en mi casa.

“Aún podría despertarse y preguntar por mí”, dije.

“Sí. Pero no sientas que tienes que quedarte toda la noche por él. Seguro que dormirá bien”.

Dejé el paño de cocina sobre la encimera y me acerqué a él. Me miraba fijamente a cada paso que daba. Tenía toda su atención y, después de haberme hecho correr antes, me sentía cargada y deseosa de volver a experimentar esa sensación. Esta vez *con él*.

“¿Quieres que me quede para *tí*?” Le pregunté. En cuanto las palabras salieron de mi boca, me sentí ligeramente ansiosa. Estaba siendo lo más directa posible, jugándomelo todo.

Me puso las manos en las caderas y me acercó hasta que mi pecho quedó pegado al suyo. “Sí”. Me miró fijamente a los ojos mientras pronunciaba esa palabra con claridad. Luego la siguió con un beso embriagador. “Quiero que te quedes. Por mí”.

Dios mío. Me derretía. Me estaba quemando, haciendo realidad así todos mis sueños.

Todo lo que había deseado era quedarme con él, sentir de verdad, profundamente, que era mucho más que 'una simple empleada' para él.

Mientras me conducía hacia su habitación, contuve la respiración y traté de contener toda la emoción que me embargaba.

“Te agradezco que hayas querido venir de la forma en que lo has hecho”, dijo mientras se giraba para cerrar la puerta de su habitación masculina. Era enorme, más grande que mi diminuto apartamento, pero de algún modo me pareció más pequeña cuando me enfrenté a él.

Henry siempre había sido más imponente que nadie, pero en la seguridad privada de su habitación parecía aún más grande, una fuerza a la que enfrentarse.

“Sé que ya lo he dicho antes”, dijo suavemente mientras se acercaba a mí y me arrinconaba contra la cama, “pero te estoy muy agradecido por haber dejado entrar a Jason en tu corazón”.

“¿Cómo no iba a hacerlo? Es un gran chico”.

“Lo es”. Puso las manos en mis costados y me levantó para tumbarme en la cama. Cuando reboté un poco en el colchón, sonriéndole, se unió a mí. Apoyándose en una mano, vi cómo se acercaba para relajarse conmigo. “Y tú eres una gran mujer por ser tan inclusiva y acogedora con él”. Se acercó más y me besó con ternura. “No fue fácil dejar lo que hacíamos en tu casa para venir corriendo aquí”.

“Siempre me apresuraría a ayudarlo”, dije, queriendo decir cada palabra.

“Lo sé”. Sonrió, mirándome con tanta adoración en los ojos. “Ha significado mucho para mí. Ser padre soltero no es fácil”.

“Pero lo haces lo mejor que puedes”.

Suspiró, bajando la mirada. “Lo intento”, admitió.

Durante la hora siguiente, más o menos, hablamos. Y hablamos. Me explicó todas las formas en que le preocupaba no estar haciendo un buen trabajo como padre de Jason, y eso derivó en

una conversación sobre cómo su padre le presionaba para que buscara una mujer con la que asentarse. Eso dio pie a una conversación sobre Ann, e incluso sobre su ex, la madre de Jason. Hasta bien entrada la noche, nos quedamos tumbados, contentos con la compañía del otro, y hablamos. De todo y de nada, pero no de *nosotros*.

“No estoy seguro de abrir el Fifty ahora”. Se echó hacia atrás y se frotó la cara.

“¿El club de Miami?” Pregunté, inclinándome más sobre él para verle la cara. Me apoyé en el codo derecho para observar sus expresiones.

“Sí. Si abrirlo ahora me impedirá darle a Jason lo que necesita, quizá debería esperar”.

Henry viajaba, pero supervisar la apertura de un nuevo local en Florida requeriría más viajes.

“Desde que Ann hizo aquel maldito comentario sobre un internado, está más ansioso”.

“Apuesto a que Jason podría venir a algunos viajes. Y cuando tú no estés, Laura y yo podríamos hacerle compañía”.

Asintió, pero no sonrió. “Ya lo sé. Pero...” Sacudió la cabeza. “Ni siquiera encuentro a la bailarina que quiero contratar. La que vi que podría ser la estrella allí”.

Mentalmente, me estremecí. Decía que no podía *encontrarme*. Debería haber sido el momento de abrirme y decirle la verdad. Que era a mí a quien quería contratar para el Fifty. Pero no quería meterme en la complicación de tener que reconocer que le había mentado durante tanto tiempo.

“Puedes buscar otras bailarinas”.

“No.” Frunció el ceño, mirándome. “La quiero a ella”.

Vaya. El orgullo me invadió, pero el hedor de haberle mentado me lo amargó.

“¿Qué tiene de especial?”

“No sé qué es”, admitió.

“Era *buena*. Realmente buena. Y había algo en ella que me impresionó. Me atrajo”.

Porque soy yo. Porque me deseas.

Pero me reí, porque si esto ocurriera en cualquier otra circunstancia, la ironía sería divertidísima. “Venga ya. Cualquiera puede bailar”.

Su sonrisa de respuesta fue lenta y sexy. “Me gusta *tu* forma de bailar”. Se incorporó, apoyándose con una mano detrás de él mientras me acariciaba la mejilla y me besaba con fuerza.

Entonces bailaré. Por ti.

Me alejé de él y mantuve la mirada fija en su fulgurante mirada azul. Me arrastré hacia atrás, levantándome de la cama. “¿Ah, sí?”

Asintió. Un calor líquido se arremolinó en sus ojos mientras se reclinaba en la cama, con las

dos manos sobre el colchón detrás de él.

Me moví al ritmo de una melodía imaginada en mi mente, teniendo cuidado de no utilizar demasiadas partes de mis rutinas del Danger. Cuando empecé, él cogió su teléfono y utilizó la aplicación para bajar las luces y poner música suave. Me ayudó, ya que nunca antes había hecho algo así para un hombre. Cuando estaba en el escenario, me limitaba a sentir el ritmo y a dejar que mi cuerpo desahogara mi energía creativa.

Para Henry, aquí, en la intimidad de su habitación, bailé para *su* placer. Quitándome la ropa a medida que avanzaba le provocaba. Quitarme la ropa era como una lenta agonía, la caricia de la tela haciéndome cosquillas en la piel. Entonces, el ardor de su mirada sobre mí me calentó más deprisa.

Se quedó quieto, respirando más rápido y con las fosas nasales abiertas mientras lo observaba todo. Aquel gran bulto crecía bajo sus pantalones cortos. Su erección era más prominente mientras me desnudaba y bailaba. Su mirada, ya oscura por el deseo, se volvió más tensa.

La necesidad crepitaba entre nosotros y me excitaba hasta tal punto que me preocupaba no durar. Yo había empezado. Yo inicié aquel jueguecito, pero no estaba tan segura de no sobrevivir a la tortura de provocarnos a los dos.

Hasta las bragas y el sujetador, me sentía expuesta y demasiado cubierta al mismo tiempo. Quería sentirlo, piel con piel, y saborear el duro calor de su cuerpo deslizándose contra el mío. Quería experimentar la unión perfecta de sus besos con su boca tan hambrienta de probarme.

Me arrastré hasta la cama, bailando aún lentamente. Antes de que pudiera detenerme del todo con las manos, me giré sobre su regazo. A horcajadas sobre él, me apoyé contra él y gemí ante la promesa de placer que me daría su dura polla. Era gruesa y firme, sobresaliendo por debajo de la ropa.

“Mia...” Me besó el hombro mientras yo reducía la velocidad de mis giros sobre su regazo. “Por favor”.

Oírle suplicar por mí fue mi perdición. Me rodeó la cintura con los brazos y una de sus manos subió para acariciarme el pecho. Mientras me apretaba, levantando las caderas para que pudiera sentir su necesidad, dejé caer la mano para bajarle la cremallera de los calzoncillos.

“Por favor, ¿qué?” Bromeé entre besos lentos y narcotizantes.

Siseó cuando busqué su gruesa polla y se la saqué.

“Por favor, sácame de mi sufrimiento”. Me desnudó el pecho y tiró de la copa hacia abajo para poder atrapar mi pezón entre el pulgar y el índice.

“Sólo si tú también me sacas de la mía”, negocié antes de besarle de nuevo.

HENRY

“¿E stás sufriendo?” Gruñí contra su oreja mientras ella me apretaba.

Moví la mano para tirar de la otra copa de su sujetador. Su teta saltó y se derramó sobre mi mano, y no esperé a agarrar y acariciar su generoso cuerpo. Sin darle oportunidad de responder, la besé rápidamente con más fuerza hasta que se echó hacia atrás. Animarla a ponerse de lado me proporcionó la abertura que necesitaba para retorcerme.

Cuando se inclinó hacia abajo, cayendo sobre la cama, me desplazé sobre ella. La besé mientras bajaba y apoyé mi peso sobre ella con una mano a cada lado de su cuerpo, casi desnudo.

“Sufro al desearte”, respondió sin aliento. Me enmarcó la cara, devolviéndome el beso, hasta que bajó las manos para tirarme de la camisa.

“Te he deseado durante tanto puto tiempo, Mia”. Me eché hacia atrás para quitarme la camiseta. Dejando que me echara una larga mirada, con el agradecimiento evidente en su mirada lujuriosa sobre mi pecho, me arrastré hacia atrás. Me bajé los calzoncillos y los bóxers, desnudándome sin la gracia sexy que me había mostrado ella en su pequeño baile privado. Pero antes de que pudiera alcanzarme la polla, retrocedí hasta agarrarle las bragas.

No se quedó de brazos cruzados. Arqueando la espalda, se apresuró a desabrocharse el sujetador. En cuanto lo hizo, se cogió las tetas y jugó con los pezones, frotándolos con los pulgares. “Apuesto a que yo te he deseado más tiempo”.

Solté una risita, un sonido arenoso y profundo, mientras seguía bajando. Una vez de rodillas, bajé para acercar la cara a su coño. Tenía las piernas abiertas. Estaba desnuda para mí, reluciente de lubricación y lista para que yo la tomara, pero empujé sus muslos para que se abriera más. Le froté con el pulgar una marca de nacimiento ovalada en lo alto de la pierna, cerca de la cadera, deseando que llegara el momento de besar cada centímetro desnudo de su cuerpo esbelto y atlético. Los planes que tenía para esta mujer. Las fantasías que deseaba hacer realidad. Con ella no bastaría para siempre.

“¿Vamos a discutir sobre quién ha deseado más al otro?” Apreté un beso profundo en su entrada. “¿O prefieres que haga otra cosa con la boca?”

“Joder, sí”. Gimió, en voz baja, mientras me empujaba hacia la cara. Retorciéndose y temblando, se encontró con mis labios y suspiró. Cada vez que la lamía, separaba más las piernas. Luego, cuando hundía la lengua en su calor resbaladizo, arqueaba las caderas para que la tocara más.

Me la comí sin pausa, deleitándome con los sonidos sensuales que ella probablemente mantenía en silencio por si Jason se despertaba y nos oía. Me encantaba la forma en que no temía ni se avergonzaba de mostrarme lo que quería. Apartó una mano de sus pechos para empujarme la nuca. Manteniéndome donde me necesitaba, me agarró del pelo y tiró de los mechones.

Si no se corría pronto, me correría. Me agaché y me apreté la polla con los dedos para contener la urgencia de acabar. Era demasiado. Sabía demasiado dulce. Sonaba demasiado sexy. Y se movía como una sirena, provocándome para que me rindiera a su necesidad de liberación.

“¡Henry!” Gritó, y luego se tapó la boca con una mano para amortiguar el sonido.

El aroma del sexo flotaba en el aire, y cuando se corrió, tensa y chorreante de jugos, la lamí hasta que los aleteos y temblores empezaron a desvanecerse.

Sí. Por fin. Me levanté a gatas, pasándome el dorso de la mano por la boca para limpiarme un poco mientras la sonreía.

Estaba exquisita, con el pelo alborotado y esparcido por toda la cama, los ojos en blanco de satisfacción, los pechos subiendo y bajando rápidamente mientras se esforzaba por recuperar el aliento.

“He soñado con tenerte”. Me hice sitio entre sus piernas y acerqué la cabeza de mi polla a su entrada. “Así”.

Ella asintió, gimiendo. “Yo también”.

“No me queda más remedio”. Gruñí mientras su coño me succionaba. Sólo había entrado la cabeza, estirando su tensión, y sabía que tenía que ir despacio para saborear la sensación de que me enguantara tan bien. “No tengo por qué desearte así”.

Sacudió la cabeza, mirándome con necesidad. “No lo tenemos. Pero es una sola vez”.

¿*Qué coño?* No. Quería protestar. ¿Cómo podía limitar la atracción que había entre nosotros, el magnetismo salvaje que nos acercaba?

“Una vez”, sugirió. “Para desahogarnos”.

Al diablo con eso. Sólo había penetrado uno o dos centímetros y ya estaba deseando hacerlo muchas, muchas veces con ella. “Sí”, mentí, preguntándome si estaba diciendo esas tonterías para justificarse a sí misma que debíamos rendirnos.

No podía explicar por qué me sentía tan atraído por ella. Dudaba que ella tampoco pudiera. Lo único que importaba era que estábamos mutuamente dispuestos a sentir esa química.

Y así lo hicimos.

“Por favor...”

No la dejé terminar de suplicar. Empujé hacia dentro, encajando mi polla en su interior. Un empujón largo y firme la estiró para que me aceptara. Jadeó y sonrió en cuanto se adaptó a mi plenitud.

“No pares”, me pidió.

No lo hice. La embestí hacia delante y hacia atrás. Sus pechos se balanceaban, sacudiéndose con la fuerza de mis embestidas. Metí y saqué la polla hasta el fondo de su dulce estrechez. Me agarró, tirando de mí hacia abajo hasta que pude besarla. Con mi lengua acariciando la suya, nos mecimos y encontramos un ritmo perfecto. Ella había bailado para mí, pero ahora bailábamos como uno solo sobre la cama.

No tardó mucho en correrse, apretándose a mi alrededor mientras soltaba un gemido de lo más sexy. Una vez más, tuvo que ser amortiguado, demasiado fuerte para no despertar a Jason al otro lado del apartamento. Esta vez le tapé la boca y la besé tan fuerte, tan fuerte, tan hambrientamente, que la presión de sus labios contra los míos me empujó a seguirla en un orgasmo.

Disparé mi carga, llenándola con mi esperma caliente. Sentí un hormigueo en la base de la columna vertebral y, con una tensión en el pecho que se rompía por la emoción de correrme, la penetré una vez, luego dos. Encontrar mi liberación con ella me sentó demasiado bien. Estaba flotando, perezoso y saciado, tan agotado y exhausto por haber alcanzado por fin este punto de euforia con ella. Años de espera. Meses de anhelo. Días y noches de sueños y deseos. Ahora todo había llegado a su fin, cuando ambos cedimos a nuestro deseo de hacer el amor.

Porque no había ni una sola posibilidad de que esto no fuera eso. *Amor*. No era tan ingenuo como para perder la cabeza por una mujer sólo por un polvo caliente y satisfactorio. Se trataba de Mia, la única a la que quería como compañera para envejecer con ella.

Pero primero, antes de pensar en cómo expresarle ese sentimiento con algo que no fueran besos lentos y tiernos como los que le daba ahora, tenía que averiguar cómo explicarle, de una vez por todas, que era mucho más que 'una simple empleada'.

MIA

Cuando me desperté a la mañana siguiente, contuve un gemido silencioso ante los dolores musculares. Con los ojos cerrados, me pregunté por qué había trabajado tanto en el Danger. Las nuevas rutinas de baile me desafiaban y me daban variaciones en el ejercicio de mis piernas y brazos, pero Gina no había cambiado las rutinas últimamente.

Espera.

Abrí los ojos al darme cuenta de que aquella no era mi cama, no era mi colchón incómodo y mis mantas finas. No estaba en mi habitación, donde el aire acondicionado funcionaba mal, más caluroso y húmedo que el mismo infierno al final del verano de Nueva York.

Porque estaba en la cama de Henry. Estaba acostada junto a él, desnuda, en *su* habitación.

De repente, todo volvió a mí. Me había arriesgado a besarlo y, aunque estábamos preocupados por la enfermedad de Jason, habíamos terminado aquí, donde había bailado y me había desnudado, y luego...

Oh, Dios mío.

Miré a Henry dormido, su rostro atractivo y varonil tan tranquilo, con la mitad aplastada contra la almohada.

¡Me acosté con mi jefe!

Hice una mueca, apretando los ojos.

No. No me acosté con mi jefe. Me acosté con el hombre de mis sueños. Literalmente. Había perdido la cuenta de cuántos sueños había protagonizado a lo largo de los años. Y la realidad de sentirlo deslizándose dentro de mí fue mucho, mucho mejor de lo que podría haber imaginado.

Eso era lo que sentía. La ligera molestia que notaba no era por bailar. Era por hacer el amor con el único hombre al que me decía que no podía tener.

Haciendo una mueca, me apresuré a salir de la cama sin despertarlo. No tenía derecho a haberme acostado con él, mucho menos a haberme entregado una y otra vez. Me despertó dos

veces más para volver a penetrarme, y cada vez se sintió mejor que la anterior. Tenía la corazonada de que Henry nunca decepcionaría entre las sábanas, pero estaba equivocada al suponer que podía poner a prueba esa teoría.

Nunca debería haberme rendido a mi deseo por él.

Me puse la ropa, intentando hacer el menor ruido posible mientras miraba la hora.

¡Mierda! Era muy tarde. No tenía que estar en la oficina por unas horas, pero quería levantarme mucho antes. Primero, tenía que apurarme y salir de aquí antes de que él despertara. No tenía idea de cómo enfrentarlo ya que habíamos cruzado tantas líneas que ya no sabía cuál era cuál. Segundo, tenía que asegurarme de poder hacer esta caminata—o carrera—de la vergüenza antes de que Jason también se levantara. No sabría cómo explicarle que me había quedado a dormir con su papá.

Porque exactamente eso era lo que sentía, vergüenza. Me ahogaba, casi incrédula de que lo habíamos hecho. Ambos habíamos sucumbido a un deseo tan potente que no pudimos resistir. No pudimos. No deberíamos haberlo hecho. Había reglas estrictas en la Dunn Enterprises.

No me arrepentía, pero teníamos que descubrir cómo ocultarlo y mantenerlo en secreto.

Tan pronto como salí de la habitación de Henry y escuché la voz de Jason cerca de la cocina, me di cuenta de que ya estaba atrapada.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Me apresuré a pensar en una forma de evitar que me viera, pero fue inútil. Mientras caminaba por el pasillo, me vio reflejada en la superficie de cristal del horno.

“¡Mia!” Sonrió, pero no se levantó de su asiento en el mostrador. “No sabía que estarías aquí.”

Respiré hondo, esperando parecer tranquila. “Vine con tu papá anoche cuando supimos que estabas enfermo.” Al ver el bol de cereal simple que se había servido, esperaba que se sintiera mejor.

“¿Y pasaste la noche en la habitación de invitados?” Frunció el ceño mientras me acercaba a la cocina.

“¡Sí!”

“¡Yay!” Sonrió.

“¿Te sientes mejor?”

“¡Oh, sí! Creo que comí demasiado algodón de azúcar anoche. Y luego me dolió la barriga. Vomitar me hizo sentir mejor.”

Sonreí, apartando su cabello de la frente. “Bien. Me alegra oír eso. Pareces estar mejor.”

“Ajá.” Su sonrisa se quedó mientras bajaba la vista a la tableta donde jugaba. Era autosuficiente para ser un niño pequeño, capaz de servirse cereal y entretenerse por la mañana.

Siempre había sido así, y Henry había alabado su rutina matutina más de una vez.

Espero que eso signifique que no vino a buscar a Henry esta mañana. Además, la puerta de la habitación había estado cerrada con llave.

“Nos vemos más tarde, ¿de acuerdo? Ahora que sé que estás mejor, debería irme...”

“No, quédate. El abuelo vendrá para pronto a almorzar.”

“Oh, no quiero invitarme. Debería...”

“Quédate. ¿Por favor?” Puso esos ojitos de cachorro tristes, y me reí suavemente.

“Debería irme. Tengo que trabajar hoy.”

“Papá también tiene que trabajar, pero se quedará a comer.” Sonrió, mirando detrás de mí.

Me di la vuelta para encontrar a Henry acercándose a nosotros. Con pantalones de chándal bajos que deberían ser ilegales, sin camiseta y con el cabello despeinado por el sueño, era irresistible y devastadoramente sexy.

“Sí, quédate a almorzar, Mia.” Sonrió, arrogante y claramente sabiendo que me estaba poniendo en una situación difícil.

“Tal vez por un rato,” cedí.

“¡Yay!” Jason sacó un taburete para mí, y me senté, encantada por el niño que siempre quería incluirme en su vida. Y me sentí nuevamente atraída al ver a Henry cocinando en los fogones. Una vez más, tuve que contener los sentimientos de anhelo sincero.

Esta escena doméstica era justo lo que deseaba tener algún día.

Cuando llegó Eddie, sin embargo, su sorpresa al verme allí me descolocó. Notó mi ropa, y recé para no estar sonrojándome tanto que él lo notara. Llevaba puesta la misma ropa de anoche, y las implicaciones serían claras: me había quedado a dormir. Aun así, se negó a escuchar mis intentos de marcharme, insistiendo en que me quedara hasta que terminara el almuerzo.

Jason resultó ser una distracción muy necesaria, charlando y acompañándome mientras Henry intentaba que lo mirara. Cuanto menos contacto visual hiciera, mejor serían mis posibilidades de no sonrojarme. Los simples recuerdos de lo que había hecho conmigo anoche amenazaban con hacerme poner roja como un tomate, y no quería correr el riesgo de que su hijo o su padre me vieran vulnerable y tímida así.

Desafortunadamente, Jason se convirtió en una gran distracción cuando derramó jugo de naranja sobre mi teléfono que estaba en el mostrador. El jugo empapó la parte blanda de la funda, y me apresuré a quitarla y secarla.

“Oh, mierda,” murmuré, haciendo una mueca ante el desastre.

“¡Lo siento!” Jason no lo había hecho a propósito. Movié el brazo demasiado rápido. Aunque la pantalla ya tenía grietas, el jugo ácido arruinó todo el dispositivo.

No importaba cuánto intentáramos Henry, Eddie y yo limpiar y secar mi teléfono, estaba claro que estaba arruinado. Apostaba a que aún podría hacer llamadas, pero la pantalla estaba estropeada.

“Lo siento, Mia,” repitió Jason.

Le dediqué una sonrisa forzada. “Ya lo sé. Ha sido un accidente.”

La rabia se apoderó de mí en lo más profundo, porque no había forma de que pudiera permitirme un reemplazo. Era culpa mía haber intentado ahorrar y mantener este teléfono ya agrietado tanto tiempo como fuera posible. Si hubiera conseguido un reemplazo antes, apostaba a que el jugo no lo habría arruinado tan rápido.

En el fregadero, Eddie estaba conmigo limpiando mientras Henry y Jason limpiaban la mesa pegajosa. “Te conseguiremos un reemplazo,” dijo Eddie.

“No lo haréis,” repliqué.

Él se rio. “Tan obstinada como siempre, veo.”

Sonreí, sin ofenderme. Eddie Dunn siempre había intentado cuidarme. Y quería hacer una mueca al pensar que le estaba pagando esa generosidad acostándome con su hijo.

“Aparte de este teléfono,” dijo, “¿cómo ha ido todo?” Cruzó los brazos y apoyó la cadera en el mostrador.

Todavía estaba secando mi teléfono con servilletas, amargada y deprimida por tener que reemplazarlo. Estaba ahorrando todo lo que podía para borrar mis antecedentes. El dinero era escaso, además de todas las deudas de mis cuatro años en la universidad.

“¿Crees que volverás a la escuela alguna vez?” Preguntó antes de que pudiera responder a su primera pregunta, más general.

“No.” Suspiré, dejando mi teléfono en el mostrador. “No estoy segura de que lo haré.”

Durante mucho tiempo, mi objetivo había sido ir a la facultad de Derecho. Pero había pasado tanto tiempo desde entonces que no estaba convencida de que quisiera hacerlo. Además, incluso con el acto de limpiar mi expediente, nunca podría conseguir un trabajo en el campo legal. Ni como asistente legal, abogada, nada. Incluso si aprobara el examen de abogacía, mi historial siempre sería una mancha en mi nombre.

Honestamente, lo único que quería ahora era una familia, no una carrera. Quería pertenecer a la familia que había encontrado aquí. Con Jason y Henry. Incluso con Laura y Eddie. Me encantaba ser parte de sus vidas, y deseaba poder encajar como alguien permanente para quedarme para siempre.

Mi padre estaba en la cárcel, y mi madre falleció de cáncer un mes antes de que cumpliera dieciocho años. No tenía a nadie, y deseaba contar con estas maravillosas personas como mi familia.

Jason llamó a Eddie, y él se detuvo antes de dejarme en el fregadero. Me miró

detenidamente, como si esperara decir algo más pero lo estuviera debatiendo.

“Solo quiero que sepas que si alguna vez necesitas ayuda para conseguir el futuro que quieres, haré lo que pueda para que eso suceda.”

Casi me reí. Podría ayudar no trayendo mujeres insulsas y molestas para que Henry saliera con ellas. Podría dejar de presentar cazafortunas al hombre que amaba.

Sí, claro. Sonreí y asentí. “Aprecio todo lo que has hecho por mí,” le dije con seriedad.

Cuando se alejó, me golpeó la convicción de que siempre me vería como un caso de caridad. Algo inferior y necesitado. La joven con antecedentes que acogió cuando me contrató en la Dunn Enterprises.

Nunca me vería como una posible nuera.

Empecé a disculparme, metiendo mi teléfono en mi bolso mientras me deslizaba fuera y los dejaba ser una familia real. En el camino hacia el nivel de la calle, mi corazón se llenó de renovados dolores.

No podía deshacerme de la idea de nunca conseguir lo que realmente quería en la vida.

Eddie nunca querría que Henry y yo estuviéramos juntos.

Todo lo que Henry realmente tenía para mí era una aventura de una noche. Eso tenía que ser todo. Ahora que habíamos cedido al deseo que habíamos postergado tanto tiempo, eso era todo.

Una lágrima resbaló por mi mejilla al anhelar algo tan lejos de mi alcance.

No habría repetición con Henry. No tenía derecho a desear ser suya y encajar con él en su hogar.

Deja de compadecerte, maldita sea. Me limpié la mejilla mientras el metro se movía, llevándome más cerca de mi barrio, lejos del rascacielos de Henry.

Desgarrada por el dolor de querer lo imposible, intenté despejar mi mente. Prometí redoblar mis esfuerzos en lo que podía controlar. Nunca podría cambiar las circunstancias de quién era yo y quién era él. No podía borrar mi pasado. No podía pedirle que cambiara las políticas de ética en la oficina.

Simplemente, nunca funcionaríamos debido a cosas que no podía cambiar o controlar.

En cambio, podía trabajar en mi deuda. Ganar dinero. Podía concentrarme en limpiar mi expediente y superar los errores de mi pasado.

Tal vez algún día podría sentirme digna de alguien más.

No de Henry Dunn.

Tuve una probada de él, pero eso era todo lo que estaría en el menú para mí.

Ya era hora de que dejara que ese recordatorio se asentara y permaneciera en mi cabeza.

HENRY

Mia no podría haber salido de mi apartamento más rápido. La observé toda la mañana después de que dormimos juntos, y cada vez que notaba que miraba hacia la puerta y parecía sentirse incómoda, deseaba que *quisiera* quedarse.

Claro, las cosas eran tensas. Habíamos cometido un gran error, actuando sobre nuestro deseo antes de averiguar cómo hacer que funcionara.

Estaba seguro de que podíamos hacerlo. Teníamos que hacerlo. Dos personas podrían encajar y tener tanto sentido como nosotros sin que hubiera una posibilidad de durar.

Era el CEO, por el amor de Dios. Si quería hacer un cambio en las políticas éticas y eliminar las reglas sobre no fraternizar, lo haría.

Pero su afán por irse me desanimó. Mi estado de ánimo persistió, manteniéndome en silencio y melancólico durante varios días.

No ayudaba que Jason estuviera más necesitado de lo habitual. Desde que Ann abrió su maldita boca y soltó esas tonterías del internado, había estado enfrentando problemas. Mi padre también lo notó.

“¿Qué pasa con esta repentina ansiedad por separarse?” Preguntó una noche cuando vino a jugar con él.

Suspiré y luego le dije lo que Ann había dicho. Su expresión cambió de un ceño a una mueca. Pasó de la frustración y la preocupación al enfado. Luego volvió a fruncir el ceño, pareciendo triste. “No tenía derecho a decir tal cosa”.

Me encogí de hombros, mirándolo expectante. Él la había presentado. Yo fui quien le dijo educadamente que no estaba disponible. Parte de esto recaía sobre él por insinuar que tenía que darle una oportunidad. “No tenía derecho a ser alentada a pensar que tenía un billete dorado para pertenecer a nuestras vidas”.

Él agachó la cabeza. “Puedo ver cómo era una mala elección ahora”.

Asentí. “Muy mala elección”.

“Solo quiero que encuentres...”

Levanté la mano para callarlo. “¿Alguna vez se te ocurrió que tal vez ya encontré a alguien? Una mujer con la que me encantaría envejecer. Una compañera en la vida con quien formar una familia.”

No respondió, mirando hacia un lado. Su gesto avergonzado debería haberme hecho feliz, el hecho de que finalmente lo estaba entendiendo y se retiraría de mi vida amorosa, o de la falta de ella. Estaba a punto de explicarle más, de decirle directamente que había encontrado a Mia. Que quería a mi secretaria para mucho más de lo que actualmente hacía en mi vida.

Pero no podía arriesgarme. Jason se aferraba a mí y preguntaba constantemente si ella podía venir o si podía pasar el rato con ella. Ella era muy buena con él, poniéndose a su nivel y calmándolo. Pero había estado más ocupada de lo habitual últimamente, llegando a cancelar o decirle a Jen que llegaría más tarde.

Eso me preocupaba. Parecía estar desvelándose, siempre llegando tan cansada y luego poniéndose a trabajar sin siquiera hablar conmigo. Parecía medio despierta cuando llegaba a la oficina, y seguía preguntándome y preocupándome por qué tendría una vida nocturna tan activa de repente.

¿Estará saliendo con alguien?

¿Estará tratando de evitarme después de haberme tenido?

¿Pasando página?

Suspiré en mi escritorio, decidido a detener esta locura de adivinanzas y especulaciones. *Tan pronto como ella llegara, le preguntaría.*

Ella fue quien dijo que solo tendríamos sexo esa vez. Luego desafiamos su predicción follando dos veces más aquella noche. Una noche no iba a ser suficiente para mí, pero no podía dejar de pensar que tal vez ella había terminado conmigo.

Eso es. Habían pasado días. Le preguntaría tan pronto como llegara. Pensando por adelantado, pedí almuerzos para que los entregaran y le envié un mensaje diciéndole que tenía almuerzo para ella, esperando en mi oficina.

Ella respondió, lo cual debería haberme tranquilizado. Debería haberme hecho sentir mejor que no me estuviera dejando plantado.

Mia: *Vale*

Eso fue todo. Mi oferta de almuerzo y de pasar tiempo conmigo no ganó más que un ‘vale’.

“Maldita sea”. Pasé las manos por mi cara, deseando poder comprender mejor sus sentimientos. No podía dejar de pensar en la posibilidad de que ella estuviera reaccionando al haber tenido sexo conmigo de aquella manera, alejándose. Nunca me arrepentiría de haberme acostado con ella, pero estaba abrumado por la horrible sensación de que al hacerlo, había arruinado nuestra amistad.

Justo antes de que ella llegara, revisé que las bolsas de almuerzo entregadas estuvieran bien cerradas en mi escritorio. Había pedido su comida favorita, esperando que eso me diera una sonrisa. Primero, sin embargo, tenía que dejar algunas cosas en el escritorio de Jen.

Terminado con esa tarea, regresé a mi oficina. Mirando hacia abajo a mi teléfono para revisar los muchos mensajes y correos electrónicos que tenía pendientes, casi choqué con alguien que había bajado del ascensor.

Un perfume distintivo, empalagoso y demasiado fuerte llegó a mi nariz mientras esquivaba en el último momento. Cuando vi que era Ann, me quedé sin expresión.

Asumí que después de hablar con mi padre sobre lo que ella había dicho, él le diría que se mantuviera alejada. Él era ferozmente protector con Jason, como yo, y no había manera de que la dejara seguir pensando que podía estar aquí y buscarme. Luego, tal vez, no había tenido la oportunidad de hablar con ella y aclararle que nadie venía aquí a sugerir que Jason fuera enviado a un internado como si fuera una molestia.

“¿Qué quieres?”

Ella se pasó el pelo rubio lacio hacia atrás y levantó la barbilla. “No me estás prestando suficiente atención, Henry”.

Miré hacia la alfombra, deseando poder encontrar algo de paciencia y buenos modales allí. No vi inspiración alguna. Estaba agotado de tolerancia hacia ella. Con los dientes apretados y un impulso de gritar, la miré de nuevo.

Me ericé, sabiendo que no le debía ninguna atención en primer lugar.

“Tienes que prestarme atención para ganarme”, me fastidió, sonriendo altivamente como si supiera que tenía razón.

Aquel comentario me irritó más que su actitud. Ann era igual que Mackenzie, materialista y queriendo cosas y todo de mí, sin darse cuenta de que tenía que trabajar. Dudaba que Ann hubiera trabajado un día en su vida. Se había quejado por tener que ser voluntaria durante una miserable hora en el picnic, como si la idea de ser productiva para alguien más fuera horrible.

Mia lo entendía. Ella comprendía todo lo que tenía sobre mis hombros, y más que eso, era una de las personas más trabajadoras que conocía.

“¿Sabes qué? No tengo tiempo para esto”, señalé el pasillo, indicando vagamente la dirección hacia mi oficina. “Mia estará aquí pronto, y tengo que hablar con ella de algo”. Era verdad. Estaba desesperado por preguntarle si estaba saliendo con alguien todas estas noches o si me estaba evitando después de acostarse conmigo. Pero Ann no tenía derecho a saber nada de eso.

“¿Estás interesado en ella?” Ann colocó una cadera hacia afuera, cruzó los brazos más fuerte. Su postura era defensiva, pero su tono era ofensivo. La combinación me molestó. Solo quería que se fuera.” ¿Estás interesado en Mia?”

“Eso no es asunto tuyo”. Lo estaba, pero ni loco le contestaría y dejaría que pensara que tenía el control de esta conversación.

“Pensé que eras un hombre inteligente, Henry. Alguien más listo que confiar en una sucia criminal como ella”.

Fruncí el ceño, entrecerrando los ojos, listo para desquitarme con ella por difamar a la mujer que amaba. No permitiría que inventara estas tonterías. Entendía que estaba celosa y era antagonista hacia Mia, pero esto era demasiado.

“¿Qué demonios estás diciendo?” Exigí.

Ella resopló una risa. “Dios mío. No tienes ni idea”.

Apreté los dientes, ofendido por ese comentario. Mackenzie solía decir que yo no tenía idea tampoco. Me molestaba diciendo que estaba demasiado atrapado en mi trabajo como para darme cuenta de lo insatisfecha que estaba conmigo. Que era ajeno a cuánto tiempo había estado engañándome hacia el final. Afirmaba que tenía *una visión de túnel* hacia el trabajo y que era mi mayor defecto.

“Ella es una criminal”, enfatizó Ann, deletreándolo como si yo fuera un idiota.

Negué con la cabeza. Era una tontería. ¿Qué tan bajo podría caer?

“No, no lo es. Mia no podría ser una criminal”.

Ann levantó la barbilla, desafiante. “Sí, lo es. Hice mi tarea sobre ella.”

Negué con la cabeza más rápido mientras la ira me dominaba. “Imposible. Nunca permitiría que un criminal fuera un empleado en el piso ejecutivo. Nunca permitiría que alguien con antecedentes manejara documentos sensibles. Y claro que nunca confiaría en alguien así para estar cerca de mi hijo”.

Ann sonrió, cubriéndose la boca como si tuviera que contener la risa. Estaba mirando más allá de mí, hacia los ascensores.

Con la sensación de hundimiento de mi estómago cayendo, me giré y encontré a Mia.

Ella lo había escuchado todo. Frunció el ceño, sin hacer contacto visual mientras sus mejillas se volvían rosadas. Cuando se sonrojaba, normalmente lo hacía de forma sexy. Su rubor la hacía mucho más *real* para mí, pero en aquel momento, la idea de que ella experimentara vergüenza me irritaba.

Ella solo estaría avergonzada si estas tonterías que Ann estaba diciendo fueran ciertas.

Pero no podía ser.

“Entonces renunciaré”, dijo, sin mirarme. “Me iré yo misma.”

MIA

Manteniendo la cabeza baja, evité mirar a Henry. No podía. Me negaba a hacerlo. Ver la ira y el juicio escritos en su rostro sería demasiado doloroso para soportar.

Mi corazón ya estaba roto. La vergüenza ardía dentro de mí. Me dolía, tan profundamente, que él pudiera ser ese tipo de persona. Que hablara tan duramente sobre *mí*, alguien que siempre había estado de su lado y para él como él quisiera o necesitara.

Nunca había sabido sobre mi pasado. Prefería que se mantuviera así, al menos hasta que pudiera pagar para borrar mi vida antecedente.

Demasiado tarde.

Parecía que Ann se había puesto tan celosa, tan desesperada por quitarme del medio, que se puso a investigar sobre mí.

“¿Qué?” Exigió Henry.

Levanté la vista, furiosa y herida. Nunca usaba ese tono conmigo. Discutíamos y peleábamos constantemente, pero no tenía derecho a hablarme así. Como si yo fuera la villana.

Un pensamiento fugaz me asaltó: quizá no intentaba proyectar su ira hacia mí, sino hacia Ann. Sabía que estaba harto de ella. Me lo había dicho la otra noche cuando me quedé en su casa, que quería que ella se fuera y saliera de su vida. No tenía paciencia para su drama, y casi tenía sentido que estuviera enojado en general en este contexto.

Pero no había forma de malinterpretar cómo dirigía su ira hacia *mí*. No había error al presenciar su mueca de incredulidad hacia *mí*. No hacia ella.

Ann solo era la mensajera, supuse, pero el mensaje seguía siendo cierto.

“Renunciaré”. Con la cabeza en alto, recurrí a las brasas restantes de mi espíritu para mantenerme firme. “Tengo integridad. Si vas a juzgarme por un error de mi pasado, entonces puedes buscar a alguien más”.

No esperé. No podía. Las lágrimas amenazaban demasiado cerca de la superficie. Girándome

bruscamente, me dirigí a mi pequeña y acogedora oficina. Tantos adornos y decoraciones coloridas tendrían que quedarse. Tendría que dejarlo todo atrás, esos detalles que marcaban este lugar como mi espacio, que me identificaban como esa persona dentro de la familia de la oficina.

Al escuchar los pasos de Henry justo detrás de mí, supe que exigiría respuestas. Me daría ese juicio de mierda mientras empacaba mis cosas, y no podría soportarlo. No podía aguantar meter mis cosas en una bolsa o caja mientras me miraba con desprecio.

Aun así, agarré mi bolso de repuesto del gancho y guardé algunas cosas. Bolígrafos, mis cuadernos, las cerámicas que Jason había hecho para mis cumpleaños y festivos. Me apresuré a coger también todas las obras de arte que él había hecho para mí, todas esas imágenes que había colgado aquí con orgullo.

“Mia. ¿Qué diablos está pasando? ¿De qué está hablando?”

Lo ignoré, parpadeando rápidamente para luchar contra las lágrimas. No iba a responder. No le debía absolutamente nada después de cómo habló.

Me detuve al alcanzar la foto enmarcada de nosotros. El divertido momento de la cabina de tartazos. Fruncí el ceño, preguntándome cómo había sido tan estúpida y crédula para desear a un hombre que solo me juzgaría tan duramente, sin sombra de duda.

La dejé en el escritorio, la puse boca abajo y me fui. Pasando a su lado tan rápido como pude, me enorgullecí de no mirar hacia arriba ni una sola vez.

No fue hasta que estuve en la calle, caminando rápidamente por la acera, que cedí al escozor de las lágrimas. Sollozando, saqué mi teléfono del bolsillo.

A la mierda estas lágrimas. *A la mierda él.* Ya había perdido demasiado de mi corazón y de mi mente por él, y no lo haría más.

Era hora de enfocarme en mí, y eso incluía ganar suficiente dinero para vivir. Sin el sueldo de secretaria, necesitaría bailar más. Así que lo más lógico era llamar a Gina.

Con cada paso que daba alejándome del edificio de la Dunn, sentía la agonía creciente de dejar un hogar. Una familia. Pertenecía allí, pero no realmente. Al menos no según Henry.

“Hola, nena. Estaba a punto de llamarte”.

Fruncí el ceño, secándome las lágrimas que se desbordaban. “¿Por qué?”

“La oferta para bailar en su club se ha duplicado. De nuevo”.

La cantidad de dinero que Henry y Owen estaban tirando a Gina para comprarme era asombrosa. Pero nunca funcionaría. Nunca volvería a ser su empleada.

“No. Paso”.

Ella se rio. “¡Pero maldita sea, nena! ¡Piensa en todo ese dinero!”

“Estoy pensando en dinero. Por eso te llamé. Acabo de dejar mi trabajo”.

“¿Qué?” Chilló. “¿Renunciaste a tu trabajo por Henry?”

Asentí, aunque no podía verme. “Sí. ¿Tienes turnos extras para que pueda bailar?”

“Para ti, claro que sí. Ven al club. Hablaremos. Porque tengo la sensación de que hay una historia detrás de esto”.

“No realmente”. Solo era un pequeño fragmento de drama y angustia. Después de decirle que estaría allí pronto, colgué y reduje la velocidad de mi caminar.

Salir corriendo como lo hice fue impulsado por la adrenalina. Ahora que estaba aquí, respirando al aire libre, dejé que realmente calara.

Gina me había dicho que tenía que hacer algo sobre mis sentimientos y mi amistad con Henry. Así que lo hice. Cedí y me acosté con él. Ahora, era dolorosamente consciente de que hacer el amor no había servido para nada para ganarme su cariño. No realmente. Porque él no podía soportar a los criminales como yo. No podía confiar en alguien como yo, ni en la oficina ni en su casa con su hijo.

Ni siquiera era un amigo con ese tipo de prejuicio. Siempre había sido consciente de que veníamos de mundos y antecedentes completamente diferentes. Él era rico y acomodado mientras yo era más pobre y tenía una mala reputación.

Pero en los raros momentos en que casi compartí mi profundo secreto con él, que tenía un pequeño historial, me convencí de que no me juzgaría. Que podía ser comprensivo y perdonador. Después de todo, Eddie lo era. Él miró más allá de mi expediente y me dio un trabajo. Fue genial al respecto. Empecé a asumir que Henry sería como su padre en aquel sentido, pero claramente me equivocaba. Eddie no había nacido rico y exitoso. Era un hombre común antes de convertirse en un influyente empresario multimillonario. Supuse que eso hacía una gran diferencia. Tal vez la crianza de Henry en la riqueza lo hizo más crítico en el fondo.

Poco importaba cómo o por qué Henry era tan crítico y duro cuando su padre no lo era. Había mostrado su verdadera cara.

No había marcha atrás en cómo había hablado.

La verdad estaba allí.

No *me* conocía si podía rechazarme bajo el estereotipo de criminal.

Odiaba que mi pasado siempre me siguiera. Hasta que pudiera borrar mi historial, siempre sería una criminal. Incluso entonces, una vez que ahorrara lo suficiente para borrarlo, no podría borrar los años de juicio, de otros como Henry y Ann, o cómo me veía a mí misma.

Como una mujer indigna de amor, sin importar a dónde fuera o trabajara.

No importaba cuánto intentara ser amada.

HENRY

¿Mia tiene antecedentes?

No podía comprenderlo.

¿Qué había hecho? ¿De qué cargos la acusaron?

La vi salir apresurada por la puerta de las escaleras, huyendo tan rápidamente que no se molestó en esperar el ascensor.

¿Mia? ¿Una criminal?

No podía imaginarla haciendo algo malo. Recogía basura cuando se la cruzaba. Me regañaba por siquiera acercarme al borde del paso de peatones por miedo a cruzar indebidamente.

Mia era demasiado *buena* para haber obtenido antecedentes. Pero los tenía. Vi la vergüenza en sus ojos. Vi la renuencia a responderme cuando la seguí a su despacho. Aquella omisión de una respuesta, aquel silencio, era la prueba. No quería decírmelo, pero era cierto.

Me quedé allí, paralizado por el shock.

Era una mujer que *conocía*. Alguien que creía conocer de pies a cabeza. Me había acostado con ella. La había ayudado a ir al médico. Trabajaba con ella. Jugaba malditas partidas de skee ball con ella.

También me había enamorado de ella, colgado de la idea de que podría ser mi esposa y la madre de Jason.

Estaba aturdido, dolido al darme cuenta de que no podía haberla conocido del todo si ignoraba su pasado. Pensaba que conocía cada detalle sobre ella, pero ella había estado mintiendo todo el tiempo, sin ser sincera sobre tener antecedentes penales.

“¿Ves?” Ann hizo un gesto hacia la puerta de la escalera mientras se cerraba. “Solo es una delincuente de poca monta”.

Apreté los puños, molesto de que esta mujer aún estuviera aquí y tuviera la osadía de jactarse de aquella noticia. Me dolía, me sentía atacado por la revelación, y justo detrás de aquel dolor

estaba la angustia de haber sido engañado por la mujer que deseaba.

“Deberías estar agradecido de que te haya salvado de involucrarte con ella”. Sonrió ampliamente cuando se abrieron las puertas del ascensor.

Laura y Jason entraron en la recepción, y me alegré de que mi hijo tuviera los auriculares puestos, con la cara hacia abajo mirando su tableta.

“Deberías agradecerme por decirte que estabas intentando involucrarte con una estúpida criminal, Henry. Te vi mirando a Mia. Me di cuenta de cómo te engañó para que te enamoras de ella. Fuiste una presa de la seducción de una criminal, y en cuanto puedas superar a esa estúpida perra...”

“¡Ya *basta!*” La cara de Laura estaba roja y crispada, y le gritó a Ann.

La gente no levantaba la voz aquí, en el piso ejecutivo. No era así como hacíamos las cosas. Ni siquiera Owen, que se acercaba cuando discutía apasionadamente con algunos de los chicos sobre el fútbol de fantasía.

Ann se burló de ella.

Laura se inclinó para quitarle un auricular. “Ve a la oficina de tu padre, Jason. Ahora.”

Frunció el ceño, mirándome a mí, luego a Ann. Hizo una mueca y se alejó de ella rápidamente, haciendo lo que Laura le decía. Me lanzó un ‘Hola, papá’ mientras pasaba, pero no se detuvo cerca de Ann.

Laura no había terminado. Se acercó a la rubia, apuntándole con el dedo en la cara. “Voy a decir esto *una* sola vez. *Lárgate. Ahora.*” Los instintos de madre osa de Laura se activaron por completo mientras empujaba a Ann hacia el ascensor. “Nadie habla de Mia de esa manera.”

Ann frunció el ceño, mirando más allá de Laura para encontrarme, como si fuera a intervenir. No lo hice. No podía. Todavía estaba demasiado sorprendido como para siquiera pensar.

“No puedes...”

Laura la empujó del hombro, incitándola físicamente a subir al ascensor. “Puedo y voy a decirte que no tienes ningún maldito derecho a hablar de Mia así. Ella es más mujer de lo que tú jamás serás.”

Tan pronto como Ann estuvo completamente en el ascensor, Laura se retiró para que las puertas se cerraran.

Una vez que los paneles de metal se deslizaron, se volvió hacia mí.

“¿Qué te *pasa?*” Negó con la cabeza, acercándose a mí con pasos firmes. “Gracias a Dios que Jason tenía los auriculares puestos. Subimos después de Ann, y lo escuché todo. Mantuve a Jason apartado y dudé en irme, pero maldita sea si iba a dejarte actuar como un imbécil.” Me golpeó el hombro, furiosa pero conteniendo su temperamento para no golpearme más fuerte. “¿Cómo te atreves a hablar así de Mia?”

“Yo—”

Me golpeó el otro brazo. “Conoces a Mia.”

“¡Pensé que la conocía!”

Entrecerró los ojos. “Sabes quién es y qué tipo de persona es. ¿Por qué una sola pieza de información antigua sobre su pasado cambiaría tu opinión sobre ella?” Se dio la vuelta, lanzando los brazos a los lados en frustración, luego volvió para mirarme con ira. “Nunca te ha dado una sola señal para no confiar en ella, para no confiarle tus cosas y contar con ella. ¿Verdad?”

Abrí y cerré la boca. No lo había hecho. Mia había sido amistosa y amable, divertida y cálida. Desde el día que la conocí, congeniamos, y nunca me había dado una pista que me advirtiera sobre no confiar en ella.

Bajo la dura reprimenda de Laura, me pregunté si estaba equivocado, si me había equivocado al juzgarla tan rápido. La Dunn Enterprises tenía innumerables programas para ayudar a jóvenes y delincuentes a volver a ponerse en pie. Nunca había tenido en cuenta el pasado de nadie más como lo hice con Mia, pero gran parte de mi reacción se sentía como un instinto. El impulso de rechazar lo que Ann decía era rápido. No pude evitar gritar con tanta pasión.

Sin embargo, al reproducir la escena en mi mente, me sentí cada vez peor. Me sentí terrible por cómo había actuado, pero aún así, no podía entenderlo.

“¿Cómo te atreves a hablar tan duramente sobre Mia?” Repitió Laura.

“¡Sonaba tan ridículo!” Exploté. “Ann me estaba enfureciendo, diciendo tantas tonterías sobre Mia, sugiriendo que podría haber sido ilegal.” La miré, esperando que discutiera. No lo hizo. Simplemente me miró fijamente.

Ella lo sabía. Lo sabía. Laura no estaba sorprendida por esto. Sabía que Mia tenía antecedentes penales.

“¿Y cómo se supone que sepa qué secretos está guardando Mia?” Negué con la cabeza, enfadado de que todavía hubiera algunos misterios sobre la mujer que quería para el resto de mi vida. “Siempre se queda fuera hasta tarde y actúa como si estuviera privada de sueño por la mañana.”

Notando a Jen y a otro trabajador de la oficina asomándose por la esquina, les señalé. “Y no me digas que es porque se queda despierta hasta tarde leyendo.”

Me burlé de Laura. “Quién sabe qué está haciendo toda la noche.”

Laura se puso las manos en las caderas. “Me gustaría pensar que se ha dado cuenta del hecho de que nunca te importará más allá de ser una empleada. Tal vez ha estado más ocupada de lo habitual por la noche porque ha encontrado a un hombre que pueda tratarla bien.”

Joder. Golpeó donde dolía. Me había estado preocupando que Mia encontrara a alguien más. Escuchar a Laura decirlo como una burla dolía.

Pensé en lo bien que había tratado a Mia durante la noche que compartimos juntos. Qué

dulce se veía cuando llegó al clímax. Qué tierna era cuando me daba placer.

Odiaba la idea de que Mia mostrara ese lado suyo a otro hombre. Odiaba la idea de que alguien más fuera recompensado con sus sonrisas y orgasmos. Reprimiendo los celos instantáneos, me enfrenté a Laura, decidido a averiguar qué sabía, cómo podía defender a Mia frente a su propia confesión de haber hecho algo mal, confesada a través de su silencio.

“Mia no está haciendo nada malo por la noche”, declaró Laura, tranquila e inquebrantable.

“¿Cómo lo sabes? ¿Qué no me estás contando sobre ella?” Me sentía herido de nuevo de que mi vecina, la mujer que cuidaba a mi hijo, conociera más detalles personales sobre Mia de los que yo conocía.

Laura resopló, mirando hacia otro lado mientras negaba con la cabeza. “Esa no es mi historia para contar. Tendrías que preguntárselo a ella. No es que espere que ahora te dedique su tiempo.”

Yo tampoco lo esperaba, y ya la ausencia de ella se sentía tan oscura y pesada.

MIA

La primera semana después de renunciar a mi trabajo en la Dunn Enterprises me pareció un mes de agonía. Cada noche, me iba a dormir pensando en cómo podía haberme equivocado tanto con Henry, para llegar a pensar que iba a ser un hombre que me amara. Cada mañana, me despertaba aplastada con el recordatorio de que no lo volvería a ver.

Echarle de menos se volvió un rito de vida. También extrañaba a Jason. Incluso a Eddie. A Laura. A Jen. A todas las personas de la oficina. Habían sido mis conocidos, suplentes de los miembros de la familia que nunca tuve.

Ahora, lo único que tenía era a Gina. Ella se había apiadado de mí cuando llegué llorando y le conté cómo había renunciado. Sabía sobre mi pasado, y nunca me había juzgado. Muchas de las personas que trabajaban en el Danger tenían pasados.

Debido a que me sentía tan sola y molesta en casa, ella me sugirió que me quedara con ella en su piso. Ayudó un poco, tener a alguien con quien hablar, a quien oír de fondo, porque si tenía que viajar a través de la ciudad cada noche y volver a mi pequeño y solitario lugar, lloraría hasta deshidratarme.

Bailar era mi único consuelo. También me daba más dinero, tomando turnos nocturnos en lugar de solo unos pocos para complementar mi salario de secretaria. Aún podía perderme en la música y seguir el ritmo. Me ayudaba a quedarme insensible y permanecer dentro de una coraza, protegiéndome de la constante avalancha de emociones que me atormentaban.

Mi corazón dolía. Mi cabeza dolía. Mi alma estaba destrozada. Pero me exponía para bailar y seguir adelante.

Hasta que una noche, me preocupé al ver a Owen entre la multitud. Juré que era él, sentado más atrás, donde era más difícil ver claramente a los invitados. Parecía él, un hombre alto con la cabeza rapada y ojos oscuros y astutos.

Mierda.

Llevaba mi máscara para esta rutina familiar, la cubierta de mascarada que ocultaba la mitad de mi rostro. Pero aún así, no podía deshacerme de este pensamiento persistente de que me

estaba mirando directamente, observándome.

Durante unos días, me pregunté si Henry aparecería aquí en su búsqueda incansable de ‘mí’. Había estado tan ansioso por encontrar a la bailarina que lo había impresionado, pero hasta ahora, no se había presentado.

Entre bastidores, después de que la rutina terminó, suspiré y me senté en una silla.

No era Owen. No podía ser. Estaba proyectando mis miedos en extraños, tensa de que alguien del mundo Dunn pudiera encontrarme en este mundo del Danger.

Diablos, ya no hay el mundo Dunn. Lo dejé. La única identidad que tenía ahora era la de una bailarina aquí en un club de mala muerte.

Un golpe en la puerta anunció la entrada de Gina. Con ella estaba el hombre que estaba tratando de convencerme de que no había visto.

“Vaya, mierda.” Me enderecé, frunciendo el ceño a Gina, haciendo una mueca mientras llevaba a Owen hacia atrás.

“Oye, nena. Este tipo quería hablar contigo...”

Le sonreí irónicamente. Sabía muy bien que Owen era amigo de Henry. “¿Y los de seguridad lo dejaron pasar?” Crucé los brazos, sin levantarme de donde estaba sentada. Mi máscara estaba fuera, pero mi disfraz seguía puesto. Había sido desenmascarada. Owen podía ver claramente que yo era la bailarina que él y Henry habían notado.

“¿Lo dejaste pasar aquí?” Le pregunté, clavándole una mirada dura. Ella no se tomaba a la ligera la seguridad entre bastidores.

“Pensé que podría ayudarte hablar, y bueno, no sé.” Rápidamente retrocedió, saliendo de la situación.

Owen se quedó allí después de que ella cerró la puerta. No entró más en mi camerino, mirando alrededor del pequeño espacio. Todos los disfraces, pelucas, máscaras, todo eso.

“Así que eres tú.”

Asentí.

“Sí. Bailo aquí.”

“Eres la bailarina que vimos aquella noche.”

Volví a asentir, sin energía para hacer más. La tensión me mantenía atrapada, y deseaba saber cómo manejar aquel momento incómodo.

“No me extraña que Henry estuviera tan obsesionado con encontrarte, por qué estaba tan encantado.”

Puse los ojos en blanco. “¿Conmigo?”

“De ti. La mujer de la que ha estado enamorado desde el día que entró a la oficina y te vio.” Estaba totalmente serio. Su tono no era burlón. Pero no le creí.

Me reí amargamente, deseando que eso fuera cierto. “Claramente, ya se ha olvidado de mí. La ‘yo’ bailarina. Tenía medio miedo de verlo en el público, pero ya no viene a este club.”

“Porque Jason está afectado por toda esa situación. Ha necesitado consuelo cada noche.”

Me hundí en mi asiento, odiando que mi renuncia lo afectara. Había cortado todo contacto con cualquier persona de la oficina, y eso había afectado también aquel dulce niño.

“Jason está molesto porque ya no te ve, Mia.”

“Nunca tuve la intención hacerle daño nunca,” respondí en voz baja.

“Seguro que no. Pero el momento no era el mejor. Tuvo que hacer un informe sobre su madre para su campamento de verano. Lo escribió sobre ti. Cuando lo presentó, se echó a llorar, y los otros niños fueron unos idiotas y gamberros al burlarse de él. Henry está o en el trabajo o en casa tratando de consolarlo.”

Tragué saliva con fuerza, sintiendo el ardor de las lágrimas. No lloraría. Me negué. Pero maldita sea, la idea de Jason sufriendo o extrañándose así me dolía mucho.

“Eddie también ha estado buscándote.”

Levanté las cejas.

“Está preocupado por tu renuncia.”

“¿Henry no le dijo por qué—o cuándo—renuncié?”

Se encogió de hombros. “Creo que Laura le contó lo que pasó aquel día.”

“Eddie era el único que sabía sobre mi pasado. Lo pasó por alto. Pero parece que su hijo no pudo.”

“Créeme. Eddie ha tenido muchas palabras duras para decirle a Henry, pero todo el mundo está enfocado en Jason. Está realmente molesto.”

“No era mi intención.”

Asintió. “Ya lo sé. Nunca harías nada para lastimar a Jason.”

Entrecerré los ojos. “¿Estás insinuando que *lastimé* a Henry?”

“No. Fue un completo idiota al desquitarse así y decir lo que dijo. Jen me lo contó. Ojalá no hubiera estado fuera de la ciudad aquel día para poder intervenir en la oficina.”

No respondí.

“Eddie también está preocupado porque no estás en casa. Está medio convencido de que has desaparecido y está a dos segundos de poner un aviso de persona desaparecida por ti. Laura lo ha convencido de no hacerlo.”

Tendría que hacer planes para agradecerle. “No he estado en casa. Me estoy quedando con una amiga.” No le debía ninguna explicación. Se la daría a Eddie, o a Henry, y no quería darles más detalles sobre cómo vivía mi vida. Me sentía terrible por abandonar a Jason. A Eddie también. Pero no había forma de que pudiera quedarme allí y verlos mientras evitaba a Henry. Aún así, decirle a Owen que simplemente me estaba quedando con alguien más podría calmar el fuego de que me estuvieran buscando.

Mientras consideraba cómo todos ellos debían estar descolocados con la forma en que me fui, me dio curiosidad saber si alguien más sabía que era bailarina. “Laura siempre supo que trabajaba aquí. Me encontró trabajando aquí cuando estaba en una despedida de soltera, y no bailaba con máscara.” Me encogí de hombros. “Luego comenzamos a hablar, y compartí un poco sobre mi pasado.”

“Justo.”

“Ella...” Me lamí los labios. “¿Les contó a todos sobre mí? Eddie sabía sobre mis antecedentes, pero no que bailaba.”

“No.” Sacudió la cabeza. “Seguro que fue una sorpresa para mí que bailaras aquí.”

Estaba desesperada por preguntar por Henry. Cómo estaba. Qué estaba haciendo. Owen ya había dicho que estaba ocupado consolando a un Jason angustiado, pero quería saber cómo estaba llevando mi partida.

Me quedé callada. No podía rebajarme tanto como para preguntar. Señalaría mi interés, y aunque extrañaba aquel hombre con todo mi corazón roto, no podía permitirme estar en una situación tan vulnerable de nuevo, suplicando y hambrienta de pistas y noticias.

“¿No tienes curiosidad por Henry?” Owen se metió las manos en los bolsillos. “¿Por cómo está y todo eso?”

Era casi como si pudiera leer mi mente o adivinar sobre qué estaba tan callada. “No,” mentí en su lugar. “He estado demasiado ocupada trabajando para pensar en él.”

“Pero no trabajando para él otra vez, ni siquiera en el Fifty, ¿verdad?”

Lo miré fijamente.

“Has rechazado todas las ofertas que te pasaron a través de Gina,” aclaró.

“No. Nunca volveré a trabajar para Henry.” Me enderecé. “Pero la idea de mudarme y empezar de nuevo en algún lugar nuevo me atrae. Podría ganar más. Un nuevo comienzo lejos de Henry podría hacerme bien.”

“No puedes decir eso en serio.”

Resoplé. “Me ha mostrado su verdadera cara. Me ha dicho lo que piensa de mí.”

“No te dijo nada. Estaba tratando de sacar a Ann de allí y no podía creer lo que ella dijo.”

Negué con la cabeza. “No estoy escuchando excusas.”

“Mia, está miserable.” Bajó la cabeza, tratando pasivamente de ponerse más a mi nivel. “Está convencido de que ha metido la pata sin remedio. Que nunca tendrá derecho a pedirte que vuelvas a la oficina, o siquiera a ser su amiga de nuevo. Nada.”

Presioné los labios y miré hacia mis pies descalzos. Esos zapatos hermosos pero dolorosos que llevaba para los números siempre eran lo primero que me quitaba.

“Está perdido sin ti,” añadió Owen. “Y se está arrepintiendo de lo que dijo.”

Escuchando sus palabras, me pregunté de nuevo si había sido demasiado precipitada, si me hubiera quedado y simplemente me hubiera explicado, él querría que me quedara. Le conté a Eddie hace años sobre mis antecedentes, y no me juzgó. Me dio una oportunidad para cambiar mi vida. Respetó que nunca aceptaría caridad, pero me probaría con un trabajo.

¿Fui demasiado precipitada al rendirme con Henry? Sabía que ya estaba de mal humor, teniendo que enfrentarse a Ann. Si me tomara el tiempo de contarle sobre mi pasado y disculparme por nunca haber sido sincera, tal vez habría una posibilidad de que lo entendiera y quisiera superarlo. No era como si alguna vez hubiéramos tocado el tema sobre si alguna vez habíamos sido arrestados o tenido problemas con la ley. Él nunca miró mis archivos de recursos humanos. Eddie sí lo hizo cuando me contrató, y eso fue todo. Henry nunca habría sabido sobre mi pasado a menos que se lo dijera. Un poco de culpa me llenó, pensando que debería haber dado un paso adelante para explicarme.

No. No cambiaría de opinión.

Me encogí de hombros, sabiendo que no podía arriesgarme más con el hombre que tanto había querido durante años. Me negaba a poner mi corazón en juego así otra vez. Estaba demasiado roto, golpeado y astillado, luego aplastado y pulverizado.

Confié en el beneficio de la duda una vez. Cuando Dennis me tendió una trampa para ‘ayudarlo con un favor’, pensé que podía confiar en él, que podía creer en lo que decía y en su comportamiento. Me engañó, me incriminó, y aprendí lo mucho que podía doler el amor cuando tuve que cumplir aquella pequeña condena mientras él se iba libre de cargos, echándome la culpa de todo.

Desearía poder darle a Henry el beneficio de la duda, que pudiera arriesgarme por él y mis sentimientos hacia él para sentarme y hablar. Casi sentía que le debía una conversación.

Pero simplemente era demasiado arriesgado. No podía exponer mi corazón así de nuevo.

Estaba demasiado roto para ser remendado de nuevo.

HENRY

Una semana. Habían pasado siete días desde que Mia renunció. A mí. A trabajar en la Dunn Enterprises. A todo.

Se había ido, con la cabeza bien alta, y se había llevado toda la alegría y la luz de mi existencia.

No podía vivir conmigo mismo así. El desprecio hacia mí mismo y el arrepentimiento me consumían, acumulándose cada día hasta que sentía que iba a volverme loco de tanto extrañarla.

La cagué con ella de la peor manera. Nadie podría arruinarlo con el amor de su vida como yo lo hice con ella. Nadie.

“Henry.” Mi padre entró en el despacho de Mia, y suspiré. Era tarde. Bien pasada la hora en que el resto del personal se había ido a casa. Cómo sabía que estaba aquí, no me importaba averiguarlo.

Era mi único consuelo: mirar las decoraciones y objetos que una vez definieron a la mujer llena de vida que trabajaba aquí.

Sostenía el marco de una foto entre mis manos, preguntándome cuándo perdería el recuerdo de ella colocándolo boca abajo, como un cierre firme sobre la posibilidad de que alguna vez estuviéramos juntos.

Nunca. Nunca olvidaré cómo hizo eso.

“¿Está Laura con Jason?” Le pregunté. Había estado cuidándolo mientras yo estaba en la oficina. Aunque era un abuelo devoto e involucrado, mi hijo estaba muy necesitado y pegajoso últimamente.

“Sí. Lo llevó a tomar helado y le prometió una noche de películas.” Suspiró, sentándose en la otra silla. Mirando alrededor de la habitación, pareció buscar qué decir. “Lo arreglamos para que pudieras...” Se encogió de hombros. “¿Salir a correr otra vez? No sé. Lo que necesites para poner tu cabeza en orden otra vez.”

“Lo único que podría poner mi cabeza en orden es tener a Mia de vuelta.” No tartamudeé ni

dudé. Lo miré directamente a los ojos mientras le decía la verdad.

“Bueno, no estoy seguro de cómo podrías intentar eso.” Cruzó las manos sobre su regazo. “He estado revisando en su apartamento, y parece que no está allí.”

Fruncí una ceja. “Papá. ¿Me escuchas? No seré el mismo sin ella.”

Él asintió.

“No porque fuera mi secretaria.”

De nuevo, asintió con la cabeza.

“Porque la amo.”

Él soltó una carcajada. “¿Estás seguro de eso?” Cruzó los brazos. “Si la amaras, no habrías sido tan rápido en juzgarla.”

“No la juzgué, papá. Estaba sorprendido y a la defensiva con ella. Ann me estaba irritando, apareciendo y molestándome. Sospechaba que estaba inventando mierdas y difamando a Mia porque hasta ella se dio cuenta de que mi corazón le pertenecía a ella.”

“Estoy extremadamente decepcionado de ella. De ella y de su padre.” Hizo un gesto con la mano en el aire. “Nunca volveré a hablar con él. Criar a una chica mimada como esa?” Hizo una mueca. “Gracias a Dios que no te importó Ann.”

Le di una mirada severa. “Porque no estaba buscando a nadie. Tenía a Mia aquí todo el tiempo.”

Frunció el ceño. “Entonces, ¿por qué demonios nunca dijiste nada?” Mirando a un lado, suspiró pesadamente. “Jason la adora. Ella soporta tus tonterías. Y... ¿Por qué, Henry? ¿Por qué?”

Incliné la cabeza hacia un lado. “No lo sé. Porque la última vez que realmente me involucré con una mujer, me quemó y me dejó con un recién nacido del que no quería saber nada. Y amenazó con tantas demandas y tonterías que implementamos políticas de no fraternización.”

Él hizo una mueca. “Puedo ver cómo eso sería un obstáculo...” Se frotó la barbilla. “Pero estamos hablando de Mia. Podrías haberme dicho algo.”

“No podía cuando no estaba seguro de cómo se sentía ella por mí. Si sentía algo por mí. Más allá de la amistad o de una relación laboral. Siempre ha estado ligeramente reservada para acercarse demasiado.”

“No la culpo.”

“Papá.” Me senté hacia adelante, manteniendo la foto enmarcada en mi regazo. “¿Qué hizo ella? Tuviste que haber hecho una verificación de antecedentes. Debes saberlo, y aun así, la contrataste.”

“Por supuesto que lo hice. Independientemente de cualquier historial que pudiera haber tenido, supe desde el momento en que la conocí que tenía un buen corazón y un alma dulce.”

“Entonces, ¿qué...”

Fue su turno de levantar una mano y detenerme. “Tienes que preguntárselo a ella. Cuando la contraté, acordamos que siempre sería ella quien compartiera los detalles de su pasado. No voy a traicionar su confianza ahora, ni siquiera cuando no está aquí.”

Pero, ¿cómo puedo lograr que regrese? La necesitaba en mi vida. Cada segundo que pasaba separados se sentía como el infierno.

“Aunque respeto que actuaste rápido para defenderla, deberías haber controlado tu temperamento, hijo. Escuché cómo reaccionaste. Podrías haberlo moderado, podrías haberle dado más oportunidad de explicarse en lugar de actuar tan enojado.”

¿Cuántas veces tendré que repetir esto? “Estaba enojado con Ann. No con Mia. Estaba sorprendido, sí, pero maldita sea. Odio que ella pueda siquiera pensar que yo querría lastimarla.”

“Entonces, si y cuando ella regrese, realmente espero que puedas transmitirle una disculpa sincera.” Se puso de pie, mirando nuevamente la colorida habitación. “¿Sabías que traté de convencerla de no tomar esta oficina cuando comenzó?”

Negué con la cabeza. “No.”

Él sonrió. “Sin ventanas. Se siente tan confinada y pequeña.”

“A ella le encanta esta oficina.” Mentalmente gemí, dándome cuenta de mi error. Ella ya no trabajaba aquí. “*Le encantaba* esta oficina.”

“Me dijo que le gustaba, tener privacidad y sentirse segura aquí. Como si perteneciera aquí y nada pudiera invadir su felicidad.”

Exhalé un largo suspiro, odiándome más por haberle quitado eso. No la había despedido, pero me culpaba por su renuncia.

“Y si la encuentras...” Caminó hacia atrás y se inclinó para colocar una pequeña caja de anillo sobre el escritorio. “No pierdas ni un minuto más.”

Sonreí al ver el contenedor que albergaba el anillo de mi madre, una reliquia familiar. Mi madre lo había usado hasta que falleció. Y ahora, estaba de vuelta en la familia para ser usado de nuevo.

Su implicación era clara, y acepté la ofrenda sin decir palabra. Después de mirar la joya antigua, cerré la tapa y guardé la caja en mi bolsillo.

Si pudiera tener una segunda oportunidad con ella, no desperdiciaría ni un segundo en hacerla mía para siempre.

“Gracias.”

Se fue, pero no me quedé mucho tiempo en aquel despacho. Su ausencia se sentía demasiado aguda allí. En cambio, como Laura estaba con Jason, aproveché la oportunidad para regresar al Danger.

Era donde había besado a Mia por primera vez.

Era donde ella había mostrado una crítica artística de los bailarines.

Era donde le había preguntado por qué no podíamos considerar estar juntos.

Diablos, tal vez aquella bailarina estaría allí esta noche. Dudaba que me sintiera tentado, no después de perder a Mia. Sin ella, disfrutar de algo se sentía como un crimen. Como si la vida estuviera en escala de grises y apagada.

Después de pagar mi entrada, entré y levanté las cejas al ver la gran multitud. Llegué tarde. El espectáculo ya estaba más de la mitad, y desistí de la idea de encontrar un asiento.

No importaba. Solo había venido para pasar el tiempo que se movía tan lentamente después de arruinar las cosas con Mia. Ver a esa talentosa bailarina tal vez me tentaría a dejar de obsesionarme con mi pérdida por un momento.

Escaneando las oscuras multitudes, busqué un lugar para sentarme o permanecer de pie. La única área que no estaba llena era cerca del costado. Me acomodé, rechazando al camarero que pasaba entre las mesas, ofreciendo tomar pedidos de bebidas.

Entonces miré hacia arriba.

Y la vi.

La bailarina. Estaba a mitad de un paso en un giro complicado y rápido. Pero era ella. Recordaba la longitud esbelta de sus piernas. El delicado y brillante bordado de su disfraz. Incluso el cabello largo.

Pero también era *ella*.

“¿Mia?”

Di un paso adelante, hipnotizado por las similitudes. Una media máscara cubría su rostro, pero cuanto más la miraba, más convencido estaba de que la misteriosa bailarina que había captado mi atención era mi Mia. Eran iguales.

Observé sus labios pintados y sonrientes abrirse más en una sonrisa arrogante, siguiendo el juego a la teatralidad de esta rutina de baile. Había besado esos labios hasta dejarlos hinchados. Miré sus pómulos altos, recordando lo suave que era su piel sedosa cuando tomaba su rostro entre mis manos.

Más abajo, arrastré la mirada sobre sus pechos, golpeado por un ataque de lujuria al recordar cómo los había succionado y jugueteado con sus pezones duros. Más abajo aún, su estómago plano y fuerte de bailarina. Sin grasa y lleno de fuerza. Ella se había tensado allí cuando bajé para complacerla.

Sus caderas. Se balanceaban al ritmo de la música, pero en mi cama, las había sostenido mientras me hundía en su calor apretado.

Aquellas piernas. Las había envuelto alrededor de mí, acercándome mientras perseguíamos

nuestros orgasmos juntos.

Entrecerré los ojos al ver la pequeña marca de nacimiento ovalada en lo alto de su muslo.

Era ella.

Mi mente no me estaba jugando una mala pasada. Mis ojos no me engañaban. Esa marca de nacimiento lo probaba sin lugar a dudas.

La bailarina que quería contratar, el entretenimiento que estaba desesperado por contactar.

Era *ella*.

Mirando sus piernas, presencié un leve tropiezo. Falló un paso, y al mirar hacia arriba, sentí la intensidad completa de su mirada sobre mí.

Nos cruzamos las miradas, haciendo contacto visual como si solo estuviéramos los dos aquí. Nadie más importaba. Todos los demás bailarines, músicos, camareros e invitados eran insignificantes.

En aquel momento crucial de volver a verla después de que salió corriendo de mi vida, solo estábamos ella y yo.

La sorpresa se reflejaba en sus brillantes ojos verdes, tan abiertos con alarma. Su pequeño error tuvo que haber sido por mi culpa, al sorprenderla con mi presencia aquí.

Sabía que se daba cuenta de lo que esto significaba. Tenía que sentir este cambio, esta consciencia entre nosotros.

Ella sabía.

Sabe que yo lo sé.

Nada más podría haber causado aquella expresión de pánico en sus ojos, una expresión de *oh, mierda* que tan cuidadosamente intentaba ocultar.

Una máscara no la escondería de mí.

Un disfraz llamativo no la mantendría oculta.

La había descubierto. Su ‘cobertura’ estaba arruinada.

Con la música disminuyendo y los aplausos rugiendo más fuerte, supe que era mi oportunidad.

La observé mientras me apresuraba hacia un lado, desesperado por llegar al área tras bastidores. En cualquier momento, ella se iría a los camerinos, y yo tenía que encontrarla. Empujando y abriéndome paso hacia donde los dos altos guardias bloqueaban el camino, bajé la cabeza y me abrí paso entre la multitud mientras se ponían de pie y daban una ovación de pie.

No me importaba que me miraran con el ceño fruncido al pasar. Ignoré las quejas sobre mi carrera impetuosa hacia el costado.

Tenía que alcanzarla.

Mirando hacia el escenario, seguí sus movimientos. Dónde estaba. Ella seguía a sus colegas, pero cuando miró hacia abajo y me vio dirigiéndome hacia el acceso tras bastidores, hizo una mueca y se apresuró aún más.

“¡Mia!” Grité hacia ella en el escenario. No podía oírme. No sobre la música. No con los aplausos de la multitud. Silbidos, gritos, aplausos y vítores ahogaban todo lo demás.

“¡Mia!” La llamé por última vez antes de girar, enfrentándome a los guardias mientras me acercaba a ellos.

“Eh, tío.”

Ambos levantaron las manos. “Prohibido el paso.”

“Yo tengo que...”

“No.”

Un borracho se acercó tambaleándose, aparentemente con ganas de pelear con ellos. “Hey, sean amables, eh.”

“Retrocede,” dijo uno de los guardias de seguridad.

No podía. Estaba decidido a verla. “Solo...”

El borracho murmuró algo y lanzó un puñetazo al otro guardia.

Mientras estaban distraídos, me escabullí, corriendo en busca de Mia.

“¡Mia!” Grité tras ella, viéndola más adelante en un pasillo estrecho.

Detrás de mí, otros guardias se apresuraron para atraparme, todos gritando que no podía estar aquí.

“¡Mia!”

Manos fuertes me rodearon los brazos, y fui arrastrado mientras veía a Mia escabullar por una puerta al fondo.

MIA

“Oh, Dios mío. Dios mío. Dios mío.” Caminaba de un lado a otro en el pequeño camerino.

Ayer, me sorprendió ver a Owen en el Danger. Gina lo trajo en mi camerino, y él me dijo que no le diría a Henry que yo era la bailarina misteriosa que él había buscado antes. Le creí, pensé que cumpliría su palabra.

Ver a Henry entre el público demostró lo estúpida que fui al creerle.

Sacudí la cabeza, repitiendo el mismo ‘oh, Dios mío’ entre respiraciones agitadas. Nunca había salido tan rápido del escenario en toda mi vida, y aun así, casi había logrado alcanzarme aquí atrás.

“¿Cariño?” Gina golpeó una vez antes de entrar. “¿Estás aquí?”

Asentí, arrancándome la máscara mientras caminaba de un lado a otro. Ni siquiera me había quitado los zapatos. Así de desesperada estaba por esconderme.

Todo lo que hacía con Henry era esconderme. Le ocultaba mis sentimientos, le ocultaba mi pasado. Mi segundo trabajo. Pero no mi amor. Me había arriesgado a mostrarle cuánto me importaba, y él arruinó eso también.

“Vaya, hay un alboroto ahí afuera. Un borracho intentó colarse hasta aquí,” Gina cerró la puerta, frunciendo el ceño.

“No era un borracho.” Negué con la cabeza, intentando recuperar el aliento. Bueno, tal vez Henry estaba borracho. Lo dudaba, sin embargo. Cuando lo vi entre la audiencia y entendí que su mirada implicaba que me había reconocido, parecía estar despejado, no ebrio.

“¿Eh?” Frunció el ceño. “Lo vi. Charlie estaba sacando a un tipo calvo que apestaba a alcohol.”

Negué con la cabeza. “Henry. Henry está aquí.”

Sus ojos casi se salieron de las órbitas. “¿Qué?”

“Estaba entre el público. Me vio. Creo que vio mi marca de nacimiento y me reconoció.”

Se cubrió la boca. “Oh, Dios mío.”

Eso es lo que yo dije.

“Tengo que irme. Tengo que salir de aquí.” Si él seguía ahí afuera, no podía enfrentarlo. Era suficientemente malo que algo se desmoronara en mi cara. Él había descubierto mi secreto de tener antecedentes. ¿Pero también enterarse de que era bailarina? No sabía cómo enfrentarme a él después de eso.

No podía soportar que su opinión sobre mí cayera aún más al enterarse de que trabajaba como bailarina exótica.

“Mierda. Vete. Vete.”

Tenía un número más por hacer, pero simplemente no podía volver a salir.

“Haré que Samantha te cubra en el número de cierre. Alguien. Vete. Lárgate de aquí.” Hizo una mueca, preocupada por mí. “Y si lo veo, intentaré mantenerlo alejado.” Luego mordió su labio. “A menos que... ¿quizá te ayudaría hablar con él?”

Negué con la cabeza, quitándome la cabeza del traje y desatándome los zapatos. “No. Ni de broma. No así.” Una cosa a la vez. No podía imaginarme tener que confesarle que yo era la bailarina que él quería contratar para el Fifty.

Las mentiras eran horribles. Odiaba decirlas. Despreciaba mantenerlas. Y una gran dosis de culpa me inundaba. ¡Nunca debí haber dejado que esto se complicara tanto desde el principio!

“Maldita sea.” Gina me agarró la mano. “No puedes volver a mi casa.”

Fruncí el ceño mientras me desabrochaba y me quitaba el traje de baile. No era nada que ella no hubiera visto antes. “¿Por qué no?” Ese era el lugar al que pensaba ir. Henry sabía dónde vivía. Podía evitarlo y esconderme en casa de Gina. Esperaría a que ella volviera para que pudiéramos hablar y, con suerte, me diera un consejo sobre qué hacer a continuación.

“Recibí un correo electrónico de que los de mantenimiento van a cambiar las cerraduras por ese robo que hubo dos pisos abajo.” Hizo una mueca. “No te darán la llave. Tengo que recogerla yo como inquilina registrada.”

“Maldita sea.” Me pasé la mano por el cabello, recogéndolo. La laca se crujía, pero no me importaba la textura pegajosa y rígida. No podía preocuparme por nada más que huir.

“Vete a casa, y te revisaré en cuanto pueda.” Miró su reloj. “Tengo que irme. Tiempo de escenario.”

Le hice un gesto con la mano mientras se iba, y tan pronto como me puse las sandalias, agarré mi bolso para salir.

Henry no estaba en la puerta trasera cuando me escabullí. Tampoco estaba acechando en el callejón.

No lo subestimaría, sin embargo. No después de lo decidido que había estado en escabullirse

entre la seguridad para llegar hasta mí tras bastidores.

No me rendiré. Me mantendré firme.

Caminé a casa, asumiendo que él estaría ahí esperando interceptarme. Y cuando lo vi, *tuve* que proteger mi corazón. No podía ser tan tonta como para dejarme convencer de que él no me juzgaba como a una basura.

Efectivamente, él estaba allí, de pie en mi puerta, con las manos en los bolsillos. No era justo lo atractivo y sexy que se veía, simplemente apoyado contra la pared, casual y paciente.

Una parte de mí quería correr a sus brazos. Pero la otra mitad lógica me advirtió que debía endurecerme.

Manteniendo la cabeza alta, caminé sin prisa, esperando mostrarle que no podía afectarme. No podía controlarme con este deseo y amistad que una vez pensé que era mutuo.

“¿Estás aquí para juzgarme un poco más?” Le pregunté, orgullosa de mantener mi tono firme y claro, sin quebrarse ni sonar demasiado agudo.

Me observó, contemplándome como si fuera un hombre hambriento y yo el banquete que imaginaba en sus momentos más oscuros.

“No.”

Levanté las cejas. “Era una delincuente. Y ahora soy una 'bailarina fracasada y sin futuro'.”

“Ann dijo eso. No yo.”

Puse los ojos en blanco. “¿Puedo caer aún más bajo tu mirada crítica?”

Él suspiró, bajando la barbilla hacia el pecho. “No, Mia.”

“No soy una de esas mujeres ricas y decentes que Eddie te pone en la cara. No soy el tipo de nuera que él querría en su familia.”

Un ligero tirón en sus labios me hizo preguntarme si estaba ocultando una sonrisa, pero sería demasiado cruel de su parte, sonreír o burlarse de mi dolor. Solo estaba diciendo la verdad, maldita sea.

Sacudió la cabeza. “¿Puedo entrar, por favor?” Inclinando la cabeza hacia mi puerta, indicó que quería hablar conmigo allí, en privado y a solas.

Recordé lo que habíamos hecho la última vez que lo dejé pasar por aquella puerta. Me había hecho correr. Nos habíamos besado y nos habíamos entregado, mostrándonos lo bueno que era ceder.

Ya no más.

Estaba decidida a mantenerme fuerte y proteger mi corazón. No me haría daño de nuevo.

Estaba demasiado protegida para dejarlo entrar. Mi corazón, mis pensamientos y mi hogar.

“No es buena idea,” le dije.

“Yo...”

Su teléfono sonó, y gruñó.

“Vuelve a tu vida, Henry. Con tu familia. Tus mujeres de sangre azul y ricas.”

“Eso no es...” Frunció el ceño, casi dejando caer el teléfono mientras lo sacaba de su bolsillo. “¿Laura? ¿Hola?”

Respondió, pero como no estaba en altavoz, no supe qué le dijo para que la cara de Henry se pusiera pálida.

Me tensé, temiendo malas noticias. Podía proteger mi corazón de aquel hombre, pero eso no evitaba que me importara y lo amara. No le deseaba nada malo.

“¿Qué?” Bajó el teléfono, poniéndolo en altavoz mientras tomaba mi mano.

No me estremecí, demasiado nerviosa por la expresión temerosa de su rostro.

“¡Se ha ido, Henry!” Dijo Laura entre lágrimas. “¡Jason se ha escapado!”

HENRY

Mi corazón se detuvo. Se saltó un latido cuando escuché la noticia más aterradora que un padre podría escuchar.

“Henry se ha escabullido. Un segundo estábamos en casa para que pudiera cambiarse los zapatos, ¡y luego se fue mientras yo estaba en el baño!”

“Cálmate, Laura,” dijo Mia. Había perdido su indiferencia, entrelazando sus dedos con los míos y apretando mi mano más fuerte. Me aferré a aquel apoyo que me ofrecía, consciente de que ya no tenía derecho a tenerlo. La había herido. Y aún así, ella ponía a mi hijo y a mí primero.

“¿Mia?” Preguntó Laura.

“Cálmate y explica lo que pasó,” dijo Mia, tomando el mando mientras yo quedaba paralizado en un pánico temporal. Jason era todo lo que tenía. Era mi hijo, y lo amaba más que a la misma tierra. La idea de que se *hubiera ido*, de cualquier forma, casi me derribaba.

“Lo llevé a tomar helado, y luego fuimos al cine. Pidió ir a casa a mitad de la película, diciendo que no estaba de humor para una. Así que volvimos a casa, y sugerí ir al parque a pesar de que era tarde. Le gusta el chapoteadero. Llegamos aquí, y dijo que quería cambiarse de los zapatos a las sandalias. Fui al baño, y cuando salí, ya no estaba. Dejó una nota que decía que quería encontrarte, Mia, y traerte de vuelta a su vida.”

Ella se cubrió la boca, preocupada y conmovida. “¿Cuándo fue eso?” Preguntó.

“¿Llamaste a la policía?” Pregunté.

“Llamé a la seguridad del edificio. Están buscando ahora.”

Mia negó con la cabeza. “¿Cuándo dejó la nota?” Preguntó.

“Hace unos diez minutos,” respondió Laura.

Mia soltó mi mano y se apresuró a abrir la puerta. Aunque parecía preocupada, también parecía segura.

“Es noche de videojuegos. Apuesto a que ha ido allá,” explicó.

Asentí. El alivio me inundó. Tenía que tener razón. Pero aún así, Jason solo tenía siete años, demasiado joven para estar solo por la ciudad.

“Déjame cambiarme, y vamos a buscarlo.”

“De acuerdo.” Esperé en la puerta mientras ella entraba corriendo, dejando la puerta abierta. “Laura, vamos a ir a buscarlo.”

“Oh, Dios. Lo siento mucho. Debería haber...”

“No podrías haberlo previsto.”

“Actuaba tan deprimido. Se me olvidó completamente que esa noche habría sido vuestra noche de videojuegos.”

La semana pasada, en la primera noche de arcade sin Mia, había llorado todo el tiempo, tan molesto hasta quedarse dormido.

Mia regresó corriendo, y corrimos hacia mi coche juntos. Ella no estaba en pánico, pero estaba decidida a encontrarlo. No dudaba, solo avanzaba a toda velocidad para ayudarme a recuperar a mi hijo.

Sentía un nudo en el estómago, apretando el volante con fuerza mientras conducía hacia el arcade. El tráfico no era tan denso como de costumbre, y aceleré todo lo que pude. Aun así, se sentía demasiado largo.

“Tiene que estar allí,” dijo Mia, consolándome a pesar de la mueca que cruzaba su rostro.

Espero. Rezo. Le daré una buena charla por haberse escapado así, sin importar cuán angustiado estuviera, pero estaba agradecido de que Mia estuviera aquí conmigo en aquel momento, para ayudar y ofrecer apoyo.

Esta era la mujer que conocía. Esta era la Mia que amaba. No era una criminal. No era una fracasada por ser bailarina. Era una mujer fuerte, generosa y ferozmente amorosa que quería mantener en mi vida para siempre.

“Allí,” dijo ella momentos después, señalando un lugar para estacionar.

Viré hacia él, frenando de golpe. Salimos corriendo, frenéticos por llegar a la entrada del arcade. Una vez que lo hicimos, vimos a Penni, una de las trabajadoras habituales, saludándonos y sonriendo desde detrás del mostrador.

Señaló hacia la izquierda, y vi la parte trasera de la cabeza de Jason.

Mi corazón se relajó. Casi me derrumbé de alivio. Mia me cogió de la mano, notando cómo inmediatamente me calmé al verlo.

Penni salió de detrás del mostrador. “Lo vi llegar y he estado vigilándolo.” Miró cómo yo sostenía la mano de Mia.

“Gracias.” Mia se inclinó para darle un abrazo de costado. Exhaló un gran suspiro, calmándose también al ver a Jason ileso.

“Iba a buscarlos y llamarlos si nadie llegaba en diez minutos más.”

“Gracias,” le dije, planeando darle una buena propina por cuidar de él.

Mia soltó mi mano mientras caminábamos hacia Jason. En cuanto él giró la cabeza y nos vio, se iluminó. Una gran sonrisa cruzó su rostro al ver a Mia. Luego la expresión se desmoronó y se echó a llorar mientras corría hacia ella.

“¡Mia!” Gritó mientras saltaba hacia ella, y ella lo atrapó en sus brazos.

No estaba enojado. No estaba herido. Había hecho lo que se propuso: encontrar a Mia y traerla de vuelta. No me alegraba que hubiera hecho algo tan imprudente como irse, pero me di cuenta de que la había extrañado. Por supuesto, corrió hacia ella. No hacia mí.

Yo era su constante. Podía saber que siempre estaría allí para él, pero Mia había dado una impresión diferente.

Por mi culpa.

“Oh, Jason.” Ella cerró los ojos mientras lo abrazaba con fuerza. Sus pequeños brazos la rodearon, y casi me derrumbé, tan conmovido por su estrecho vínculo.

“Lo siento, Mia. Lo siento mucho,” dijo. “Siento todo lo que hice para que no quisieras seguir allí.”

“¿Qué?” Ella se echó hacia atrás, aún abrazándolo pero mirándolo. “¿De qué hablas?”

“Lamento haberte hecho enojar. No quise derramar jugo en tu teléfono.”

Las cejas de Mia se levantaron. “¿Qué?”

“Fue un accidente.”

Ella asintió. “Lo sé. Pero ¿qué tiene que ver mi teléfono con...”

“¿No es por eso que no querías estar cerca de nosotros?” Jason me miró, confundido. Me había preguntado dónde estaba Mia, y le di respuestas tan vagas que no estaba seguro de cómo explicar todo esto. La decisión de no ser claro con él ahora me estaba afectando.

“No”. Mia negó con la cabeza. “De ninguna manera. Ese teléfono era sólo un teléfono, una cosa que puedo sustituir”.

“¿Entonces por qué ya no querías estar cerca? ¿No es porque te he roto el teléfono?”

“No.” Mia suspiró. “No es por eso”.

“¿Entonces por qué?” Insistió.

“Es que tenía... cosas en las que concentrarme”.

Él sollozó. “Pero... pero ni siquiera estás en la oficina ya.”

Ella lo abrazó de nuevo hasta que sus lágrimas cesaron.

“Jason.” Me agaché donde Mia se arrodilló para abrazarlo.

Él escondió su cara contra Mia, pero giró la cabeza hacia mí.

“Mia y yo tuvimos... una discusión. Es mi culpa—*solo mi culpa*—que ella haya estado ausente.”

Jason se puso de pie, frunciendo el ceño y regañándose. “Eso es estúpido. ¿Por qué querrías hacer que Mia se fuera?”

“Sabes qué?” Mia miró a su alrededor, notando como yo que estábamos atrayendo atención. “En lugar de armar una escena aquí...” Se levantó, tomando la mano de Jason. “Vamos. Déjame acompañarte a casa y podemos explicarte.”

Jason le sonrió como si fuera la persona más poderosa del mundo. Sus ojos todavía estaban llenos de lágrimas, pero la miraba con total adoración y amor.

“¿Me acostarás en la cama?” Preguntó en voz baja.

Mi corazón se rompió al ver cómo amaba aquella mujer, cuánto significaba para él.

“Por supuesto,” le prometió ella, tomando su mano.

Jason levantó su otra mano hacia mí, y la tomé. Debía escuchar una reprimenda muy severa de mi parte, sobre lo estúpido que fue irse así. Pero podía esperar. Imaginaba que Mia también le daría una lección. Así de importante era para ella.

Caminamos, tomados de la mano, como una pequeña familia.

Miré a Mia, que miraba hacia un lado como si estuviera luchando contra las lágrimas. Y odié de nuevo haberla hecho enojar. A los dos.

Tenía mucho que arreglar.

MIA

Henry estuvo en silencio durante el camino de regreso a casa. Laura estaba allí, angustiada, pero nos dejó a mí y a Henry encargarnos de Jason. Le lanzó una mirada rápida y dijo que lo vería mañana.

Jason tampoco habló, quizá sabiendo que estaba en problemas por esa travesura. O tal vez estaba demasiado feliz de que yo estuviera de vuelta.

Se cambió y se metió en la cama, y como prometí, lo arropé.

“Jason, no puedes volver a escaparte así nunca más.”

“No me escapé. Solo fui a buscarte.”

Incliné la cabeza hacia un lado y entrecerré los ojos. “¿Entiendes lo que te estoy diciendo?”

Él bajó la cabeza. “Lo siento. No lo haré de nuevo.”

“Es peligroso. No quiero pensar en que estés solo y te hagas daño. No importa cuán molesto estés por algo, no puedes irte corriendo.”

“No lo haré de nuevo.” Sonrió tentativamente. “¿Te quedarás, Mia? ¿Para siempre? Ojalá pudieras.”

Oh, mi corazón. Yo también deseaba poder hacerlo. “A veces, las cosas no son tan simples. Apostaría a que quieres una mamá. Puedo ver que sí. Algunos días, yo también desearía tener a mi mamá.”

Él asintió.

“Estoy segura de que tu papá encontrará a una buena mujer para ser tu mamá.” Me rompió el corazón decir esto. “Pero no seré yo.” Las lágrimas me obstruían la garganta. Me estaba matando ser honesta con él, pero se merecía la verdad. Henry y yo veníamos de lados diferentes de la vida, y no habría manera de que funcionáramos. Él lo había demostrado con sus duras palabras.

“Te quiero, Jason, y siempre lo haré. Aunque ya no trabaje en la oficina, me mantendré en contacto contigo. ¿De acuerdo?” No quería comprometerme a ver más a Henry, no cuando

continuaría destrozando mi corazón, pero Jason se merecía estabilidad. Se había aferrado a mí, como yo a él. Sin importar cómo se desmoronaran las cosas entre Henry y yo, tenía que ser presente por Jason.

“¿Me lees un cuento?” Preguntó, señalando un libro sobre un pozo de los deseos.

“Claro, pequeño.” Me acomodé para sentarme y leerle. Se quedó dormido a mitad de la historia, y le besé la frente antes de levantarme.

No estaba segura de poder soportar aquella angustia. Quería ser yo quien lo confortara, quien le mostrara que el mundo podía estar lleno de amor y apoyo.

Estaba vulnerable y molesta, genuinamente preocupada por aquel dulce niño. Así que cuando salí de la habitación y me encontré con Henry, intenté mantenerme fuerte. Claramente había estado esperando aquí, escuchando todo con la puerta entreabierta.

Mi corazón estaba demasiado herido para preocuparme por sus opiniones. Había dicho la verdad allí dentro, de cualquier manera. No le había mentado a Jason, así que no podía saltar sobre mí por más mentiras.

“¿Podemos hablar?”

Con el corazón pesado, asentí. “De acuerdo. Pero luego es adiós, Henry.”

Frunció el ceño, caminando a mi lado mientras me llevaba a su habitación. No estaba segura de que necesitáramos tanta privacidad, especialmente después de decir que esto sería el final entre nosotros. Era una despedida. Luego de nuevo, probablemente no quería que Jason escuchara lo que diríamos.

“¿Me escuchaste?” Pregunté cuando cerró la puerta. “Esto tiene que ser un adiós. No puedo soportar seguir sufriendo por quererte.”

Se detuvo a mitad de paso, levantando las cejas. Lo había dejado atónito. “¿Qué?”

Mi momento era horrible, pero supongo que era mejor tarde que nunca para desahogar mi corazón. “Te amo, Henry. Desde la primera vez que trabajamos juntos en la oficina, discutiendo sobre los márgenes y las fuentes de un documento.” Sacudí la cabeza, deseando que pudiera ser divertido, pero sonaba tan patético. Había pasado años suspirando por él, y esto es lo que conseguí: un corazón roto. “Pero nunca te importará. Nunca será suficiente para ti.”

“Tú me amas.” Lo dijo en lugar de preguntarlo.

Asentí. “Lo siento.”

“¿Lo sientes? ¿Por amarme?”

Bajé la cabeza por un momento. “Por ser la persona equivocada para amarte.” Aclaré mi garganta, decidida a al menos despejar las cosas de una vez por todas. “Lamento no haber sido honesta y decirte que yo era la bailarina que viste en el Danger. La bailarina con la que contactaste a Gina una y otra vez para contratarla en tu nuevo club. Nunca quise que nadie en la oficina supiera que era bailarina exótica. Me avergonzaba, temía que la gente...” Tragué fuerte,

luchando por sacar las palabras mientras él estaba allí mirándome. “Me juzgara. Solo comencé a bailar porque necesitaba el dinero. Mi sueldo en la oficina no era suficiente para vivir, no con mis deudas. Estaba desesperada por sobrevivir, así que empecé a bailar para ganar dinero extra.”

“Eras la estrella en el escenario,” dijo suavemente mientras yo tomaba una profunda respiración después de hablar tanto, aunque no divagué sin pausa.

Asentí y me encogí de hombros. “Tuve problemas para seguir como secretaria. Podía ganar más solo trabajando en el Danger. O en otro lugar. Sé que soy una bailarina habilidosa, pero nunca quise dejar la oficina. Era la familia que nunca tuve. Nunca quise renunciar a *ti*, porque verte era lo mejor de mi vida.”

“Joder. Mia...” Susurró, dando un paso más cerca para abrazarme.

Retrocedí, alejándolo. “No.” Si me tocaba, me rendiría. Querría apoyarme en él y nunca dejarlo ir. “Déjame sacarlo todo.”

Frunció el ceño, observándome de cerca.

“Quise ahorrar para pagar mis deudas estudiantiles de la licenciatura. Quise ahorrar para limpiar mi expediente y tener una carrera, pero sé que no podré entrar en el mundo del derecho con mi historial ahora, de todos modos. Mi ex, Dennis, también acumuló altas deudas con tarjetas de crédito. Pero sobre todo, quise ahorrar para limpiar mi expediente. Dennis me conoció justo después de que mi madre falleciera. Acababa de cumplir dieciocho años y no tenía a nadie. Mi padre estaba en prisión. Mi madre se había ido. Estaba sola, y Dennis se aprovechó de mi soledad. Trabajé para intentar terminar mi licenciatura temprano, para entrar en la facultad de derecho. Él me engañó para ayudarlo con un ‘favor’ que él y sus amigos habían arreglado. En resumen, él estaba entrando a robar a un apartamento. Tenía un arma. Yo no. No tenía ni idea de lo que estaba pasando, pensando que lo recogía de una fiesta o algo así. No era así. Él me incriminó cuando casi lo atraparon, y me acusaron de un crimen que no cometí ni conocía. Cumplí unos meses y tuve que hacer mucho servicio comunitario. Eso es lo que Ann descubrió sobre mí. Conocí a Eddie en un evento de rehabilitación diseñado para dar una segunda oportunidad a los exdelincuentes. Le pedí que no le dijera a nadie sobre mi pasado porque no quería que un error me definiera. No quería que mis deudas o mi pasado me definieran. Quise que mi trabajo duro me definiera. Es obvio que mi pasado sí me define, al menos para ti.”

Él dio un paso más cerca y tomó mi mano entre las suyas. “Mia. No. No es así. Lamento haber reaccionado como lo hice. Ojalá pudiera retirar cada una de las palabras que dije. No te estaba juzgando. Pensé que te estaba defendiendo de las calumnias de Ann. Pensé que ella se lo estaba inventando todo para atacarte. Estaba sorprendido y muy confundido. Eres una buena mujer, una buena persona, y estaba atónito de que hubieras hecho algo para estar en problemas.”

“No lo hice. Solo cometí el error de amar al hombre equivocado.”

Él me atrajo más cerca, levantando mi barbilla para que lo mirara. “Ojalá las cosas pudieran ser diferentes entre nosotros, Mia. Nunca has sido 'solo una empleada' para mí. He luchado por recordar que se suponía que solo éramos amigos. Me rompió el corazón verte tan molesta, y me odié por haberte hecho querer irte.”

Bajé la mirada, conmovida por sus palabras pero temerosa de creer que las decía en serio. Una vez más, él tomó mi barbilla y me instó suavemente a que lo mirara.

“Y pasaré cada día del resto de mi vida demostrándote que eres mucho más que tu pasado. Eres mi futuro, Mia. Quiero que seas mi esposa. La madre de mis hijos. Mi compañera para envejecer juntos. Si me aceptas, si tienes suficiente espacio en tu corazón para perdonarme, así es como quiero definirte. Como *mía*. Porque estoy perdido sin ti.”

Parpadeé, luchando con la sonrisa que casi se escapó. Me aferré a un remanente de duda, nerviosa por creerle.

Pero luego él se arrodilló y sacó una caja de anillo vintage de su bolsillo. La abrió y la sostuvo ante mí, mostrándome, sin una pizca de duda, que hablaba en serio.

“Mia, por favor, pon fin a mi miseria y ¡cásate conmigo...”

La alegría llenó mi corazón, desbordándose e impregnándose de emoción. Perdí la lucha y una amplia sonrisa cubrió mi rostro, riendo mientras dejaba que se extendiera. “Bueno, para sacarte de tu miseria...” Extendí mi mano, con los dedos abiertos.

Estaba ocurriendo. Así era. Todos mis sueños. Esas altas esperanzas y fantasías inalcanzables. Todos se estaban haciendo realidad con su propuesta. Mi corazón latía con fuerza, y temía desmayarme de pura alegría.

“¿Te casarás conmigo?” Volvió a preguntar, como si temiera imaginar mi aceptación.

Asentí. “Me casaré contigo, Henry.”

Él sonrió, deslizándolo en mi dedo mientras se ponía de pie para besarme. Envuelta en sus brazos, me rendí a su demanda de besarlos de vuelta.

Fue perfecto, un episodio de destino mientras me aferraba a él y lo mantenía cerca.

“Te amo, Mia.” Apoyó su frente contra la mía. “Amo amarte, y nunca dejaré de hacerlo.”

Me reí, encantada por lo ansioso que estaba por decirlo.

“Lo gritaré desde el tejado.” Me guió de regreso a la cama, besándome una y otra vez, como si no pudiera tener suficiente de mis labios. “Lo gritaré desde las montañas.”

Asentí, tirando de su camisa para quitársela. El deseo me invadió, iluminándose con una necesidad impaciente de celebrar aquel hito.

Tenía un prometido. Estábamos comprometidos. Y quería celebrarlo por todo lo alto, con él dentro de mí.

“Quiero verte embarazada de mis bebés.” Captó esta necesidad febril de desnudarme, empujando mi ropa entre besos calientes y desesperados.

“Quiero escucharte llamarme tu esposo.”

“¿Molestándote?” Pregunté mientras lo ayudaba a bajar mis pantalones cortos y luego a

quitárselos.

“Molesta. Discute. Suplica. Lo que sea. Escucharé todo lo que me digas que haga,” gruñó. Sus dedos trabajaron rápidamente para quitarme el sujetador mientras yo empujaba sus pantalones y calzoncillos.

“¿Todo?” Pregunté mientras él salía de su ropa, su cuerpo duro y caliente desnudo y mío para disfrutar.

“Todo,” prometió.

“¿Empezando ahora?” Pregunté, estremeciéndome bajo la firme caricia de sus manos recorriéndome. Deslizó su dedo a lo largo de mi hendidura, buscando mi entrada, pero me giré para empujarlo hacia abajo. Una vez que estuvo sentado en la cama, me subí a su regazo, montándolo.

“Dime qué quieres, prometida,” dijo, su boca a un suspiro de la mía.

“A ti.” Agarré su erección, aún más excitada al ver lo excitado que ya estaba. Mientras lo acariciaba, levantándome sobre mis rodillas, lo besé suavemente, dulcemente. “Solo te quiero a ti, Henry. Para el resto de mi vida.”

Él sonrió, mirándome con una expresión llena de felicidad pura. “Considéralo hecho.”

Lo alineé conmigo. La presión de su ancha punta me tensó, pero la ligera quemazón se sentía demasiado bien como para detenerme.

“Quiero que me hagas el amor,” le dije entre besos húmedos.

Él gimió, agarrando mi cabeza mientras me hundía un poco más en su rígido miembro. “No podrás detenerme.”

Me levanté un poco para volver a bajar más. Lo estaba tomando con calma, planeando prolongar la agonía de necesitarlo. Aquella noche era demasiado importante como para apresurarse con algo.

“Quiero que seas mi familia,” dije, expresando mi deseo más profundo.

Su sonrisa se volvió traviesa. “¿Una familia?” Bajó las manos a mi trasero y flexionó los dedos en mis músculos. Sentí un escalofrío de placer con ese toque de dolor, y me hundí sobre él hasta que lo tuve completamente dentro, cada pulgada dura y gruesa de él. Estaba profundamente dentro de mí, hasta el fondo, y nunca se había sentido mejor.

“¿Cuántos hijos quieres?” Preguntó, esforzándose por hablar mientras yo lo absorbía con mi interior.

“Todos los que me des. Jason necesita hermanos y hermanas.” Me levanté y volví a bajar, comenzando un movimiento lento y ondulante sobre él que me empujó hacia el orgasmo demasiado pronto.

“Dalo por hecho,” repitió, respirando más fuerte mientras igualaba mis movimientos.

Sentado, puso las manos detrás de él y se impulsó hacia mí. Cada vez que bajaba y golpeaba mi trasero contra sus muslos, él empujaba hacia arriba para clavar su enorme polla lo más profundo posible.

Una y otra vez, corrimos hacia el clímax. Las palabras me fallaron. Los pensamientos dejaron de formarse. Solo podía sentir. Lo sentía a él, dentro de mí, luego abrazándome una vez que me rompí.

Cubrió mi boca con la suya, besándome con fuerza mientras llegaba al clímax. Me lancé hacia mi orgasmo tan rápido que me sorprendió. Temblé, gimiendo en su boca, pero antes de que pudiera bajar del éxtasis, me levantó y nos giró hasta que quedé acostada de espaldas. Unos cuantos embates más me llevaron al límite. Él también gimió, y tiré de su cabeza para bajarlo y amortiguar lo fuerte que estaba siendo.

“Esto va a convertirse en un hábito,” lo provoqué mientras lo apretaba para sacarle hasta la última gota. Sus embates se ralentizaron mientras colapsaba sobre mí, abrazándome con fuerza.

“¿Qué pasa?” Preguntó sin aliento.

“Intento asegurarme de que ninguno de los dos sea demasiado ruidoso.”

Él sonrió, besándome suavemente mientras recuperábamos el aliento. “O podemos renovar para tener paredes más insonorizadas.”

Me reí, encantada y divertida por mi jefe. Mi prometido.

Mi amor.

HENRY

Habría pensado que estaría demasiado cansado para despertar temprano después del sexo en la ducha que tuvimos Mia y yo. Luego, su despertar a mitad de la noche con su boca sobre mí para darme sexo oral. Celebramos a fondo toda la noche, pero me desperté a mi hora habitual.

El ejercicio tendría que esperar. Acostado aquí y mirando cómo ella dormía era demasiado divertido para dejarlo pasar.

¿Cuándo pasaría este sentimiento surrealista?

¿Cuándo realmente lo asimilaría?

Lo había logrado. Lo había conseguido. Me llevé a la chica. Mi hijo obtuvo a la mamá que quería. Y mi padre seguramente recibiría pronto el anuncio de un bebé.

Si Mia y yo manteníamos esta vida sexual tan entusiasta, la dejaría embarazada sin pausa.

Aún era nuevo. Estábamos en una fase de luna de miel antes de casarnos. Pero teníamos años para recuperar. Teníamos mucho tiempo para ponernos al día, después de tanto resistirnos mutuamente y andar de puntillas alrededor de una oportunidad para que esto funcionara.

Eventualmente, me levanté y tomé mi computadora portátil. El teclado no era el más silencioso. Jason siempre hacía una mueca divertida cuando intentaba hacer un poco de trabajo en la sala mientras él veía algo en la tele. Yo estaba acostumbrado al tecleo, pero desperté a Mia demasiado pronto.

“¿Por qué ya estás trabajando?” Gimoteó con buen humor.

“No lo estoy.” Fruncí el ceño y la miré. “¿Vas a querer recuperar tu trabajo?”

“¿Estás sugiriendo que podrías encontrar a alguien que lo haga mejor que yo?”

Sonreí, amando su confianza y su habilidad para ser sarcástica conmigo. “¿O disfrutas más bailando?”

Ella sonrió, estirándose y provocándome con la sábana resbalando sobre su pecho desnudo.

“Hmm. Voy a mantenerte en esa promesa de hacer un bebé. ¿Qué tal si reduzco mi baile solo para *ti* y mantengo mi trabajo en la oficina hasta que esté demasiado embarazada para manejarlo?”

Me incliné hacia adelante, besándola con un fuerte chasquido de nuestros labios. “Suenas perfecto. Pero te mudas conmigo.”

Ella sonrió. “¿Oh?”

“En la oficina. No quiero tener que ir a buscarte todo el tiempo.”

“¿No será una distracción?”

Me encogí de hombros. “¿No he hecho mi trabajo todos estos años?”

Ella se acurrucó contra mi costado. Me encantaba lo cómoda que estaba aquí. “Y mudarme aquí también.”

“¿Estás segura de eso?” Parpadeó, aún con aspecto somnoliento mientras señalaba la pantalla de la computadora. “Porque esto sugiere lo contrario.”

“Bueno.” Pasé mi brazo por encima de ella. “No vamos a tener suficiente espacio aquí para todos estos bebés. Este apartamento tiene tres habitaciones, pero necesitaremos más espacio.”

Ella sonrió mirándome. “¿Te das cuenta de que estás haciendo realidad *todos* mis sueños?”

Asentí. “¿Eres consciente de que tú estás haciendo realidad *los míos*?”

“Ahora sí.”

Juntos buscamos propiedades. Ella se volvió a dormir, pero yo estaba demasiado despierto y emocionado por nuestro futuro. Estábamos avanzando rápidamente, listos para unir nuestras vidas lo antes posible, con un bebé en camino, o eso esperaba. La boda también.

Pasé mi búsqueda a lugares para bodas, preguntándome cuándo querría casarse. Cualquier estación estaría bien excepto el invierno.

¿Podré convencerla para una boda en otoño? ¿O sería demasiado apresurado?

Le daría a Mia la boda de sus sueños. Lo que ella quisiera, lo haría realidad. Lo decía en serio cuando se lo prometí, y esperaba que ella me lo recordara.

Nunca había estado más contento que en aquel momento. Con mi mujer a mi lado, mi futura esposa comprometida a ser mía, sentía que todo estaba bien en mi mundo.

En cuanto Jason se despertara y se enterara de este desarrollo...

Sonreí, contando con que estuviera encantado y emocionado.

Eventualmente, tuve que levantarme y prepararme para el trabajo. Mia también volvería, seguro, ansiosa por retomar su papel. Nunca olvidaré cómo dijo que no quería dejar a la familia en la oficina, y me sentía orgulloso de poder darle esa inclusión.

Muy pronto, seguro que estaría ocupada con nuestros hijos, pero si quería seguir siendo una mujer trabajadora, no la detendría.

Era una situación en la que todos ganábamos. La vería en casa y en el trabajo.

Me vestí, y Mia también. Ella seguía bostezando y agotada por la emoción de la noche anterior, pero seguro que se animaría cuando Jason viera que ella seguía aquí.

Nos movimos hacia la cocina para comenzar a preparar el desayuno, y me encantaba cómo ella ya estaba acostumbrada a estar aquí. Sabía dónde estaba todo. Estaba familiarizada con el lugar, y robarnos besos—solo porque podíamos—hacía que esta escena doméstica fuera mucho más divertida.

Jason seguía dormido cuando mi padre llegó. Entró dejando la caja de pasteles frescos sobre la encimera después de dejarse entrar. Al vernos a mí y a Mia, con los brazos el uno alrededor del otro junto a la estufa, parpadeó una vez. Luego dos.

Lo habíamos sorprendido, eso seguro. No debería haberlo sorprendido, ya que me dio el anillo familiar para dárselo a ella. Pero tal vez había dudado de mí o de que pudiera conquistarla.

“Bueno.” Se aclaró la garganta. “Esto es nuevo.”

Puse los ojos en blanco. “Claro que no lo es. Me enamoré de ella aquella primera semana, en el momento en que me dijo que Helvetica era una fuente 'cutre'.”

Ella me dio un golpe en el trasero cuando pasé para cargar la tostadora. “*Es una fuente cutre.*”

“¿Cómo puede una fuente ser cutre?” Contraataqué.

“Porque es demasiado ostentosa. O simplemente no encaja con la vibra del documento.”

“¿Un documento tiene vibra ahora?” La molesté.

“¡Sí! Pensarías que es una broma si un currículum estuviera escrito en Comic Sans.”

“No si fuera un currículum para un payaso.”

“¿Los payasos *tienen* currículums?” Replicó.

“Oh, Dios mío.” Mi padre sonrió, con lágrimas brillando en sus ojos. “Escúchenlos. De verdad *que* os queréis.”

Supongo que pelear era nuestro lenguaje del amor, después de todo.

Se apresuró hacia Mia, envolviéndola en un gran abrazo. “Oh, es cierto. Realmente te ama.”

Ella rio, abrazándolo de vuelta. “Y creo que podré manejarlo también.”

“Oh, felicitaciones.” Le acarició el rostro y besó la parte superior de su cabeza. “¡Hija! Tendré una hija.”

“Con suerte, también una nieta o dos.”

Él se rio, secándose los ojos. “Me alegro mucho por vosotros.” Me atrajo para darme un abrazo.

“¿Entonces tengo tu aprobación?” Mia preguntó.

“Lo esperaba. Lo deseaba. He rezado durante tanto tiempo que ustedes dos finalmente se dieran cuenta y se decidieran a estar juntos. Por supuesto, tienes mi aprobación. Siempre disfruté de cómo encajabas con nosotros.”

“¿Entonces por qué siempre traías mujeres para que conociera?” Pregunté.

“Para impulsarte a que tomaras una decisión y fueras tras ella, de una vez por todas.”

Mia rio, sonriendo mientras Laura entraba. Ella solía pasarse para desayunar a menudo, pero parecía que solo pasaba a dejar algo que Jason había olvidado con ella la noche anterior. Frunció el ceño, mirándonos a todos uno por uno.

“¿Me perdí de algo?”

Mi padre levantó la mano de Mia, mostrando el anillo.

“¡Oh!” Chilló, haciendo un pequeño baile de felicidad en el lugar antes de correr hacia Mia y abrazarla.

“No puedo creerlo. Por fin te has dado cuenta,” dijo, repitiendo los sentimientos de mi padre. Me atrajo para darme un abrazo también.

Estábamos tan ruidosos que despertamos a Jason.

Entró a la habitación, frotándose el sueño de los ojos. “¿Qué está pasando?” Parpadeó, adorable con esa mirada somnolienta en el rostro. Tan pronto como vio a Mia, abrió los ojos de par en par y su boca se quedó abierta. “¡Mia? ¡Todavía estás aquí!”

Corrió hacia ella, y ella lo levantó en un gran abrazo. Lo sostuvo a su lado, presionando un beso en su mejilla. “¿Y si me quedo para siempre?”

Él jadeó, mirándola, luego a mí, luego de vuelta a ella. Iba y venía con la mirada, sorprendido.

“¿Para siempre?”

“¿Como tu mamá?” Preguntó, mostrando el anillo que le puse en el dedo anoche.

Me dolían las mejillas de tanto sonreír. Él parpadeó, conteniendo las lágrimas de felicidad y se aferró a ella con tanta fuerza que ella tosió.

“¡Sí!” Gritó. Después de abrazarse, se retorció para que lo bajaran y pudiera correr hacia mí.

Lo atrapé, cerrando los ojos mientras él me envolvía en un fuerte abrazo también. Me apretó, suspirando feliz. “Gracias, papi.”

No lo bajé mientras se apartaba para mirarme. Le devolví la sonrisa, amando su sonrisa llena

de dientes. “Deseé y deseé que esto se hiciera realidad. Todas mis velas de cumpleaños. Todas las monedas que tiré en la fuente de abajo. Todas las veces que encontrabas una pestaña y la soplabas.” Giró hasta que ambos miramos a Mia, quien nos devolvía la sonrisa.

“¡Y mi deseo se está cumpliendo!”

“Sé a lo que te refieres,” le confié. Mientras miraba al verde esmeralda de los ojos de la mujer que amaba, pensé en cuánto tiempo había querido llamarla mía. La había querido desde el principio, y finalmente, era mía para siempre.

No. No solo mía. *Nuestra*. Ella nos había aceptado a ambos. Yo era un paquete completo. Ella no solo adquiriría un esposo. También estaba obteniendo a Jason como hijo.

Miré a mi padre, viendo lo feliz que estaba, y me di cuenta de que ella también estaba obteniendo un suegro ansioso por más nietos a los que malcriar.

No podía esperar para ver cómo crecería nuestra familia.